

RAMÓN DÍAZ ETEROVIC

Solo en la oscuridad



Lectulandia

Una bella aeromoza se cruza una noche en el camino de Heredia, y para el detective resulta imposible negar sus servicios cuando ella, con el temor reflejado en los ojos, demanda ayuda.

Cuando Heredia decide socorrer a la mujer, no adivina que está a punto de entrar en una investigación que lo llevará a recorrer distintos barrios de Santiago y a viajar a Buenos Aires —la ciudad del tango y Maradona— donde deberá enfrentarse a inquietos policías, matones y abogados que utilizan sus oficinas como fachada de una red internacional de narcotráfico. Lejos de su barrio y de la mujer que ama, Heredia debe extremar sus esfuerzos para recorrer las calles de Buenos Aires y encontrar respuesta a sus interrogantes con relación a la muerte de una mujer. Junto a Heredia y sus habituales acompañantes —el policía Dagoberto Solís, el quiosquero Anselmo y el gato Simenon— la novela de Díaz Eterovic entrega una notable galería de personajes. A ellos se añade la descripción de diversos ambientes de las ciudades de Santiago y Buenos Aires, y un estilo que destaca por su acertada ironía y constante humor.

Solo en la oscuridad, la segunda novela de la serie protagonizada por el detective Heredia, se publicó el año 1992 en la Argentina y hasta la fecha permanecía inédita en Chile.

Lectulandia

Ramón Díaz Eterovic

Solo en la oscuridad

Detective Heredia - 2

ePub r1.0

Titivillus 04.04.16

Título original: *Solo en la oscuridad*

Ramón Díaz Eterovic, 1992

Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

*A Hugo Vera Miranda
y Willy Nikiforos
esta historia cuyos orígenes
compartimos en San Telmo.*

*A Jaime Abarca Lucero
con la amistad que nos une
desde nuestras
aulas magallánicas.*

*«Toda la gente solitaria,
¿de dónde viene?
Toda la gente solitaria,
¿a dónde pertenece?»
THE BEATLES
«Eleanor Rigby».*

*«No es necesario que se disculpe —dije—.
Yo elegí esta profesión, o ella me eligió.
Me obliga a chapotear en el dolor humano,
pero no estoy buscando otro trabajo».
ROSS MACDONALD
«The Blue Hammer».*

*«Nosotros estamos solos
y el guión nos perjudica».
OSVALDO SORIANO
«Triste, solitario y final».*

UNO

1

—¿Un trago, Heredia? —preguntó Felipe, uno de los mozos del «Zíngaro», esbozando una sonrisa de gordo satisfecho.

—Solo café. Fuerte, amargo y con mucha prisa.

—Sigues a un lado de la huella —comentó, estremeciendo sus enrojecidos mofletes con una carcajada.

—Cuando quiera oír decir tonteras te mandaré a llamar. Ahora, trae el pedido, gordinflón.

La figura del mozo contrastaba con la morena en bikini que ofrecía agua mineral desde uno de los carteles colgados en los muros del boliche. El gordo hizo un gesto de fastidio y se encaminó hacia la cafetera que resoplaba en un rincón de la barra.

Esa noche las manos me temblaban y un sudor pegajoso recorría mi pecho. Había dejado el departamento porque sus paredes amenazaban con juntarse al igual que en una vieja historia de terror. La botella ocupaba su sitio en uno de los cajones laterales de mi escritorio, pero ella era un pozo en el que no deseaba hundirme por mucho tiempo. Conocía su fondo, y aunque el mundo a mi alrededor seguía siendo gris, lograba sumar tres más tres sin recurrir a los dedos y cuando me sentía mal, y las arañas que entraban en la habitación eran más de las que podía soportar, tomaba la botella entre mis manos y me decía a mí mismo que todo iba bien.

Era una noche dolorosa y antes de llegar al bar había recorrido el centro de la ciudad dejándome llevar por sus colores y su bullicio. Andar entre la gente que se detiene frente a las vitrinas o junto a la puerta de un cine me aleja de la soledad. Como si en un instante pudiera compartir sus anhelos de comprar las chucherías que ofrecen las tiendas o creer en la ilusión de un mañana mejor que rara vez se presenta.

Luego del primer sorbo de café decidí evaluar las alternativas para acortar la noche. No eran muchas. Hollywood estaba demasiado lejos. Y sólo podía llamar a un amigo para jugar una partida de truco, o andar un largo trecho hasta llegar al «Caribe», el cabaré donde bailaba Andrea.

Hacía un mes que no estaba con ella. Desde una tonta mañana en que, pensando en el pasado, se me había ocurrido decir que se ama de verdad una vez en la vida, y el resto son duras carreras para alcanzar un sueño perdido. Aquello había despertado su

enojo, y a pesar que nuestros fuegos crepitaban en conjunto fácilmente, me castigaba desde entonces con su distancia. Después de terminar el café, le hice un guiño a mi orgullo y decidí visitarla.

El «Caribe» era un negocio que no necesitaba mucha ayuda para mantenerse a flote, y a los tipos que llegaban a pasar un rato o buscar una aventura, no les importaban las alfombras quemadas ni los taburetes que rechinaban cada vez que alguien se sentaba en ellos. El ambiente estaba flojo cuando llegué. Los clientes no pasaban de la media docena, y Andrea, en un rincón del salón principal, conversaba con una compañera de trabajo. La observé desde el anonimato, admirando sus piernas largas y firmes, y la agresividad de sus pechos contenidos a duras penas por una polera negra. Su cabellera rubia combatía victoriosa a las sombras, y a la distancia adiviné la fuerza de sus ojos verdes.

Se acercó a mi lado y al sentir sus labios próximos a mi boca, pensé que esa noche no habría recuerdos ni reproches. Sin embargo me equivoqué. La fortuna no me tomaba de la mano. Yo no era el príncipe soñado ni Andrea calzaba zapatillas de cristal. Nos miramos largo rato en silencio, buscando cada cual la palabra menos torpe que decir. Era como masticar tachuelas sin lastimarse, y la causa principal la conocíamos bien. Antes de su enojo me había pedido que dejara mi trabajo. Estaba cansada de verme arrastrar hasta su casa, golpeado o borracho, y también de rezar para que a nadie se le ocurriera ponerme un tiro entre las cejas.

Quizás ella tenía razón. Quizás lo más conveniente era eliminar la placa de investigador privado que colgaba en la puerta de mi oficina y dedicarme a otra cosa. Pero existía un pequeño problema. Corretear por los callejones es lo único que sé hacer. No es gran cosa. No es agradable ni le dan a uno las llaves de la ciudad, pero es un oficio como cualquier otro y hay un punto en la vida en que se ha aprendido a hacer una cosa, y no queda otra alternativa que seguir haciéndola lo mejor posible. Lo demás es salir a cazar patos a ciegas y eso casi nunca resulta.

—¿Conversamos después del trabajo? —le pregunté cortando el silencio.

A mi lado escuché una carcajada y vi a un tipo tomar de la cintura a otra de las bailarinas. La mujer simuló resistir y luego se dejó conducir hasta un rincón oscuro.

—Esta noche trabajo en otro sitio —contestó Andrea, desviando la mirada hacia el escenario.

—¿Puedo pedirte una copa?

—Me toca bailar, Heredia —dijo, y luchando contra su propio deseo, agregó—. Tal vez mañana. Tal vez otro día.

No insistí. Ninguna hada madrina iluminaría mi camino. Al menos, no esa noche.

Me despedí con un fracaso de sonrisa y salí del cabaré. Luego de andar unos pasos me detuve frente a una vitrina iluminada y al contemplar mi rostro en el vidrio me sorprendió su palidez. Esta noche no hay nada para Heredia, me dije buscando en el interior de mi chaqueta el vigésimo cigarrillo del día.

2

Había decidido regresar al «Zíngaro» cuando la vi venir en mi dirección. Era alta y morena. Su larga cabellera caía en desorden sobre un impermeable color cartón y sus pasos vacilaban como los de un aprendiz de trapealista. Al llegar a mi lado trastabilló y fue a dar contra la vitrina. Conseguí sostenerla, y al quedar aprisionada entre mis brazos me observó con asombro y recostó su cabeza en mi pecho. Su aliento era inconfundible, y lo que fuera que hubiese bebido, había sido en gran cantidad.

—Ayúdeme —balbuceó antes de cerrar los ojos y convertirse en un peso muerto.

He cometido muchos errores en mi vida, pero jamás el de no ayudar a una mujer hermosa. Le sostuve lo mejor que pude y hice detener a un taxi.

—¿Qué le sucede a la señorita? —preguntó el conductor, receloso.

—Nada importante —respondí, observando los ojos del hombre en el espejo retrovisor del vehículo.

—¿Seguro? Mire que la semana pasada usaron un taxi para un secuestro por este sector.

—Es mi hermana. Discutió con su novio y bebió unas copas de más.

El conductor volvió a mirar por el espejo y puso el auto en marcha. Quince minutos más tarde tenía a la mujer en mi departamento, recostada sobre uno de los sillones del living. La cubrí con una manta y puse agua en la cafetera. Mientras el café llegaba a su punto, cogí la cartera de la desconocida. No portaba carné de identidad, pero entre un revoltijo de pañuelos, cremas, espejos y uno que otro papel, encontré la tarjeta de identificación de una línea aérea. Si la credencial no me engañaba, su nombre era Laura Suárez y trabajaba como auxiliar de vuelo. El pito de la cafetera puso término a mi pesquisa. Serví café en una taza y conseguí que la mujer bebiera algunos sorbos. La bebida la hizo reaccionar y antes de terminar el contenido de la taza, Laura se sentó en el sillón y tuvo conciencia de su estado.

—¿Dónde estoy? ¿Quién es usted? —preguntó atemorizada.

—Tranquila. No sé el motivo, pero ha bebido más de la cuenta —dije—. La encontré a punto de caer al suelo. Mi nombre es Heredia y lo que ve es mi departamento.

—¿Por qué estoy aquí? —volvió a preguntar.

—Usted pidió ayuda. Eso es todo.

—Me sobrepasé con los tragos.

—De eso no cabe duda, Laura.

—¿Cómo sabe mi nombre?

—Usted me lo dijo —mentí.

—Lo siento, no recuerdo nada.

—Beba algo más de café y procure dormir. Le hará bien.

Dudó, pero el cansancio de sus párpados la obligó a obedecer.

Mientras dormía estirada en el sillón me fijé que los colores habían vuelto a sus mejillas, y bajo la luz del aplique se veía bella, pese a su sueño inquieto, lleno de palabras entrecortadas que no se dejaban entender.

Para beber existen muchos motivos o ninguno, pensé. Y ella era de las personas que necesitaban uno poderoso. Acodado en la ventana vigilé su sueño. Afuera la ciudad rugía secretamente. Siempre era igual. La calma aparente por algunas horas, hasta el nuevo día en que reaparecían los rostros desalentados de costumbre. La vida era así, desperdiciada en pequeños actos sin entusiasmo. Algunos pocos la pasaban bien, los demás daban vueltas y revueltas a una tortilla recocida.

El resentimiento me acunó y me dormí imaginando el motivo de Laura para andar besando lo oscuro de un modo tan rotundo. Posiblemente no es nada importante, pensé. Un fin de semana de evasión o una aventura fracasada. Daba lo mismo. En un par de horas no se acordaría ni de mi nombre.

3

Al amanecer desperté sobresaltado por el ruido que alguien hacía tratando de abrir la puerta principal del departamento. Empuñando la Walther me asomé al living y descubrí a Laura forcejeando con la cerradura.

—¿Qué sucede con usted? —pregunté, bajando la pistola hasta convertirla en un trozo inofensivo de metal—. Al menos podría decir adiós.

—No deseaba molestar —se excusó, ruborizada.

—No sería más conveniente que mientras preparo café se arreglara un poco en el baño.

—Ya he ocasionado muchas molestias.

Me acerqué y la cogí de los brazos. Laura sentía miedo. Todo el miedo del mundo, pero no de mí ni de la pistola que seguía aferrada a mi mano derecha.

—¿A qué le teme?

—¿Temer? A nada.

Trató de resistir. De convencerme que la dejara salir a la calle como si nada hubiese ocurrido durante la noche, y su cuerpo temblando entre mis manos solo fuese una ficción afiebrada.

—Miente. Desde el primer momento que la vi el miedo le brotaba por los poros.

—Dudo que le importe —dijo con el último resto de valor que le quedaba, y luego, ya no pudo contener unas lágrimas.

—Así está mejor —le dije, conduciéndola al sillón más próximo—. Llore todo lo que quiera, pero no huya si no sabe a dónde ir.

La dejé cuando estuve seguro que no intentaría una nueva fuga, y en la cocina me esmeré en preparar un desayuno que le hiciera abrir los ojos de entusiasmo. En una sartén revolví huevos, le añadí queso y orégano, y mientras el revoltijo se cocinaba, puse a tostar unas rebanadas de pan. Con la merienda a cuestas volví junto a Laura y la hice sentarse a mi lado, alrededor de una mesa.

—Está bueno —dijo, después de probar los huevos y de intentar una sonrisa.

—Bravo. Veo que también sabe sonreír —comenté.

Opté por darle tiempo. Dejar que saciara su apetito y que por sí sola tomara la decisión de hablar.

—¿Vive solo? —preguntó, una vez que probó el café.

Asentí, ocupado en equilibrar un trozo de huevo sobre el pan.

—¿A qué se dedica?

—¡Caramba! ¿Cuántas preguntas?

—Disculpe. No quise ser intrusa.

—Ocurre que no estoy acostumbrado a que me interroguen. Habitualmente las preguntas las hago yo. Soy detective.

—¿Policía? —preguntó, a la defensiva.

—No. Para ser policía hay que poseer cierta dosis de matonería y prepotencia. No es mi estilo y detesto que cada mañana pongan una orden estúpida en mis oídos. Trabajo por mi cuenta, en pequeños asuntos que alguna gente trae hasta esta oficina.

—Jamás imaginé que existiera alguien así en nuestro país. Parece sacado de una película.

—En Santiago hay unos cuantos tipos que trotan por la misma acera. Aunque debo aclararle que la mayoría no distingue una pistola de un cañón. Se dedican a sacar fotos por el ojo de la cerradura y olisquear calzoncillos de maridos infieles. Sin embargo no los critico. Cada cual hace lo que puede, y como decía una anciana del barrio en que me crié, cada cual debe ganar para sus vicios.

—Suenan agresivo. Como si nada a su alrededor le agradara.

—Algunos le llaman escepticismo. Yo prefiero culpar a los golpes. Una vez que a uno le rompen un ojo o le patean las costillas, nunca se vuelve a pensar en forma inocente. Y de ahí a creer que no existe nada nuevo en que ilusionarse, hay un paso breve.

—Dudo que lo entienda, pero sí sé que debo agradecerle sus molestias —dijo Laura, sonriendo nuevamente.

—Ya lo dijo una vez y no es necesario que lo repita. Mejor cuénteme de usted. Aparte de llamarse Laura, ser azafata y tener lindos ojos, ¿qué más puede decir? —contesté.

Vaciló e intuí que se refugiaba en algún recuerdo.

—Vivo en un hotel del centro —dijo finalmente—. La verdad es que paso poco

tiempo en ese sitio. Por lo general estoy viajando. Santiago, Río de Janeiro, Nueva York, Buenos Aires, Santiago. Casi siempre el mismo itinerario.

—Lo que dice no cuadra con la imagen que se tiene de su trabajo.

—¿A qué se refiere? ¿Conquista de pasajeros, sexo en los baños del avión o citas diferentes en cada ciudad?

—Más o menos, eso es lo que suelen decir.

—Tonterías. Una queda tan rendida con el trabajo que lo único que desea es una ducha y la cama más cómoda del hotel. Lo demás es rutina. De vez en cuando se tropieza con un rostro amable, pero no va más allá de eso.

—Acepto que su trabajo sea tan infame como cualquier otro, pero dudo que eso sea motivo suficiente para darse a la bebida como si se aproximara el fin del mundo.

—¿Lo dice por lo de anoche? Estuve en una fiesta con algunos amigos. Bebí tres o cuatro combinados y se me fueron a la cabeza.

—Pruebe con otra mentira, Laura. De una fiesta con amigos nunca se sale solo.

Hizo una mueca de niña que busca indulgencia luego de ser sorprendida en una falta.

—¿Me cree si le digo que me sentía triste y salí a beber una copa?

—Creo que estaba sola y sentía miedo. Aún lo siente y se nota tanto como el perfume que trae puesto.

Guardó silencio. Mis palabras habían dado en el blanco y ambos lo sabíamos. Serví más café para los dos y esperé a que probara el suyo antes de volver a hablar.

—¿Por qué el miedo? —pregunté.

—Es tarde y le he quitado mucho tiempo —contestó. Su voz era neutra, profesional, como si hubiese estado a bordo de su avión ofreciendo bocadillos de salmón.

—Mi tiempo no es problema —dije, buscando un cigarrillo en la cajetilla que estaba sobre la mesa—. De cualquier modo, puede guardar silencio si lo prefiere.

Laura agradeció la comprensión y terminó su desayuno sin hablar. Luego, quiso darse una ducha, y cuando salió del baño parecía otra persona. Más compuesta, segura, infinitamente más bella.

—En otra oportunidad hablaremos —dijo al momento de la despedida. Enseguida, sonrió y puso un beso en mi mejilla izquierda.

Al cerrar la puerta intuí que volvería a saber de ella. Busqué otro cigarrillo, algo más de café y me arrellané en un sillón con una novela que trataba de un tipo que bebía junto a la barra de un piano bar.

No llevaba leídas más de cuatro páginas cuando oí el timbre. Me levanté con algo de pereza y antes de llegar a la puerta, el timbre volvió a chillar. Al otro lado alguien tenía prisa, y yo curiosidad por saber quién era.

Me encontré con el rostro de Laura. La seguridad que tenía al salir de la ducha era un recuerdo, y salvo porque ya no olía a trago, expresaba la misma fragilidad de la noche.

—¿Tan cortos son los vuelos? —pregunté reproduciendo la primera interrogación torpe que cruzó por mi mente.

—Tiene razón, tengo miedo —dijo Laura, y avanzó por el living hasta ocupar el mismo sillón de unas horas atrás—. Quisiera estar con usted hasta la noche.

—¿Por qué?

—Viajo a Buenos Aires y tengo dudas de mi regreso. No me pregunte la razón. Pienso estar de vuelta el lunes si no me ocurre nada, y entonces lo llamaré. De lo contrario debe ir al Banco de Boston y recoger unos sobres que están guardados en la caja de seguridad número 256 —agregó la mujer, y sacó de su impermeable una llave que dejó a mi alcance—. En uno de los sobres hallará la explicación que ahora no puedo dar. Prométame que solo iré al Banco si no recibe mi llamada el lunes.

—Necesito saber otras cosas.

—Prometió no hacer preguntas.

—Aún no prometo nada. Me está contratando y para trabajar necesito mayor información.

—Se lo pido como un favor especial.

—Y piensa que con un chasquido el títere se moverá a su antojo.

—Por favor no se enoje. No pretendo engañarlo.

Los ojos de Laura eran los más hermosos que había visto en mucho tiempo. Pensé que si le negaba mi ayuda se empañarían con lágrimas, y aunque no era motivo suficiente, estaba seguro de que por lo mismo habría intentado ahorcar un elefante con las manos.

—No hay ninguna razón lógica para que la ayude sin conocer su historia, pero lo haré. Tal vez necesito ocupar mi tiempo, o bien, soy un sentimental pasado de moda que nunca se adaptará a los tiempos postmodemos que vivimos.

—Gracias —me dijo por segunda vez en ese día.

—Nada de preguntas hasta el lunes. Es un trato.

—Le prometo que entonces tendrá las explicaciones que desea.

—¡Conforme! ¿Y ahora qué?

—Podemos beber una copa y hablar de usted.

—Buena idea —dije y me arrepentí de inmediato de mis palabras.

Serví en un vaso una ración de ron y bastante agua mineral. Al sentir el aroma del ron abrazado a mis narices experimenté una irreprimible náusea.

—¿No me acompaña? —preguntó Laura.

—En otra ocasión —contesté.

Sentía la boca reseca y un sudor tibio que se apoderaba de mi espalda.

—¿Le hace daño?

—No más que un balazo en la frente.

—No piense en el licor.

—No pienso en él, lo necesito.

—¿Entonces?

—Llegué a un acuerdo con mi médico. Meses atrás me dieron un balazo que trató de llevarse parte de mi estómago. Nada muy grave, pero era necesario recuperarlo y para ello, dejar de beber. Como se me hacía difícil, accedí a que me acondicionaran una maldita cápsula bajo el brazo. Veo un trago y me suda el alma.

—Entonces es por su bien.

—Eso dicen. En cambio a mí me preocupa contar los días que faltan para que la cápsula deje de hacer su efecto. Son cinco, y ni uno más.

—¿Acaso no le interesa recuperarse?

—Esto no tiene sentido —dije—. Usted recurre a mí, y termino confesándome como en un sillón de loquero.

—Si le molesta, no lo haga.

Ella poseía un encanto que pocas mujeres dominan. Sabía poner a un hombre en el centro de sus propias palabras. Hacerlo olvidar de todo a su alrededor, salvo de satisfacer las preguntas que le hacen.

—Se lo diré de un viaje. Me apellido Heredia. Tengo treinta y siete años, y he bebido algunas copas de más desde que cumplí los veinticinco. Me han quebrado dos veces la nariz y otras tantas las costillas. Como le dije en la mañana, investigo asuntos a los cuales la policía no les presta atención. Algunos piensan que soy bueno. Otros, me comerían los riñones a dentelladas. Mis bienes no alcanzan a ser gran cosa. Un auto cazcarriente, un departamento que arriendo y me sirve de casa y oficina, muchos libros, y un gato que se llama Simenon. Vivo lo que se dice al día, y confío en que no llegaré a los sesenta años de edad. ¿Qué más quiere saber?

—No ha mencionado a ninguna mujer.

—No estoy seguro que exista aún. Se llama Andrea. Es bailarina en un cabaré y alguna vez dijo amarme.

—¿Y usted que piensa de eso?

—Es tan cierto que me da miedo pensarlo. Ella anhela cosas que nunca le daré. Lo sabe, y aún así, creo que me ama.

—¿Y usted a ella?

—Beba su copa, y luego la llevaré al cine, al zoológico, o si prefiere nos quedaremos a ver una serie de televisión. Cualquiera de las tres alternativas es buena, pero no haga más preguntas.

Optamos por ir de compras a un supermercado y luego, Laura se las ingenió para

guisar un estofado de ternera. Mientras trabajaba en la cocina se notaba contenta, pero a medida que las horas transcurrieron, recuperó la tristeza de la mañana.

Su avión partía a las once y media de la noche, y debía estar en su hotel a las nueve, porque a esa hora la pasaba a buscar un bus de la línea aérea en que trabajaba. Antes de eso, requería de algunos minutos para darse un baño y vestir su uniforme de aeromoza.

—Es extraño —dijo, encendiendo el que sería su último cigarrillo en mi departamento—. Tengo la sensación de conocerlo desde hace mucho tiempo.

—Me ha hecho una buena cantidad de preguntas.

—Es más que eso. Una sensación de seguridad.

—Cuando se vive solo y se encuentra a otra persona en las mismas condiciones, es como mirarse a un espejo que reconforta.

—¿A ti te ocurre lo mismo? —preguntó, tuteándome por primera vez.

—Presiento que te llevaré en mis pensamientos durante muchos días.

—¿Por qué?

—Pregúntale a Simenon —retruqué, evitando la respuesta con la inesperada presencia del gato.

Laura tomó entre sus brazos a Simenon y acarició su cola blanca y peluda. Él se dejó regalonear por algunos segundos, y enseguida se liberó de las manos de la mujer.

—Es arisco —comentó Laura.

—Un solitario que no transa su tranquilidad.

—¿Cómo tú?

No respondí. Era hora de ponerse en marcha, y lo hicimos caminando las seis cuabras que separaban mi departamento del hotel de Laura. Las recorrimos en silencio, y al llegar nos detuvimos en el recibidor.

—Aquí nos separamos —dijo, mirándome de frente—. Fue un hermoso día.

Acercó su rostro al mío y me besó brevemente en los labios.

—Que te vaya bien —contesté.

—Gracias una vez más, Heredia. Gracias por tu tiempo y por el beso.

5

¿Qué se puede responder a un beso inesperado? Cuando volví a la calle pensé largamente en lo sucedido. Debe ser real, me dije. La llave de la casilla de seguridad seguía en mi chaqueta, y la atrapé firmemente entre mis dedos antes de apurar los

pasos.

En la calle se presagiaba la llegada de un verano caluroso. En otra oportunidad habría corrido al bar más próximo a beber un trago largo como para inundar un desierto, pero esa noche aparté la idea igual que a un abejorro molesto, y concentré mis energías en el regreso al hogar.

6

Desperté con la tranquilidad de saber que era un día sábado y las horas se dejarían caer sin prisa, como las pisadas de un gato sobre la alfombra. Por la ventana del dormitorio se filtraba una luz cálida y Simenon dormitaba a los pies de la cama, atravesado en dos por un halo luminoso que hacía aún más blanco su pelaje.

En la madrugada, el ruido del viento azotando los ventanales había conseguido desvelarme por algunas horas, y sentía la cabeza atontada, llena de pensamientos relacionados con Laura y esa llave que guardaba en mi chaqueta. Concluí que nada satisfaría mi curiosidad. En el Banco no se trabajaba hasta el lunes, y para entonces lo más probable era que devolviera la llave sin llegar a usarla.

Encendí un cigarrillo y aguardé a que el humo se apoderara de mis bronquios para toser con fuerza. Tenía la tranquilidad y la tristeza de un hombre solo. Nadie me apuraba por levantarme ni me reñía por dejar mis calcetines sucios amontonados en un rincón del dormitorio. Nadie me molestaba porque fumaba en la cama ni medía cada maldita caloría que tragaba en el desayuno. Pero, tampoco experimentaba el roce tibio de un cuerpo de mujer ni de unos labios que me buscaran con un beso de los buenos días.

De la calle llegó el grito del lechero. Funcionaba como reloj cada sábado a las diez de la mañana. Esperé a oírlo una segunda vez y entonces me levanté de la cama. Simenon se hizo a un lado para evitar que lo pisara y me siguió hasta el baño. Dejé correr el agua dentro de la tina y mientras ésta se llenaba, busqué en el refrigerador un vaso de leche para el gato.

Me dije que era una buena forma de empezar el día y decidí tentar suerte por la tarde con algunas apuestas en el Hipódromo Chile. Por la noche visitaría a mi amigo Dagoberto Solís, con quien, a pesar de ser policía, nos unía una amistad desde los tiempos de la universidad y desde una tarde en que por mi intervención se evitó que un fulano le clavara un cuchillo en el cuello. Había sido un golpe de suerte. Para Solís que conservaba su cabeza, y para mí, que desde entonces contaba con su ayuda y

protección. A diario nos llamábamos para gruñir unos minutos en libertad, y de tarde en tarde nos reuníamos en su casa a pesar de las malas caras que colocaba su mujer al verme llegar y romper la monotonía de su imperio doméstico.

Después del baño, bebí dos tazas de café y cuando estuve convenientemente intoxicado, salí a la calle. Mi departamento se ubica a unas pocas cuadras de la Estación Mapocho, en una calle donde las casas son unos cascarones lastimosos que aguardan el golpe de gracia. La calle se llama Aillavilú y tiene el largo de una cuadra. En uno de sus extremos se encuentra «La Piojera», y en el otro un restaurante llamado «El sótano de Gussa». Y entre ambos límites está el «Touring Bar», una peluquería decadente, algunas tiendas menores, una sala de pool y el quiosco de mi amigo Anselmo.

El paisaje que veo desde mi departamento no es gran cosa. Sin embargo, si se abren bien los ojos, se ven pequeñas fogatas entre los esqueletos de las construcciones, y alrededor de ellas, a unos cuantos hombres y mujeres acompañados de sus chiquillos sucios y flacos. No es un bonito espectáculo, pero están ahí como el sol o la cordillera. Son cartoneros. Gente que cuando la ciudad empieza a dormir salen a recorrer las calles céntricas en busca de cajas de cartón, papel o restos de comida arrojados a la basura. Viven entre los desperdicios, ayudados por una botella de vino malo o una bolsa de neopreno. No es un bonito espectáculo. A veces, solo a veces, consigo cerrar los ojos y me digo que aquello no es real, y al abrirlos de nuevo ya me he alejado de las casas derruidas y en una esquina distingo un cartel luminoso que dice: «Coca Cola, la alegría de vivir».

Y esa mañana no vi nada. Dejé atrás las demoliciones y enfilé rumbo al mercado que sirve de eje al barrio. A mi paso se cruzaban las dueñas de casas portando bolsas de las que sobresalían los atados de acelgas o cebollas. En las aceras se apostaban numerosos vendedores callejeros y en una esquina los gritos de los comerciantes se mezclaban con los cánticos de un grupo de voluntarios del Ejército de Salvación. Una gorda aprisionada dentro de un desteñido uniforme azul llevaba la primera voz en los cantos, y a su lado, un hombrecillo le daba duro a un tambor que tenía grabada la consigna: «Dios es mi pastor, nada me puede faltar». Tenían fe y les daban lo mismo las sonrisas burlonas de algunos transeúntes. Seguirían cantando y vendiendo sus folletines hasta que a su alrededor no pasara nadie. Frente a una tienda de calzados encontré a Anselmo, mi amigo suplementero. Devolví su saludo y le pasé algunas monedas.

—No se le ha visto en la «Agencia», don —dijo mientras me alcanzaba un diario.

La «Agencia» era un bar de mala muerte, vecino a una sucursal hípica. Su clientela no salía en las páginas sociales de las revistas ni tampoco pagaban sus consumos con tarjetas de crédito. Eran tan pobres que no se daban ni el gusto de sudar, pero sabían de caballos, y cuando acertaban un buen dividendo convidaban a una cerveza y se sentían importantes.

—He estado ocupado en mis cosas —respondí.

—Los muchachos dicen que está chantado.

—Los muchachos dicen muchas cosas y algunas veces pueden tener razón.

—Dicen que estuvo en una clínica para chalados.

—Estuve en un hospital para tipos que reciben balas en el estómago. Y de eso hace muchos meses.

—Mejor así, don. Eso de las clínicas para orates no es cosa buena. Nunca se sabe si a un hombre le afirman o sueltan las tuercas dentro de esos lugares.

—Cambiemos de tema. ¿No tienes algo bueno para la tarde?

Un dato es algo que todo hípico de ley busca y aprecia. Una pequeña luz en la oscuridad a la cual aferrarse aunque en los bolsillos no se sienta más que el tintinear de las llaves.

—Tengo un dato infalible.

Anselmo dijo el nombre de un caballo. Saqué de la chaqueta dos billetes de mil pesos y los puse en sus manos ennegrecidas por la tinta de los diarios y el jugo venenoso del dinero.

—Para que te des un trago a mi salud —le dije a modo de despedida.

7

Dejé que la tarde transcurriera sin sobresaltos. En una agencia de juego aposté a media docena de pingos sin mayor suerte, y con el arribo de las primeras sombras llamé a la casa de Solís para anunciar mi visita.

Contestó su esposa y al reconocer mi voz me saludó con un forzado tono amistoso.

—Dagoberto no está en casa —dijo con brusquedad, y enseguida agregó—. Lo llamaron de la oficina por un problema de última hora. Al parecer muchos de sus colegas están de vacaciones y falta personal en la unidad.

—Significa que no tiene una hora fija de regreso.

—Usted lo ha dicho —confirmó la mujer.

Esgrimí mis mejores cortesías y le dije adiós.

De vuelta en mi oficina preparé una jarra de limonada y me acomodé en un sillón dispuesto a seguir con la lectura de la novela que había estado leyendo en los últimos días. Sin embargo, cada media docena de páginas dejaba de lado la lectura y me dedicaba a contemplar la habitación, sin encontrar en ella algo que hiciera cambiar la fortuna de ese día. Sus paredes seguían siendo grises, igual que la tarde en que la

había arrendado, siete años atrás. En las ventanas se acumulaba el polvo y si uno esforzaba la vista conseguía ver más allá de los vidrios el verdor del parque y las luces de los autos en dirección al sector norte de la ciudad.

8

Dormitaba con los brazos apoyados en un costado del sillón cuando oí que golpeaban a la puerta de mi oficina. Esta no es otra cosa que el cuarto principal del departamento donde vivo, habilitado con un ruinoso escritorio y unos estantes colmados de libros y recortes de revistas. Frente al escritorio hay un sillón de cuero verde, y tras él, un póster colgado en la pared con la figura de un fina sangre mulato. Lo demás es polvo, polvo y algo más de polvo.

Abrí la puerta y me encontré con Solís que venía acompañado de otro hombre que, por su aspecto supuse sería el ayudante de tumo.

—Tu pocilga no mejora —dijo a modo de saludo, y mientras ocupaba el sillón verde. Su ayudante se paró a mi lado en posición de alerta, por lo que deduje que la visita tenía carácter oficial.

—Me conmueven tus palabras —contesté.

—¿Los cornudos no te visitan como antes? —preguntó haciendo referencia al seguimiento de esposas infieles.

—No. El último fue un tira y le dije que no me dedico a ese tipo de trabajos.

—Deberías hacerlo. Es un trabajo fácil y se gana mucha plata. Incluso a veces se consigue una encamada gratis con las esposas.

—Aún así no me interesa.

—¿Y las azafatas?

La pregunta de Solís me impactó como un bloque de hielo en mitad de la espalda.

—¿Qué quieres decir? —pregunté.

—El cuento es el siguiente. Hace seis meses me tienen confinado a un cuartucho donde el aire pide permiso a las moscas para entrar. Mi escritorio está repleto de papeles inútiles y cada día más amarillentos. Estando en mi casa, libre de ese grato ambiente, me mandan a llamar para atender un caso. Nada nuevo, solo una muerte antes de tiempo. La muerte de una joven. Voy al lugar en el que encontraron a la mujer, escucho a unos testigos que no saben nada, y al registrar la mesilla de noche, encuentro una agenda con la anotación: «Lunes, Heredia».

—¿Qué estás diciendo?

—¿Conocías a Laura Suárez?

—¿Qué pasa con ella?

—Respóndeme.

—La conocí ayer, casualmente.

—Ya no podrás seducirla. Está muerta.

—¡Hijo de puta!

—Sin ofensas. Sólo quería saber cuánto te dolía la noticia.

—La hacía viajando a Buenos Aires.

—No llegó muy lejos. Alguien la sorprendió mientras se daba un baño. La golpearon en la cara y su cabeza se azotó en la tina.

Necesitaba una copa con urgencia y corrí al living a buscar la botella de licor más a la mano, pero antes de volver a la oficina ya estaba arrepentido de mi acción. Dejé la botella sobre el escritorio y la retuve un instante entre mis manos.

—Nunca te había visto sufrir tanto —dijo Solís—. ¿Por qué no bebes un trago que te calme?

—Solo hago un poco de gimnasia. No preciso ese condenado trago ni tus consejos.

—¡Es tu pellejo el que sufre!

—¿Piensas que maté a Laura? —pregunté de improviso, confiando en la sorpresa para obtener una respuesta fiel.

—No —respondió Solís automáticamente, y dándose cuenta de su error, agregó—. Encontré tu nombre en la agenda y quisiera que aclararas ese punto.

—¿Es necesario?

—Considera que soy tu amigo, y que otro colega ya te tendría con las mejillas rosadas. Me conformo con una historia buena, breve y convincente.

Ningún crimen huele bien y el de Laura lo hacía peor que cualquier otro que hubiese conocido en los últimos meses. Casi podía ver sus ojos mirando al infinito y su imagen atemorizada revivió en mi memoria. Solís no me dejaría salir a corretear al asesino de Laura sin que antes le contara un buen cuento. Decidí sincerarme y le dije lo que sabía. Mi encuentro con Laura, su estancia en mi departamento, su miedo, el viaje a Buenos Aires y su promesa de llamarme el lunes. Le conté todo, menos lo de la caja de seguridad.

—No me ilumina mucho tu historia, Heredia.

—Es todo lo que sé.

—Y nadie parece saber más. El encargado del hotel no vio nada, y el único amigo de la azafata que conseguimos ubicar todavía no sale del asombro.

—¿Qué amigo?

—¿Quieres saberlo? ¿Piensas meter tu narizota en el asunto?

—¿Qué amigo? —insistí.

—Javier Ferrada. La noche del crimen la fue a visitar. En la recepción pidió hablar con ella. El encargado llamó a la habitación y como nadie contestó, supuso

que Laura Suárez no había llegado aún. Ferrada le encargó que la informara de su visita, y por eso dimos con él. Su nombre estaba anotado en el cuaderno de recados.

—Y por cierto que si ese tipo fuera el asesino, no habría registrado su nombre para que lo encontraran a la primera pesquisa.

—Además cuenta con una buena coartada. Estuvo toda la noche en un antro que se llama «El Fortín». Hay una docena de mugrosos que aseguran haber estado bebiendo con él hasta el amanecer. Ferrada dice ser poeta y es conocido como tal en ese bar.

—Lo que es casi decir el patio de su casa.

—No sé mucho de eso.

—Ni falta que te hace —contesté—. En el hotel puede haber otros antecedentes, otras visitas, algún extraño.

—No agites tu imaginación, Heredia. El hotel era una taza de leche a la hora del crimen.

—¿Averiguaste si Laura tiene familia?

—Hasta el momento no sabemos nada.

—Demasiado misterio para mi gusto.

—Supongo que el asunto te interesará —dijo Solís, al tiempo que se ponía de pie. Hice un gesto de duda con mis hombros.

—Trata de no cruzarte demasiado en mi camino, Heredia.

—Tiemblo de solo pensar que eso pueda ocurrir.

Solís hizo un gesto de enojo, a medio camino entre la realidad y la ficción. Contuvo sus malos pensamientos y salió de la oficina seguido por su silencioso ayudante.

Dejé pasar unos minutos y luego imité sus pasos. Necesitaba pensar en la muerte de Laura y para ello no había otro lugar mejor que la calle. Sin proponérmelo repetí el camino que recorriera con ella la noche que la acompañé a su hotel. En algún momento pensé que la vería aparecer, pero pronto me dije que eso no pasaba de ser una ilusión, ya que para volver a encontrarla, necesitaba el coraje de visitar la loza blanca donde dormía su sueño definitivo.

9

Era un domingo igual a cualquier otro. Repetido y somnoliento como quiltro recostado en la vereda. Los edificios mostraban sus caras tristes y las pocas personas

que paseaban por las calles lo hacían sin prisa. Apuré un café en el primer restaurante que salió a mi encuentro y cuando el reloj marcó las doce del día, llamé a Solís para preguntarle la dirección de Javier Ferrada.

—En domingo se descansa, Heredia —dijo obviando la pregunta.

De seguro ya había bebido un par de aperitivos y su lengua deseaba correr ligera.

—Difícil cuando solo se tiene la compañía de las murallas.

—¿De qué te quejas? Aún estás en condiciones de buscar una muchacha y dedicarte a criar niños. No es la felicidad absoluta, pero con algo de paciencia se le asemeja.

—¿Por qué tanto optimismo, viejo? ¿Te prepararon tu plato favorito, o anoche tu mujer consiguió despertarte?

—¡Sólo quería darte un consejo!

—Los últimos consejos se los oí al cura que predicaba el catecismo en el colegio. Lo escuchaba dos horas seguidas para conseguir un pancito dulce y una entrada para ver una película zonza. No aprendí mucho de él, salvo que nadie te da de comer gratis.

—Es tu modo de ver las cosas. Nadie podrá acusarme de no haberlo intentado. La dirección que deseas es: Grajales 450, cuarto piso, departamento A.

—Dime otra cosa antes que vayas a tragar tus tallarines domingueros. ¿Qué pasó con el cuerpo de Laura? ¿Alguien lo reclamó?

—Nadie. Sigue en el Instituto Médico Legal.

—¿La familia continúa sin aparecer?

—En el hotel sólo encontramos sus antecedentes personales y el nombre del lugar en que trabaja. Consultamos en la línea aérea, pero no sacamos nada en limpio. En su currículum de contratación estaban sus certificados de estudios del liceo y del curso de especialización que hizo en la misma aerolínea. Tenía cursos de inglés y francés, y en los cinco años que llevaba trabajando la habían calificado bien. Entrevistamos a sus compañeras de trabajo. Ninguna se relacionaba con Laura fuera de los vuelos.

—Eso no responde lo de la familia.

—Creo haberte dicho en tu oficina que no sabemos nada.

—Nada. ¿Te das cuenta cómo se repite esa palabra?

—Estamos trabajando.

—Al contratarla en la línea aérea le habrán pedido un certificado de nacimiento. En él deben salir los nombres de los padres.

—Estamos procesando esos datos, Heredia.

—¿Sí? ¿Con qué prisa?

—¿Crees que es el único problema que tenemos?

—No hagamos líos —dije, conciliador, para evitar que Solís cortara la comunicación—. Probablemente tampoco se consiga gran cosa con eso.

—Tu optimismo me abrumba, Heredia.

—¿Algún otro amigo de Laura? ¿Novio?

—El único es Ferrada.

En la línea se produjo un silencio, sólo interrumpido por el murmullo que llegaba desde la casa de Solís.

—¿Aún estás ahí? —preguntó mi amigo luego de un rato.

—Trato de explicarme tanto misterio. Es imposible que una persona no deje huellas.

—Hay personas que viven muy solas. Es parte del juego de la gran ciudad.

10

Media hora más tarde puse mi auto en movimiento. La calle Grajales me era familiar, porque parte de mi adolescencia había transcurrido en el barrio en que ella se ubicaba, y cada uno de sus rincones se relacionaban con mis juegos y primeras aventuras amorosas. Antiguamente, mucho antes que viviera en ese barrio, había sido un sector elegante, habitado por familias de apellidos largos y aún más largas cuentas bancarias. Con el crecimiento de la ciudad las familias adineradas prefirieron alejarse del bullicio del centro y trepar hacia los cerros en busca de aire puro, aislamiento y mayor seguridad. Las casas fueron alquiladas y poco a poco se convirtieron en caricaturas de sus buenas épocas. Lo que restaba de ellas lo ocupaban pobres estudiantes provincianos, empleados públicos solitarios, y una que otra pareja de ancianos que se negaban a perder el último eslabón con el pasado. Lo demás era basura amontonada en las esquinas, ventanas de las que colgaba la ropa recién lavada, y olores, muchos olores que emergían de cada puerta a medio abrir.

El 450 de la calle Grajales estaba pintado de azul sobre una maltratada puerta de madera. A cada lado de ésta se habían instalado unos negocios de poca monta. Uno ofrecía servicio de fotocopias, y el otro, cortes de cabello a precio módico.

Empujé la puerta y seguí mi camino hasta enfrentar un ascensor con rejas plegables.

—No funciona —gruñó una vieja menesterosa que aparentaba dormitar al final de un pasillo—. Hace cinco años que no funciona.

Quise comentar algo, pero la mujer se desatendió de mi presencia y volvió a interesarse en las lanas que tejía con alguna dificultad en el ritmo de sus manos. A un costado del ascensor nacía la escalera de servicio, y con más resignación que voluntad, la abordé sintiendo cómo crujían los escalones de madera bajo mis pies. Apoyé mi mano derecha en la baranda y la retiré al instante, empolvada.

Finalmente conseguí llegar al cuarto piso. Las rodillas me temblaban y el sudor brotaba de mi frente. Conté hasta treinta y golpeé la puerta del departamento.

—¿Javier Ferrada? —pregunté a un tipo delgado, de rostro pálido y ojos negros que apareció al abrirse la puerta.

Contestó afirmativamente moviendo la cabeza y lo observé un instante. El cabello corto le caía sobre la frente en forma de chasquilla, y en su mentón crecía una barba rala, apenas una pelusa que al menor ventarrón podría desaparecer.

—Mi nombre es Heredia y quisiera hacerle mas preguntas —dije, agobiado aún por el esfuerzo que me demandara subir la escalera.

—¿Es de la policía? —preguntó.

Su pregunta no evidenciaba temor, solo fastidio. Deduje que Solís y sus muchachos lo habrían molestado más de la cuenta.

—Es un asunto personal. Soy amigo de Laura Suárez, y el día de su muerte me tocó acompañarla hasta su hotel.

—¿Amigo? Nunca la oí mencionar su nombre.

—Nuestra amistad era reciente, no obstante lo cual su muerte me sorprendió. La última vez que conversamos parecía preocupada por algo que no quiso explicitar. Tengo mis ideas al respecto y desearía alguna información para corroborarlas —dije, y Ferrada pareció interesado en mis palabras.

—No creo tener muchas cosas que contar, pero pase —agregó, indicándome el interior de su habitación.

Su voz tenía un tono pedante y gesticulaba demasiado al hablar. Daba la impresión que se dirigía a un auditorio de tipos fofos y engominados. Su pieza en cambio, la había tomado prestada de una novela de Dostoiewski. Era un cuadrado de cuatro metros por cuatro, con una ventana estrecha y sucia. Un portalámparas solitario colgaba del cielo raso como un ahorcado, y en un rincón del cuarto, una tetera colocada sobre un anafre hervía bulliciosamente. Dentro del cuadrado había un camastro en desorden, un velador metálico y una mesa cubierta de papeles y libros. Junto a los libros distinguí una bolsa plástica con algunos panes en su interior.

—Siéntese donde pueda —dijo Ferrada, mientras se ocupaba de sacar la tetera del anafre.

—¿Te interrumpí? —pregunté, al tiempo que sacaba un taburete de mimbre desde bajo la mesa.

—Preparaba algo de comer —contestó, y acordándose de alguna antigua lección de modales, agregó—. Puedo invitarle un café.

Acepté la oferta y lo vi disponer café instantáneo en dos jarros de loza. Vertió agua en ellos y me alcanzó uno. Luego, se sentó a la mesa, frente a un plato que contenía una ración de arroz graneado y un huevo duro.

—¿Las cosas no andan bien? —pregunté, aquilatando el aspecto de la habitación. Sus ojos brillaron como dos cuchillos.

—¿Qué quiso decir con eso de un asunto personal? —preguntó.

—Soy detective privado. La gente me contrata para resolver problemas que requieren algo de fuerza y mucho tiempo ocioso.

—¿Quién le encargó lo de Laura?

—Da igual quién lo hizo. Supe que estuviste en el hotel la noche del asesinato — dije remarcando cada una de mis palabras—. ¿Qué me puedes decir al respecto?

—Lo mismo que les dije a los otros detectives. Era amigo de Laura y esa noche pasé a su hotel con la intención de conversar un rato y despedirme. Siempre lo hacía cuando ella viajaba. Como no estaba, le dejé un recado y me fui a dar una vuelta por el barrio. Al volver encontré a los policías metidos por todas partes y mi nombre registrado en el libro de notas. Tuve que dar muchas explicaciones.

—Por lo general el cuento se repite en tres oportunidades. A veces porque los policías son duros de cabeza, y en la mayoría de los casos, porque ellos esperan que uno se contradiga.

—Veo que está informado —dijo Ferrada, y sonrió por primera vez.

—¿Puedo saber a qué te dedicas? —pregunté usando un tono de mayor confianza.

—¿La policía no se lo dijo? Soy poeta.

Lo miré a los ojos tratando de reconocer las rayas circulares en su interior.

—Pensé que te dedicabas a estudiar en la universidad. Calza más con tu aspecto.

—Lo hice, pero debí retirarme —contestó Ferrada y noté que el resentimiento le brotaba por la piel—. Mis padres no pudieron seguir costeadando mis estudios.

—Sucede a menudo.

—Tenía compañeros a los que les importaba un comino estudiar. Asistir a la universidad no pasaba de ser un juego para ellos. Como sus familias estaban forradas en billetes podían darse el lujo de calentar los asientos hasta que tuviesen ánimo de aprender algo.

—¿Qué estudiabas?

—Literatura.

—¡Un gran futuro arrojado por la borda!

El comentario dolió a Ferrada y por un instante me preparé a recibir un chorro de café en la cara.

—Tendré mi oportunidad y entonces las cosas serán diferentes.

—¿Cómo conociste a Laura? —le pregunté sin ganas de caer en una larga disertación de sus inquietudes existenciales.

—En una lectura de poemas. Ella estaba entre el público y cuando terminó mi presentación se acercó a decirme que le habían gustado mis textos. Se lo agradecí y ella me invitó a beber una cerveza. Desde ese día nos hicimos amigos. Nos veíamos a menudo. De regreso de sus viajes me traía libros de regalo. El último fue uno de Rilke.

—¿Rilke? Recuerdo haber jugado alguna vez a un caballo con ese nombre — comenté para tantear su ánimo—. Pero, no me hagas caso. De poesía no sé nada. Me enseñaron algunos poemas en la escuela, pero ya los olvidé.

Ferrada se dispuso a dar una cátedra, pero algo lo contuvo en el último momento. Quizás pensó que no valía la pena perder su tiempo o se dio cuenta que trataba de sondear sus pensamientos.

—Nadie se preocupa de los poetas —dijo con afectada resignación.

—Ni de los detectives, amigo.

Su vanidad comenzó a deslizarse por el suelo.

—¿Cuántos libros tienes publicados? —le pregunté.

—Ninguno. En este país no existe un editor capaz de reconocer un poema de calidad.

—¿Solo eras amigo de Laura?

Mi pregunta lo tomó de sorpresa y algún discurso sobre la grandeza de su poesía se le atoró en la garganta.

—¿Qué quiere decir?

—No sólo de poesía vive el hombre.

—¿Quiere escarbar a fondo?

—Trato de saber por qué la mataron. Si descubro el motivo tendré al asesino. Siempre el motivo es lo esencial en cualquier tipo de crimen.

—¡Toda una teoría!

—La leí en una novela de S. A. Steeman. Un gran escritor belga, por si no lo conoces.

La cita le dolió igual que un martillazo en los genitales. Se puso de pie y agitando sus brazos en forma amenazante se largó a vociferar.

—No conseguiré nada de mí. Si sus amigos policías lo enviaron a espíarme, ha perdido el viaje. No acepto que insinúe algo extraño en mi relación con Laura.

—No es extraño que dos personas se amen.

—Eramos amigos. Ella estaba casada y tenía una hija.

—¡Diablos, poeta! Tenías tus cosas guardadas.

—¿Qué dice?

—Has dicho dos cosas novedosas. La policía no sabe nada de la familia de Laura.

—Y si de mí depende, seguirán en la misma ignorancia.

Saqué de mi chaqueta un atado de Derby y puse uno de los cigarrillos en mis labios. Ferrada se tranquilizó y volvió a sentarse.

—Nada tengo que ver con la policía —dije calculando el efecto de mis palabras—. Conocí a Laura muy poco, pero lo suficiente para darme cuenta que necesitaba ayuda.

No sé tus razones para ocultar información a los tiras, pero a mí tendrás que aclarar lo que acabas de decir.

—Ellos deseaban sacarse un bulto de encima. Tú pareces distinto —agregó, conciliador.

—¿Lo afirmas, o lo preguntas?

—Lo pregunto.

—Entonces no lo dudes. Lo de Laura ya es un asunto personal.

—¿Qué deseas saber?

—¡Todo!

—La hija de Laura se llama Paulina.

—Es un buen comienzo.

—Desde siempre Laura fue una mujer sola. Cuando tenía tres años sus padres murieron en un accidente ferroviario y de ellos no conservó ni el más mínimo recuerdo. Era hija única y fue criada por una señora que había sido contratada por sus padres. Esa mujer es la nana Ricarda. Se encariñó con la niña, y al quedar huérfana se hizo cargo de su educación. Vive en San Eugenio, en un internado que mantiene una congregación de monjas. Ahí se crió Laura, y ahora lo hace su hija. En varias oportunidades la acompañé en sus visitas.

—¿Qué edad tiene la niña?

—Nueve años. Es una hermosa mujercita y no quisiera estar en el pellejo del que tenga que contarle la muerte de su madre.

—¿Y el esposo de Laura?

—Más vale no contar con él. Laura no lo hacía.

En el rostro de Ferrada se volvió a reflejar la rabia que sintiera minutos atrás.

—¿Cómo se llama?

—Gastón Muleiro. Se conocieron en Santiago. Él venía de Buenos Aires buscando trabajo o un buen negocio. Laura estaba por salir del liceo y en una fiesta se hicieron amigos. Él le prestó atención y para ella no le fue difícil enamorarse. Se casaron y durante un tiempo breve las cosas funcionaron. Luego, Muleiro cambió. Algo no andaba bien en su cabeza. Comenzó a maltratar a Laura y la dejaba sola pretextando viajes a Buenos Aires. Terminó por abandonarla un mes antes que naciera la niña.

—¿Y nunca más supo de él?

—Hasta fines del año pasado. Muleiro desapareció durante varios años. Laura completó sus estudios de azafata, se puso a trabajar, y en uno de sus viajes a Buenos Aires se encontró con él por casualidad. Lo supe porque a la vuelta de ese viaje Laura se veía rara, descompuesta.

—Se cuidaba mucho de ocultar esa historia.

—Con una hija no habría podido trabajar de azafata y además, se cuidaba de los posibles comentarios de la gente.

—¿Sabes dónde ubicar a Muleiro?

—Supongo que en alguna parte de Buenos Aires.

La respuesta de Ferrada fue demasiado rápida para mi gusto. Movié sus hombros en un gesto de impotencia y concentró su interés en la taza de café que mantenía entre sus manos.

—Eso es muy vago. ¿Sabrá algo de él la nana Ricarda?

—Lo dudo.

—De cualquier modo, me gustaría visitarla.

—Puedes contar con mi compañía —dijo Ferrada con súbito interés, como si no quisiera apartarse del dueño de una mina de diamantes.

—Esperaremos el momento adecuado —contesté, y a continuación le relaté parte de mi encuentro con Laura. Omití lo de la caja de seguridad, pero le dejé entrever que contaba con una información confidencial.

—¿Qué espera conseguir con la investigación? —preguntó.

—Quisiera encontrar al culpable antes que lo hagan los policías.

—¿Les dirás a ellos lo que acabo de contarte?

—Solo cuando sea necesario. Ahora harían mucho ruido con sus sirenas, buscarían a Paulina y le partirían el corazón sin miramientos.

—Quiero ayudar, Heredia.

—Ya lo has hecho.

—No es suficiente —dijo Ferrada. En su mirada descubrí que estaba dispuesto a pegarse a mi lado sin que nada pudiese hacerlo cambiar de opinión.

—De acuerdo, poeta. Puedes darme otro café y después me acompañarás a husmear en el hotel de Laura. Algo de mugre puede seguir escondida bajo las alfombras.

11

—Alguna vez voy a mirar el pasado y reconoceré que estos días grises no han sido en vano ni tan miserables —dijo Ferrada, después de contarme la historia de su vida.

Lo observé de reojo. Parecía hablar en serio, pero no quedé muy convencido de ello.

Estacioné mi auto frente al Hotel Montecarlo, y luego de entregar el auto a un cuidador, entramos con Ferrada a la recepción. El encargado, un hombre bajo, grueso y algo calvo nos dio una mirada tan expresiva como un tallarín saliendo de la olla. El tipo había sido alguna vez cortés y risueño, pero las comidas pesadas, los vinos ácidos y muchos años de estar sentado tras el mesón lo habían convertido en un hipopótamo gruñón y malhumorado.

La esperanza de obtener con facilidad algo de él se esfumó. Sin embargo, no había recorrido media ciudad para sentirme derrotado por la primera mala cara que me pusieran por delante. Lo saludé y la primera pregunta se la hice en un tono directo

y golpeado.

—Lo que sabía se lo dije a la policía —contestó el hombre, mordiendo con rabia la punta de un lápiz de pasta que sostenía en una de sus manos—. No deseamos más ruido en el hotel. La muerte de esa mujer nos costó varios clientes.

—Ni se imagina cuánto sufro con eso.

—No se burle, puedo no acordarme de nada.

Tuve que reconocer que el hombre era listo. Busqué en mi chaqueta un billete de cinco mil pesos y lo dejé sobre el mesón.

—Con eso puede aceitar su memoria —le dije.

Miró el billete con codicia y esbozó algo parecido a una sonrisa.

—¿Qué quiere saber? —preguntó.

—Todo lo que sepa de la mujer asesinada.

—¿Periodista?

—El que paga por las preguntas soy yo, amigo.

—Llevaba viviendo dos años en el hotel y nunca nos dio problemas. Pasaba poco tiempo en su habitación, casi no recibía visitas y la compañía aérea cancelaba oportunamente la renta. En lo personal jamás crucé más de tres frases seguidas con ella. Era lo que llamamos un huésped fantasma.

—¿Alguien preguntó por ella la noche del crimen?

—Un joven que dijo ser su amigo —contestó el hombre sin reconocer a Ferrada—. Como no estaba, dejó un recado y volvió una hora más tarde.

—¿Alguna otra persona?

—Su billete se acabó, amigo —dijo, observando la cubierta del mesón.

Puse otro billete a su alcance y la memoria del gordo se reactivó.

—Minutos después que llegara la mujer entró un policía. En ese momento tuve la impresión de que la seguía.

—¿Por qué dice que era un policía?

—Mostró una credencial y dijo querer hablar con un pasajero alojado en el quinto piso.

—¿Con quién?

—Lo ignoro. Si me muestran una placa no hago preguntas. Es cuestión de salud personal.

—¿Lo había visto antes?

—Jamás.

—¿Recuerda algo especial de él? ¿Su vestuario? ¿La manera de hablar o algún rasgo físico?

—Todo fue muy rápido, amigo.

—¿La señorita Suárez alojaba en el tercer piso?

—Correcto.

—¿Existe comunicación entre el tercer y quinto piso?

—Obvio. El ascensor y la escalera.

—¿Se fijó que el policía bajara en el quinto piso?

—No, ¿por qué iba a hacerlo?

Pensé en el supuesto policía y me dije que lo más probable era que se tratase de un tira visitando a una amiguita o juntándose con amigos para ver videos pornográficos. El recepcionista acabó por aburrirme, y luego de hacerle a Ferrada un guiño cómplice, me despedí. El hombre no se molestó en contestar. Regresó a su silla y clavó los ojos en una revista. En la calle moriría la gente, las acciones de la Bolsa se irían al suelo, Hiroshima se repetiría dos veces, y el tipo seguiría en su silla y con su lectura. Tenía la sensibilidad de un bistec recocado.

Nos detuvimos a la salida del hotel, y a unos diez metros distinguí a un lustrabotas que ocupaba una especie de caseta en la cual los clientes podían leer un diario o manosear una revista. Me acerqué y su rostro se iluminó con una sonrisa.

—¿Cómo te llamas? —pregunté al muchacho, mientras ocupaba el asiento.

—Pedro —contestó.

—¡Pedro! ¿Estás siempre en este lugar?

—Sí.

—O sea que el otro día, cuando mataron a una mujer en el hotel, no te perdiste nada de lo ocurrido.

—Claro —dijo el muchacho, más concentrado en su trabajo que en mis preguntas.

—Te cancelo tres lustradas si me prestas atención —le dije.

—¿Cómo?

—Te hago unas preguntas y tú las respondes.

Asintió con la cabeza. Como casi todo el mundo, estaba convertido en un tragamonedas.

—¿Conocías a la mujer que asesinaron? ¿La habías visto antes?

—La señorita Laura acostumbraba a dejarme sus botas para que se las lustrara.

—¿La viste entrar al hotel ese día?

—En la noche. Llegó acompañada de un caballero.

El muchacho no lo sabía, pero por la descripción que hizo, ese caballero se llamaba Heredia.

—¿Y después?

—El caballero volvió a salir del hotel.

—¿Viste entrar a alguien más en ese rato?

—A un señor al que le estaba limpiando los zapatos. Me llamó la atención porque traía los zapatos lustrados y mientras lo atendía no dejaba de mirar para el hotel. Cuando llegó la señorita, se fue apurado tras de ella. Lo recuerdo muy bien. No esperó a que le diera el vuelto.

—¿Lo habías visto en otra oportunidad?

—No, señor, nunca.

—¿Cómo iba vestido?

—Con un traje gris como casi todos los caballeros —contestó—. Tenía una ceja gorda.

—¿Una ceja gorda?

—La izquierda. Oscura y con muchos pelos.

—Un lunar —dijo Ferrada que seguía atento la conversación.

Un supuesto policía con un lunar vistoso en la ceja izquierda. Para mí fue suficiente. Le di al muchacho sus billetes y lo dejamos esperando a otro cliente.

12

—¿Qué piensas hacer, Heredia? —preguntó Ferrada.

Habíamos viajado largos minutos en silencio y la curiosidad del poeta era evidente desde el mismo instante en que abordáramos el auto.

—Buscar un boliche y tomar un café decente.

—Me refiero a lo de Laura.

—Pondré a todos los policías de la ciudad en una fila y los examinaré con gran cuidado.

—Hablo en serio. Me interesa.

—Necesito pensar. También preciso una camisa limpia y una buena ducha. Hace dos días que uso la misma ropa y tres que no me afeito.

—Obtienes un buen dato y piensas en cualquier otra cosa. ¿Qué clase de investigador eres?

—Uno que no piensa buscar a un detective cejudo en todas las unidades policiales de Santiago.

—¿Y entonces?

—Hablaré con un amigo. Lleva suficiente tiempo en el Servicio de Investigaciones como para recordar a un colega con esa característica.

No me detuve a reflexionar sobre la causa, pero mi respuesta inquietó a Ferrada.

—¿Cuándo lo harás?

—Mañana o pasado. No tengo prisa —dije, al tiempo que pensaba en la caja de seguridad.

—No te entiendo, Heredia.

—Te aconsejo tomar el asunto con calma. Estás muy excitado.

—Tienes que decirme lo que harás.

—Olvídalo. Es un secreto entre yo y Simenon.

—¿Quién es Simenon?

—Haces muchas preguntas. Comienzas a fastidiarme.

—Espero que no te equivoques —dijo decepcionado.

—No sería la primera vez, poeta. Mi vida es una colección de errores.

DOS

1

Esa noche acompañé a Javier Ferrada a su casa. Su agresividad inicial había cambiado por un febril deseo de ayudar en la investigación. Ignoraba que en asuntos de crímenes no basta la voluntad para resolverlos. Se necesita paciencia, instinto y esa cuota de fortuna que había tenido durante la visita al hotel.

Después que me despedí de Ferrada llegué al departamento deseando una taza de café y algo de olvido para no pensar en nada y dormir hasta la mañana siguiente. En contra de mis deseos, al bajar de mi auto Lada observé una de las ventanas de la oficina y creí ver una sombra que se escurría furtivamente en su interior. Acostumbraba dejar encendida una lámpara con el único objeto de atenuar las sombras que salían a recibirme cada noche, y esa luz había delatado a quien fuera que me estuviera esperando.

Subí las escaleras y me detuve junto a la puerta de la oficina. Puse la llave en su cerradura y la moví, suavemente. Cuando estuve seguro que se abriría al primer empujón, saqué la pistola del cinturón y con ella en ristre, irrumpí en la habitación.

Oí un grito de sorpresa y enseguida una voz conocida.

—Ese no es modo de entrar a una casa —dijo Andrea, alterada.

—¿Cómo iba a saber que eras tú? Vi una sombra desde el estacionamiento y subí con la idea de encontrar a un intruso.

—Llamé para avisar, pero no estabas.

—Hay un asunto que me tiene ocupado.

—Te ves cansado.

—Lo estoy —respondí y sin agregar nada más me encaminé al baño. Frente al espejo observé mi aspecto y nada de él me hizo pensar que estaba entre los diez hombres mejor vestidos del país. Ni entre los cien, ni los mil. Mi traje necesitaba un lavado al vapor con urgencia, y mi corbata un tiesto de basura donde dormir eternamente. Mi camisa tenía el cuello raído y sobre los zapatos era mejor guardar silencio. Regresé a la oficina y recién me di cuenta que estaba cambiada. Una varita mágica había hecho su trabajo. Los muebles estaban ordenados, los libros en su sitio, y sobre la mesa divisé dos platos listos para ser utilizados.

—¿Tú hiciste los arreglos? —pregunté a Andrea.

—Tenía que hacer algo mientras esperaba tu regreso.

Deseaba besarla y ella también a mí. Lo decían sus ojos y cierto ansioso temblor de sus pechos. Nos miramos con nuestros orgullos aún latiendo, aguardando el gesto del otro para romper la distancia. Me sentí ridículo. Sin saber qué hacer, como un adolescente junto a su primera polola.

—¿No quieres besarme? —preguntó al fin Andrea.

—Mucho —dije buscando sus labios que se acoplaron a los míos igual que perfectas piezas de un rompecabezas.

—Lo sé. No necesitas explicar lo que también siento.

—Estoy como la primera vez que nos vimos. ¿Recuerdas? Llegaste al cabaré con un amigo, y luego él se marchó a ver el resultado de una carrera de caballos. Conversamos y hubo algo extraño que me hizo saber que no eras un cliente más.

—Y pasamos esa y otras noches juntos, y nunca te he dicho que te amo.

—¿En verdad me amas?

—¡Demonios! ¿Qué es todo este diálogo de novela rosa? Estamos solos, Andrea. Lo único que tenemos es nuestra mutua compañía, y hasta eso hemos desperdiciado.

—Siempre dices lo mismo, y yo quisiera que las cosas cambiaran. Que fueran diferentes, próximas a nuestros sueños.

—Es tarde para cambiar. Nos tocaron naipes malos y eso es todo. No queda más que resistir y dejar pasar el tiempo, igual que esos fierros viejos que dejan abandonados en las calles. Nada esperan y nadie espera nada de ellos. A lo más, alguna noche un ebrio se aferra al óxido porque no sabe a dónde ir.

Mis palabras la herían como una cuchilla, pero estábamos otra vez juntos y eso era suficiente para no sentirnos tan en el fondo. Andrea era la hija menor de una familia de cuatro hermanos. La pobreza le había enseñado a ver la vida desde un rincón y trabajaba en un cabaré porque su cuerpo hermoso era lo único a lo que el mundo le concedía algún valor.

—¿Podemos ser amigos de nuevo? —preguntó—. Prometo no dejar que vuelen mis sueños.

—Es lo que deseo desde que te vi.

Sus labios, sus pechos, sus piernas se pegaron a mi cuerpo en un beso extenso como nuestras soledades y las horas que transcurrieron hasta la llegada de la mañana. Hasta el instante en que Anselmo golpeó a la puerta de la oficina y deslizó bajo ella el diario, con la tinta fresca y la misma historia rancia de cada día.

Andrea sirvió el desayuno y mientras aguardaba que el café se enfriara, hojeé el diario. La muerte de Laura dejaba de ser una noticia importante en la crónica roja, y en un breve recuadro leí que la policía investigaba su asesinato. Mostré la noticia a Andrea y le resumí lo acontecido durante el fin de semana. Después terminamos el desayuno, nos dimos una ducha compartida y la fui a dejar a su casa con la promesa de ir por la noche al cabaré.

2

El edificio que ocupaba el Banco de Boston parecía tener todo el mármol del mundo adosado a sus muros. Sus puertas eran de vidrio grueso y uno podía contemplarse en ellas como en un espejo. Subí las doce escalinatas que antecedían a la entrada principal y empujé la puerta giratoria con la ilusión de recobrar uno de mis juegos infantiles.

El encanto fue breve. Traspuesta la puerta no encontré otra cosa que un salón alfombrado y ventanillas atendidas por cajeras uniformadas con blusas blancas y faldas de color verde. Consulté la pizarra de informaciones y me encaminé con paso seguro a la sección de las cajas de seguridad.

La encargada era una morena que estaba terminando de pintarse las uñas de un color rojo intenso. No calculé su edad, pero sí sus medidas anatómicas. Sin mayor despliegue de imaginación se conseguía visualizarla en bikini, y el corazón empezaba a moverse deprisa.

Mi presencia la incomodó y no hizo nada por ocultarlo.

—Puedo esperar a que termine —dije luego de un saludo que rebotó en la indiferencia de la mujer.

—¡Qué amable! —exclamó con voz de pito, rompiendo el encanto de su cuerpo fresco y apetecible. Deduje que poseía tanto cerebro como un jilguero y la potencia de su cuerpo no la diferenciaba de un buen pedazo de lomo colgado en una carnicería de primera clase.

—Tómese su tiempo. Soy primo del gerente comercial, pero juro que no le diré nada.

La morena acusó el golpe de mis palabras. Sus ideas oscilaron entre la ira, la incredulidad y el juego.

Sin embargo, no arribó a ninguna conclusión y optó por continuar su tarea de artes plásticas.

—¿Qué puedo hacer por usted? —preguntó luego de un extenso minuto.

—Por lo menos dos cosas. Pero, para la primera es muy temprano y el público me incomoda —contesté, haciendo una pausa para medir el efecto de mis palabras, y enseguida agregué—: La segunda es más simple. Necesito abrir una caja de seguridad.

—¿Trae su llave? —preguntó sin entender el doble sentido.

—Seguro, preciosa —respondí y la tontorrón se puso colorada como un pimiento.

—Haga el favor de seguirme —replicó.

Lo hice por un pasillo alfombrado que conducía a la bóveda blindada. La mujer se movía bien. Tenía ritmo y se daba tiempo para que los mortales a su alrededor se dieran cuenta. Afortunadamente el pasillo era corto, de lo contrario el motivo de mi presencia en el Banco habría pasado a segundo plano. Se detuvo al final del pasillo y

junto a la puerta de la bóveda presionó un timbre. Conté hasta cuatro y se abrió una ventanilla por la que asomaron unos ojos negros acompañados de un bigote de bandido mexicano.

—Vengo con un cliente, Señor Urzúa —le dijo ella.

La puerta de la bóveda se abrió y el guardia nos hizo pasar a una especie de recibidor que tenía de adorno un gomero lo suficientemente grande como para que de él se colgara Tarzán.

—¿El número de su caja? —preguntó la muñeca chillona.

—256 —repitió mirando al guardia que se mantenía alerta, quizá soñando con batirse a duelo con Jesse James.

—Traeré la llave maestra —dijo el guardia, encaminándose en dirección a la caja de aluminio que colgaba de una de las paredes.

Minutos después me hallé a solas. La encargada puso la llave maestra en mi caja y se marchó moviendo su endemoniado trasero. Aparté su imagen de mi mente y puse la llave que me entregara Laura en la cerradura. La giré hacia la derecha y cogiendo la manilla de la caja, atraje la puerta hacia mi cuerpo. Saqué un paquete envuelto en papel amarillo con la leyenda «Librería Moby Dick» repetida hasta el infinito. Calculé que medía unos quince centímetros de alto y otros treinta de largo. El tamaño ideal para contener un pasaje al infierno, pensé mientras desgarraba el envoltorio.

Alguna vez había tenido uno o dos de ellos en mis bolsillos, y en películas contemplado maletas repletas, pero jamás había tenido en mis manos un paquete de billetes de cien dólares, olorosos y nuevos. Busqué dónde sentarme y no existía a mi alrededor ningún maldito escaño ni silla ni banca donde apoyar mis sorprendidas posaderas. Conté uno de los fajos y luego el total de ellos. Si las matemáticas elementales no me engañaban, el paquete contenía a lo menos sesenta mil dólares, los que vendidos en el mercado negro hacían más pesos de los que nunca ganaría en mi vida. Imaginé cuántos caballos, cuántas botellas de whisky, cuántos regalos para Andrea, cuántos pescados para Simenon, cuántas alfombras para mi oficina podría comprar con esa fortuna, y después que las paredes recuperaron su tamaño normal, volví a cubrir los dólares con el papel.

Al momento de ir a guardarlos descubrí dentro de la casilla un par de sobres. El primero estaba cerrado y tenía escrito el nombre de Paulina Muleiro con una letra redonda y clara. El segundo llevaba el nombre de Laura y su dirección en el Hotel Montecarlo. Había sido abierto y en su interior distinguí unas hojas verdes, dobladas con evidente prisa. Noté que las piernas comenzaban a tiritarme y mi pulso era una miseria. Decidí darme tiempo antes de leer la carta. Guardé los sobres en mi chaqueta, los dólares en la caja de seguridad y luego llamé al guardia.

3

Me alejé del Banco en busca de tranquilidad para analizar la carta dirigida a Laura y olvidar el temblor que me provocara el hallazgo de los dólares. Las calles se acercaban al ritmo enloquecido del mediodía y por momentos debí recurrir a toda mi paciencia para no trezarme a golpes con algunas de las personas que pasaron a mi lado empujándome con sus codos. El recuerdo del dinero mordía mi ansiedad, y ésta, a mis deseos de una taza de café. Pasé de largo frente a un restaurante que lanzaba a la calle un olor de vienas fritas en aceite reciclado, y en el siguiente boliche que salió a mi paso entré sin preocuparme de los mensajes de mi olfato.

A la garzona que me atendió le encargué un expreso doble y mientras lo traía saqué de mi chaqueta la carta abierta. Estaba fechada en Buenos Aires, un mes y seis días antes de la muerte de Laura. La firmaba Gastón Muleiro y por unos instantes me detuve en los trazos azules y rápidos de su nombre, cubierto por infinitas líneas sobrepuestas, aparentemente sin lógica. Recordé un manual de grafología que había leído alguna vez, y según ese recuerdo, la personalidad de Muleiro era la de un sujeto confuso, poco reflexivo y habituado a ocultar sus sentimientos. Un tipo que no debe dar la cara para hablar, pensé, mientras concentraba la atención en el comienzo de la correspondencia.

Las primeras líneas de la carta contenían algunas formalidades de uso corriente, como desear a Laura que se encontrara bien junto a su hija. Luego, adquiriría un tono agresivo. Decía: «Sé que no estoy cumpliendo nuestro acuerdo, pero lo que te pido es el último favor. A los envíos que ya me has ayudado a pasar, deseo que añadas uno más. Si lo haces, prometo dejarte tranquila para siempre. A vos y la nena. Han surgido problemas y necesito dinero. Por eso, llevarás un paquete a Santiago y en vez de guardarlo en la caja de seguridad de costumbre, arrendarás otra en el Banco que quieras. Te aseguro que no corrés riesgos. La gente con la que trabajo esperará el depósito y cuando sospechen algo, estaré muy lejos».

Muleiro insistía en otras líneas sobre la seguridad del trabajo y en el párrafo final, agregaba: «Estoy desesperado, Laura, así que no te negués a lo que pido. De lo contrario volveré a Santiago y de seguro te acordás cómo soy cuando me embronco. Pensá en nuestra nenita. ¿Me entendés? Nos encontraremos en Buenos Aires, en el sitio de costumbre».

Releí la carta. Me bebí el café y a la garzona le pedí que me sirviera otro, acompañado de un vaso de soda. Por más años que llevaba en el negocio, siempre había cosas que me atizaban el cráneo con la suavidad de un tubo de plomo. De todos los tipos que Laura había podido encontrar, tuvo que ser Muleiro el elegido. Un tipo capaz de utilizar a su hija para obtener un mugroso puñado de billetes. Nunca aprenderás, me dije, buscando la imagen de mi rostro en uno de los espejos que colgaban en las paredes del restaurante. Siempre te sorprenderán con los mismos golpes.

La pregunta acerca del temor de Laura tenía respuesta. La carta de Muleiro era clara al respecto, pero abría otras interrogantes. Tantas como lograba desarrollar en mis pensamientos. Muleiro hablaba de envíos. Desde Buenos Aires, dólares. ¿Y de Santiago, qué? ¿Drogas, joyas o un largo etcétera? Lo que fuera valía tanto como para cambiarlo por el paquete de dólares guardado en el Banco. ¿Y Laura? ¿Sabía en qué lío se involucraba? El paquete en la caja de seguridad se encontraba sellado, lo cual no era argumento suficiente para pensar en su ignorancia. En todo caso, la causa de su participación se entendía en la carta, y ante eso no existía ley para juzgarla.

Logré beber el café y como si en el fondo de la taza hubiese visto algo escrito, pensé en el error de Muleiro. En la carta le decía a Laura que no se preocupara de su seguridad, y se había equivocado. A pesar del procedimiento anónimo que usaban para entregar el dinero, los que trabajan con Muleiro habían conocido la existencia de Laura.

—¿Y el policía de la ceja gruesa, dónde encaja? —me pregunté en voz alta.

—No lo sé —me respondí—. Ni siquiera es seguro que sea policía.

—¿Supón que es cierto?

—Las cosas no varían mucho.

—¿Te puedo hacer una última pregunta?

—Solo una más.

—¿Quién te manda seguir en el embrollo? Te van a colgar de los pies y nadie dará un peso por lo que sobre de ti.

—Sé cuidarme.

—Pero no aclarar la historia de la carta.

—Dame tiempo. Ya veré.

—¿Cómo? —casi grité.

—¿Desea algo el señor? —me preguntó la garzona.

—¿Qué?

—Si desea algo. Me pareció oírlo hablar —aclaró la mujer observándome con curiosidad.

—Nada. ¿Nunca habla sola?

—En ocasiones.

—Entonces no estoy loco ni he pedido nada nuevo.

—Sí, caballero, como usted diga.

Observé a la mujer mientras regresaba a su lugar junto a la barra. Se notaba cansada. Deseosa de huir del restorán y dejar en el pasado a todos esos tipos extraños a los que debía atender. La llamé y volvió a acercarse a la mesa.

—Aprovechemos que anda cerca y tráigame un whisky con dos hielos y tres gotas de limón —le dije.

—¿Tres gotas de limón?

—Así es. Y además me trae la cuenta.

El whisky olía bien. Su color se transformaba al contacto del agua y durante unos

segundos miré el efecto corrosivo del licor en los cubos de hielo. Era una lucha entre dos contrincantes desesperados. El hielo se disolvía y el whisky jamás volvería a ser el mismo. Dejé el trago en la mesa sin tocarlo. Faltaban tres días para cumplir la promesa que le hiciera al médico. Después nunca más escucharía a un matasanos predicando acerca de los males del alcohol.

Simplemente lo invitaría a darnos de tragos hasta que toda su medicina, ebria e inútil, se fuera al suelo.

Recordé que había prometido a Ferrada esperar su llamado en mi oficina para contarle lo que ocurriera en el Banco. Rehíce mi camino hasta encontrar el Lada estacionado entre dos Mercedes Benz grandes y brillantes. Le di unas palmadas de ánimo en el techo y lo libré de sus malas compañías. En la oficina encontré la cuenta de la luz y una nota de Andrea. Tomé mi libreta de apuntes y anoté algunas preguntas en ella. Tenía la costumbre de hacerlo, aunque la mayoría de las veces no volviera a consultarlas. ¿Dónde vive Muleiro? ¿Quién recibía finalmente los envíos? ¿Quién era el sujeto con el lunar en la ceja? ¿Cuánto costaba un pasaje a Buenos Aires? Muchas preguntas y mi ánimo funcionaba a ratos, sin grandes deseos de movilizar mi cansada humanidad. Dejé a un lado la libreta y mientras llegaba el llamado de Ferrada, me dediqué a llenar una cartola de Polla Gol. Se jugaba con equipos españoles y resultaba tan fácil como leer una guía de teléfonos en chino. Cádiz enfrentaba a Mallorca, y Sabadell a Logroñés. Ninguno de los cuatro equipos me decía nada. Marqué empate. Más abajo venía el Atlético de Madrid con Bilbao. Elegí Madrid, por Juan Madrid, el de las novelas de Tony Romano; y enseguida marqué a Barcelona, recordando a Pepe Carvalho y sus paseos por las ramblas barcelonesas. Así fui completando la cartilla sin otros fundamentos que vagas noticias turísticas o la inefable tincada. Estaba por marcar el último partido cuando sonó el teléfono. Era Ferrada.

—¿Castilla o Burgos? —pregunté sin responder a su saludo.

—¿Qué?

—¿Castilla o Burgos? Estoy jugando a la Polla Gol.

—No tengo idea.

—Lo supuse. Las metáforas te tienen tan ocupado que no ves el mundo que te araña la nariz.

—¿No tienes nada mejor en qué pensar?

—Castilla.

—¿Qué pasa con Castilla?

—Acabo de marcar Castilla. «A Castilla y a León nuevo mundo dio Colón».

—Te hacía preocupado por lo de Laura —dijo el poeta, molesto.

—Lo estoy, no lo dudes.

—¿Qué pasó en el Banco?

—Solo hallé una carta —mentí.

—¿Y qué dice?

—La verdad es que son dos. Una escrita por Muleiro a Laura, y la otra de Laura para su hija Paulina.

—¿Qué dicen?

Hice una pausa para encender un cigarrillo, y en lo que duró, el poeta repitió dos veces su pregunta.

—Muleiro habla de algunos envíos que hacía a través de Laura. También la amenaza con dañar a la niña.

—¿Envíos? ¿De qué cosa?

—Lo ignoro. Lo que te dije es todo lo que saqué en limpio de la visita al Banco.

—Creo que es tiempo de conocer a Paulina.

—¿Le contará lo de su madre?

—La nana Ricarda lo hará. Si lo que dijiste sobre ella es cierto, dudo que exista otra persona mejor para hacerlo.

—¿Cuándo vamos a San Eugenio?

—Mañana. Te espero a las diez en mi oficina.

—Conforme.

—Y otra cosa, ¿sabes la dirección de Muleiro en Buenos Aires?

—No.

—¿Te dice algo la librería «Moby Dick»?

—No —volvió a contestar Ferrada, y enseguida, como si un rayo lo hubiese iluminado, agregó—. El libro que me trajo Laura en su último viaje tenía pegada una etiqueta de esa librería. ¿Te sirve de algo?

—Ve si en la etiqueta sale la dirección, y mañana me la das. La necesito.

—¿Para qué?

—Haces muchas preguntas, poeta —le respondí y colgué el fono sin despedirme.

Al poco rato volvió a sonar el teléfono. Esta vez era Solís el que llamaba. Su tedio traspasaba la línea y lo imaginé acodado en su escritorio, con la camisa arremangada y su vista fija en un cenicero repleto de colillas.

—¿Qué hay, Dagoberto? ¿Se acabaron los puzzles?

—Guarda tus bromas, rata. Supe que estuviste en el Montecarlo y quisiera saber lo que averiguaste.

—¡Qué casualidad! Pensaba llamarte por lo mismo.

—Deja la ironía y al grano, Heredia.

—¡Qué humor! ¿Se le quemaron los tallarines a tu mujer?

—Mi jefe me acaba de reprender porque el asunto de la azafata no progresa ni un milímetro. Si no encuentro ideas nuevas me van a secar en una oficina hedionda a meado de gato.

—¿Conoces a un policía que tenga un lunar rojo y peludo en la ceja izquierda?

—¿De qué hablas?

—El encargado del hotel dice que vio entrar la noche que mataron a Laura a un tipo con esas características. Le mostró una credencial.

—Creo conocer a un sujeto con un lunar de ese tipo. ¿Estás seguro que se relaciona con el crimen?

—Ninguna seguridad.

—No quisiera verte salir a golpear puertas como un enajenado —contestó Solís—. Tiempo atrás trabajé con un colega que calza con esa seña. Ahora está destinado a un equipo de los servicios de seguridad.

—¿Cómo se llama?

—¡Me estás enredando de nuevo con esa gente! Recuerda que estoy botado en una oficina porque te hice caso en un problema con esos tipos.

—Lo recuerdo. Nunca había usado tantas municiones en una sola noche. Dime su nombre y te prometo ser discreto.

—Se llama Atilio Cañadas.

—¿Cañadas? Conocí alguna vez a un gil con ese apellido. Decía ser actor de teatro, pero jamás había pasado más allá de rascarse las pulgas en un cine de barrio.

—Cañadas trabajó con nosotros hasta que se mezcló en el robo de unas casas. Unos ladrones se dedicaban a desvalijar las viviendas de la gente que andaba en la playa. Los carabineros metieron sus narices y una noche hubo balacera. Hirieron a dos uniformados y a uno de los ladrones. El muñeco cantó a siete pulmones y nombró a Cañadas. Él y otros dos funcionarios daban protección a los rateros a cambio de una tajada del botín. Lo dieron de baja, pero al poco tiempo lo reincorporaron y en la actualidad trabaja en el equipo de seguridad que ya te mencioné. ¿Tú sabes cómo es eso?

—Seguro. Mucha prepotencia y electricidad en los testículos.

—¿Qué pretendes con él?

—Corroborar su presencia en el hotel, y si es él, saber qué hacía ahí a la misma hora del asesinato. Después de lo que contaste, creo que Cañadas es el fulano que conversó con el encargado.

—Puede resultar difícil ubicarlo.

—Cuento con tu ayuda, amigo.

—Con una condición, Heredia. Nunca hemos hablado del asunto. Nunca te he nombrado a Cañadas. Si algo sale mal no deseo que el jefe me fría el trasero.

—Es un trato.

—Y más te vale cumplirlo.

—Otra pregunta, Solís. Si quisiera ganar dinero, mucho dinero, y tuviese la oportunidad de pasar de un país a otro sin que te revisen en la aduana, ¿quéificaría?

4

Solís no dijo nada, pero a media tarde irrumpió en la oficina con intenciones de apretarme el cuello hasta que soltara la última de mis palabras. Lo conocía tan bien que, con solo verlo, supe que no bastarían mis juegos de palabras para sacármelo de encima.

—¡Qué dura la vida que llevas! —exclamó al ver mis pies que descansaban encima del escritorio.

—Trabajo y hago mis ejercicios de yoga al mismo tiempo.

—¿Trabajas?

—¡Pienso!

—Bien, Einstein, ¿qué significa la pregunta de la mañana?

—Negocios.

—Te conozco, Heredia. Algo está funcionando en tu cabezota, y como de costumbre quieres decirme la mitad de tus ideas. Pero, ahora tendrás que decírmelo todo, absolutamente todo, de la a hasta la z. ¿Te queda claro?

—He pensado en un cuento. Una mujer tiene una hija y está casada con un sujeto que la trata mal. Un día la amenaza con dar idéntico trato a la niña si no le ayuda en cierto negocio sucio que piensa hacer. La mujer está sola y siente miedo. Accede a lo que el tipejo le pide. Pasar cierta mercadería por la frontera. Drogas, joyas, o la piedra filosofal, da lo mismo. De repente, al fulano se le ocurre quedarse con parte de la mercadería y engañar a sus socios. Estos, se dan cuenta del engaño y averiguan que usa a la mujer de correo. La buscan, tratan de sacarle información que ella no conoce, y sus modales no son muy suaves.

—¿Qué historia es esa, Heredia?

—Es lo que creo que pasó con Laura Suárez.

—No lo habrás sacado de la nada.

—Mira esto —le contesté pasándole la carta de Muleiro.

Solís se rascó la cabeza, leyó un poco, volvió a rascarse, y terminó la lectura.

—¿Dónde estaba la carta? —preguntó.

—Dentro de un chanchito de greda.

—¡Heredia!

—Confórmate con el milagro y al santo déjalo en paz.

—¿Quién es el sujeto de la carta? ¿Muleiro?

—El marido de Laura.

—¡El marido! ¿Cómo? ¿Dónde se encuentra?

—En algún lugar de Buenos Aires.

—Puedo hacer algunas gestiones con la Interpol.

—Y tres meses más te llegará una carta en la que dirán que no saben nada de él.

—¿Qué propones?

—Viajar.

—¿A Buenos Aires? Yo no puedo hacerlo, y tú no debes tener un veinte que te respalde.

—Olvidas el chanchito de greda. En cuanto arregle unos asuntos, viajaré.

—¿Asuntos? ¿Tienen que ver con lo mismo?

—En nada —mentí—. Mis negocios son múltiples, compañero.

Solís me miró. Su máquina de rayos equis trataba de evaluar la verdad de mi respuesta. Sostuve su mirada hasta convencerlo de mi sinceridad. Tras su aspecto hosco, Solís ocultaba la virtud de confiar en la gente.

—¿No tienes algo de beber en esta pocilga? —preguntó finalmente.

—Café.

—Dame uno —dijo Solís, y cogiendo la carta de Muleiro, agregó—. Me quedaré con este papel.

Dejé la oficina y cinco minutos más tarde regresé con dos tazas de café. Solís seguía con la carta entre las manos y su mirada estaba clavada en el polvo acumulado en los ventanales.

—¿Te has preguntado por qué estás metido en este negocio? ¿Por qué amargas tu vida investigando crímenes? Me hago la pregunta a menudo y en mi caso encuentro una respuesta lógica. Mi padre era policía y desde chico me propuse seguir sus aguas. Era un proyecto coherente, pero en ti me cuesta entenderlo. Te gustan los libros, estudiaste algunos años en la universidad, sabes sumar dos más dos, y sin embargo, te conformas con lo mínimo.

—Uno no decide nada, Solís. Te asignan un número y te lanzan en una carrera que no comprendes. Conmigo algo falló y aquí me tienes.

—Pero, tú habrías podido...

—La hipótesis es la de menos. Importa más la cara que ves cada mañana en el espejo. Cuando esa cara te da náuseas es mejor detenerse. Lo hice un día y me quedé al margen. Nuestro negocio es una buena manera de estar al margen. Y lo más valioso es la posibilidad de tomar decisiones. Hoy me quedo en cama. Hoy busco un quiltro perdido. Hoy te escucho. Hoy trato de conocer al asesino de Laura. Hoy, siempre hoy, y al margen.

—Un hombre necesita un proyecto. Algo que lo justifique.

—«Al cabo de diez mil, de cien mil otoños, no tendrás otro premio que el inútil premio de la inmortalidad». Eso dice un poeta chino.

—¿Ves que tengo razón? Hasta eres capaz de citar poetas.

—Tal vez, pero no lo divulgo. Ayer un tipo trató de impresionarme con Rilke. ¿Sabes quién es Rilke? No, verdad. Pues yo sí, y no se lo dije. No deseo que me tomen en cuenta. Que alguien me indique con el dedo y diga, ese sabe, ese debe estar aquí y hacer tal cosa. Tengo mi código, Solís, y de tarde en tarde procuro que las cosas se ajusten a él.

Solís me observó como si en mi rostro hubiesen estado escritas palabras que no conseguía entender.

—Nos pusimos graves —dijo.

—Debes aprender que las explicaciones corresponden que las busquen los que no tienen tiempo para vivir. Los burócratas de dientes amarillos, los científicos becados en dólares, los psicólogos con lentes gruesos, y los escritores que teorizan sobre las estructuras y la intertextualidad porque no tienen una maldita gota de sangre verdadera en las venas.

Dagoberto se puso de pie y se acercó a la puerta antes que acabara con mi discurso.

—Cualquier cosa nueva me la cuentas, Heredia. —Como siempre.

—Y cuídate. El aliento de Cañadas apesta.

5

Quedé a solas en la oficina y el deseo de una buena copa llegó a mi lado igual que un perro faldero. Le di un puntapié y opté por salir a caminar. La calle conseguía hacerme pensar en otras cosas, a semejanza del mar o de un bolero que alguien parece cantar de la nada una tarde de verano, cuando las palomas buscan refugio en las breves sombras de los edificios y la cerveza corre sobre las mesas del bar de la esquina.

Sin embargo, el deseo de un trago me siguió sigiloso, mudo y latente, como el ojo despierto de la vecina que registra los movimientos del barrio. Sin motivo, recordé el día de mi noveno cumpleaños. Una de las profesoras del orfanato había horneado una torta con forma de cancha de fútbol y con jugadores de merengue y mostacilla verde como pasto. Era la torta que yo había deseado durante meses, y podría haber esperado un par de horas más para disfrutarla, pero la curiosidad me mordió el seso, y aprovechando que la profesora conversaba con uno de mis compañeros de orfanato, entré a la pieza donde ella había guardado la torta. Quería compararla con mis sueños, y nunca llegué a verla. Mis pies se enredaron junto a la entrada de la pieza y fui a dar contra un tiesto que me hirió en la frente.

Esa tarde no pensaba permitir que mis pies se enredaran. Cuando pasé frente al «Zíngaro» sin entrar por una copa, supe que el perro ya no me perseguía.

6

Estaba en uno de esos días en que me sentía desmotivado y mis ideas saltaban de un lado a otro sin detenerse en ningún punto preciso. Pasé al supermercado Montecarlo a comprar una lata de jurel tipo salmón para Simenon y luego apuré mis pasos hacia la oficina. Junto a su entrada hallé a un hombre alto, delgado y vestido de azul. Al verme llegar esbozó una sonrisa tímida y me preguntó si era el investigador privado.

Lo hice entrar y antes de sentarse frente a mi escritorio me entregó una tarjeta de visita. Ascanio Roa, contador auditor, decía el trozo de cartón. Busqué en la chaqueta los cigarrillos y me llevé uno a los labios.

—¿En qué puedo servirle, señor Roa? —pregunté luego de aspirar la primera bocanada.

—Es mi mujer —dijo, al tiempo que comenzaba a calcular el costo de mis honorarios—. Creo que me engaña. No tengo certeza de ello, pero he conversado con la dueña del almacén de nuestra cuadra y me ha dicho que un hombre la visita algunas mañanas.

El contador detuvo su relato. Me dio la impresión de que no estaba muy convencido de su historia ni de haber venido a conversar conmigo. Su caso era tan repetido como una moneda de a peso, y valía lo mismo.

—¿Nunca se lo ha preguntado a su mujer?

Roa no contestó. Debía temer a su esposa y la sola idea de mirarla de frente le provocaba retortijones de vientre.

—¿Cuánto tiempo hace que no la invita a comer, o al cine? ¿Cuántas noches que no le acaricia el moño? —le pregunté, arrojándole una bocanada de humo a la cara.

—Tengo mucho trabajo —balbuceó, y enseguida, acordándose que no era un ratón, alzó la voz y preguntó—. ¿Qué tiene que ver lo que usted dice?

—Es lo que pensaba. Usted está enamorado de la contabilidad americana y eyacula sumando columnas de treinta cifras. Le voy a dar un consejo gratis. Lleve a su mujer a un buen restaurante y después hágale perder algunas calorías en el lecho.

—Usted es impertinente y grosero —dijo, poniéndose de pie—. Creí que el suyo era un negocio serio, pero ahora pienso que deberían clausurarlo.

—Conozco por lo menos a ciento setenta tipos que piensan lo mismo. Al principio me inquietaba, pero después de la primera docena me comenzó a dar lo mismo, señor Roa. Ahora, váyase y cuando le pase la ira, piense en lo que le dije.

El contador desapareció como una mala sombra y por largos segundos se escuchó el eco del portazo que dio al salir. Simenon saltó sobre mis piernas y acaricié su cola antes de ir a la cocina por un abrelatas.

—¿Cuándo desaparecerán los tipos como ese? —le pregunté a Simenon, mientras colocaba a su alcance un platillo repleto de jurel.

—¿Te da lo mismo? —insistí—. Conforme, gato obeso. Puedes comer tranquilo.

Por mi parte me daré una ducha fría y saldré a buscar el mejor café expreso del barrio.

Cuando salí de la oficina, Simenon se limpiaba sus bigotes sin mostrar interés en mi destino.

—Un día de éstos te voy a cambiar por una tortuga —le dije a modo de despedida.

Encontré el café que deseaba y lo disfruté hasta que las sombras transformaron el aspecto de la ciudad. El boliche en que me hallaba era una suerte de pasillo oscuro que comunicaba la calle Independencia con un callejón anónimo. Se llamaba «Lygure» y poseía una barra larga y sucia frente a la cual se formaban una docena de mesas con cubiertas de formalita. Era un buen sitio para beber un trago a solas, y nadie incomodaba a no ser que a uno se le ocurriera no colocar las monedas del consumo encima del mesón.

Junto al bar se ubicaba el Hotel Normandie. Viejo y destartalado como un buque encallado en la arena. Años atrás había tenido la idea de arrendar las únicas piezas habitables que le restaban, pero la humedad y el ruido de los fantasmas me habían forzado a huir. Desde entonces lo miraba a la distancia. Su tristeza no tenía límites y al observar sus ventanas ennegrecidas, me parecía verlo mirar con nostalgia hacia la Estación Mapocho.

Dejé el bar y luego de cruzar el río me encaminé por el Parque Forestal en dirección al cabaré de Andrea. El aire estaba fresco y a lo largo del parque me entretuve observando a las personas que ocupaban los escaños.

Andrea me aguardaba lista para salir de su trabajo. Sus ojos brillaban como de costumbre, pero su sonrisa se notaba cansada, triste. Me detuve a mitad de una cuadra y la abracé.

—¿Y eso por qué? —preguntó sorprendida.

—Tal vez porque cuando iba a buscarte vi a demasiadas parejas besándose en el parque, o porque he decidido viajar.

—¿Un viaje? ¿Adónde?

—Buenos Aires.

—¿Por lo de la azafata?

Asentí con la cabeza. Busqué un cigarrillo en la chaqueta y el olor del tabaco se confundió con el aire de la noche.

—¿Cuándo? —preguntó Andrea.

7

—¡Dios, qué pasó aquí! —exclamó Andrea apenas hubo entrado al departamento.

Ella se había adelantado a abrir la puerta y su grito me llegó cuando aún me encontraba cerrando la desvencijada rejilla del ascensor. Corrí a su lado y apenas di una mirada al interior del departamento comprendí la causa de su alarma.

La oficina y el resto de las habitaciones se encontraban en desorden. El trabajo lo habían hecho al detalle y sin preocuparse del estado en que iban quedando las cosas. Los libros, papeles, los cajones del escritorio, los estantes de cada pieza estaban revueltos por el suelo. Cogí un ejemplar de *Cosecha Roja* de Hammett que había ido a dar bajo un sillón y lo coloqué en su repisa habitual.

—¿Qué pasó? —volvió a preguntar Andrea sin salir del asombro—. ¿Entraron a robar?

—Dudo que falte algo. Es mucho desorden para un robo. Creo saber qué buscaban.

—¿Qué cosa, Heredia?

—Más te vale no saber nada —respondí pensando en los dólares guardados en la caja de seguridad del Banco.

—¿Quieres que llame a Solís?

—Haría muchas preguntas que no quiero escuchar. Además, salvo que ayude a ordenar, no creo que pueda hacer otra cosa.

—¿Entonces?

—Escoge tu pieza favorita y empecemos a colocar cada objeto en su sitio.

8

Trabajamos hasta que el departamento recuperó su normalidad, y el sol, metiche como de costumbre, se hizo presente a través de las ventanas. Entonces, dejé a Andrea durmiendo y pese al sueño que ya me tumbaba, salí rumbo al Banco de Boston. Necesitaba dinero para viajar a Buenos Aires, y el único sitio en que podía conseguirlo era en la caja de seguridad de Laura.

El mismo rito y la misma secretaria de la primera vez. La caja no se había movido de su sitio y los bigotes del guardia habían crecido un par de milímetros. Guardé dos fajos de billetes en la chaqueta y volví a respirar el aliento de la calle.

Necesitaba pasajes de avión y para obtenerlos me dirigí a una agencia de viajes que sabía próxima. Cuando entré a la agencia, una colorina menuda, de ojos vivaces y sonrisa rápida, trataba de hacerse entender en inglés con una pareja de turistas. El hombre, una especie de pugilista peso pesado en retiro, comprendía a medias lo que explicaba la colorina, y enseguida se lo transmitía a la gorda que lo acompañaba.

Aprovechando que los turistas discutían entre ellos, la colorina me dijo que la esperara unos minutos.

—No se ponen de acuerdo —agregó—. Él quiere ir a Isla de Pascua y ella a la Laguna San Rafael.

—Mándelos por separado. La van a pasar mejor.

La colorina sonrió y de nuevo puso atención al diálogo de los turistas. Cinco minutos más tarde, los vi salir, felices con sus pasajes para San Pedro de Atacama.

—Hoy no vino mi compañero que habla un inglés fluido —explicó la muchacha, luego de ofrecerme asiento junto a su escritorio.

—Confío que a nosotros nos sea más fácil entendernos —dije, remarcando la segunda intención.

—Desde luego —respondió esbozando una sonrisa.

—Necesito un pasaje a Buenos Aires. Lo más rápido, seguro y económico que tenga.

—Hay un plan de cien dólares que le convendrá —dijo—. ¿Para cuándo lo desea?

—Para mañana —respondí. Ella sonrió y mutuamente nos deseamos durante el rato que duró la entrega de los boletos.

De regreso a la oficina me encontré con Ferrada. Se había apoderado de mi sillón y hojeaba el diario que a primera hora de la mañana me pasara a dejar Anselmo. Al verme entrar se reclinó en el asiento e hizo un saludo rápido con una de sus manos.

—¿Cómodo? —pregunté, con cierta ironía en mi voz.

—Llegué temprano y tu amiga me dijo que te esperara.

—Hiciste bien.

—¿Tienes hace mucho tiempo esta oficina?

—Lo suficiente como para conocer de memoria cada mancha que hay en sus paredes —contesté.

Ferrada deseaba charlar y a mí, el sueño me golpeaba las orejas.

—Hoy no se te ve de buen ánimo —comentó el poeta.

—Anoche alguien se encargó de darme trabajo extra.

—¡Explícate!

—Después. Es mejor que nos pongamos en marcha hacia San Eugenio.

San Eugenio era un pueblo chico. Sus diez o doce cuadras se agrupaban en torno a una plaza de tierra roja y álamos muy altos y solos. Las casas eran de barro, blanqueadas con cal y daban la impresión de estar arrodilladas, como si el peso del sol las humillara. En el rato que anduvimos por sus calles solo vimos a un par de niños correteando de una casa a otra y a un perro que parecía atontado por el calor.

El bus que tomáramos para llegar al pueblo se había desplazado lentamente. El camino de tierra lo obligaba a sacudirse de un lado a otro, y de kilómetro en kilómetro se detenía para que descendiera algún pasajero cargado de sacos y bolsas con comestibles. Luego el bus retomaba su marcha y los pasajeros observaban al que había bajado hasta que se convertía en un punto absorbido por el verdor del horizonte.

Ferrada me informó que la verdadera vida del pueblo estaba en sus alrededores, donde vivía la población campesina, dedicada a la plantación de porotos, choclos y sandías. El internado de Paulina, la hija de Laura, se encontraba a quince minutos de la plaza, y se llegaba a él a través de un desdibujado sendero de tierra. Durante el viaje había conseguido dormir a intervalos, y al bajar del bus, lo que más deseaba era conseguir una bebida fresca. Le insinué al poeta la posibilidad de ubicar un restorán y me informó que nada conseguiríamos hasta llegar al internado, donde con seguridad la nana Ricarda nos daría de comer, y también algún refrigerio.

—Estamos llegando —dijo Ferrada después de unos minutos.

Contra el fondo azul del cielo divisé el campanario de una iglesia, y a poco andar nos detuvimos frente a unas casas pintadas de rojo. Ferrada golpeó a la puerta de una de ellas, y al rato vimos aparecer a una mujer joven, envuelta en hábitos grises y desteñidos.

—Hermana Luisa —dijo Ferrada a modo de saludo.

La religiosa demoró en reconocerlo, pero cuando lo hizo, se dibujó en su cara una amplia sonrisa.

—Tanto tiempo, don Javier —contestó la religiosa, abriendo la puerta.

Quedamos al inicio de una extensa huerta, rodeada de naranjos y plantíos que evidenciaban un cuidado permanente. Seguimos a la hermana hasta una pequeña casa pintada de un color azul vivo. Nos hizo entrar y antes queuviésemos tiempo de acomodarnos en unas sillas, apareció una mujer que se apresuró en abrazar a Ferrada.

La nana Ricarda era una mujer robusta. Su cabellera negra y con abundantes canas se ordenaba en un moño ceñido. Aparentaba tener unos sesenta años, pero de seguro su edad era mayor. Su voz poseía un timbre claro y firme, y tuve la impresión de que se trataba de una persona que para comunicarse no usaba muchas palabras.

—¿Y la niña? —le preguntó a Ferrada. En su voz había ternura, pero también un leve asomo de inquietud.

—¿Laura? No pudo venir esta vez, señora Ricarda.

La mujer hizo un gesto de contrariedad y enseguida fijó su atención en mi persona.

—Heredia, un amigo —se apresuró a decir Ferrada.

—Soy amigo de Laura —dije, y me sentí torpe.

—Muy bien, muy bien —dijo la anciana, y después de estudiarme con atención, añadió—. Paulina está en su clase de religión.

—¿Cómo se encuentra? —le preguntó Ferrada.

—Esperando a su madre como de costumbre.

Miré al poeta y éste me esquivó buscando refugio en un rincón de la sala. Intuí que la señora Ricarda se había predispuesto en su interior para recibir una mala noticia. Tal vez fue un brillo repentino en sus ojos profundos, o la forma en que nos ofreció de comer. Nos miró a ambos un momento y a continuación nos indicó que la siguiéramos hasta un salón vecino.

10

Terminábamos nuestro almuerzo cuando entró Paulina en el comedor. Era una niña alta, de movimientos ágiles y risueños. Llevaba dos trenzas pequeñas que resaltaban la perfección de su cabeza, y en su sonrisa estaba el mejor indicio de su parentesco con Laura. Sus ojos eran claros, y al verla llegar al lado de Ferrada tuve el impulso de salir corriendo del internado.

El poeta la besó en las mejillas y sostuvo las manos de la niña entre las suyas. Comprendí que él no sería capaz de hablar y que, como siempre, el trabajo sucio me pertenecía. Hubiese preferido la golpiza de siete matones, pero nadie me dio la oportunidad de elegir.

—Sale con la niña al jardín —le dije al poeta—. Conversaré con la señora y luego te alcanzo.

—Le sucedió algo malo a Laura —afirmó la anciana después de ver salir a Ferrada con la niña.

—Demonios, señora —murmuré.

—No blasfeme, joven.

—Disculpe... Las noticias que traigo no son buenas. A Laura la asesinaron el sábado por la noche —dije y tuve la sensación de estar golpeando con un fierro la cabeza de la mujer.

La dejé llorar un rato y luego le conté los detalles.

—Tendré que contárselo a Paulina —dijo.

—No hay nadie en el mundo que pueda hacerlo mejor.

—¿Y Laura? ¿Dónde se encuentra? —preguntó, recuperando su tranquilidad.

—En el Instituto Médico Legal. Sus familiares deben reclamarla.

—Lo haré, señor. Mañana lo haré.

—Puede hablar con el comisario Solís. Es mi amigo y sabrá ayudarla —le dije sacando de la chaqueta mi libreta. En una de sus hojas anoté el teléfono de Solís y se la pasé a la mujer.

Mientras ella guardaba la nota, busqué parte del dinero que sacara del Banco y lo deposité sobre la mesa. La anciana contempló el dinero y se esforzó en contener su llanto.

—¿Por qué lo hace? —preguntó.

—Laura me pidió ayuda y aunque sea tarde, trato de dársela. Quisiera acompañarla al sepelio, pero mañana viajo a Buenos Aires con la intención de ubicar a Gastón Muleiro.

A la mención de Muleiro las facciones de la mujer se pusieron rígidas, y su voz, temblorosa.

—¿No pensará entregarle a la niña?

—De ningún modo. Tengo antecedentes para pensar que él sabe quién mató a Laura, y por eso es importante que lo encuentre.

—Es un mal hombre. Lo supe desde la primera vez que Laura lo trajo al internado. Entonces, pensé que eran prejuicios de vieja celosa, pero el tiempo me dio la razón. Ella estaba estudiando y vivía en una residencial que le consiguieron las hermanas en Santiago. Los fines de semana me visitaba y en una oportunidad apareció con ese hombre. Le aconsejé que se apartara de él, pero no me hizo caso. Laura era una muchacha tranquila y siempre estuvo muy sola. ¿Tal vez Javier le ha contado cómo murieron sus padres?

Asentí con un movimiento de cabeza.

—Necesitaba el cariño de las personas y cuando apareció ese hombre en su vida no dudó en creer todo lo que él le decía. Se dio cuenta de la clase de persona que era cuando quedó embarazada de Paulina.

El resto de la historia la conocía por Ferrada. Escuché a la mujer hasta que se desahogó y estuvo en condiciones de atender a mis preguntas.

—¿Sabe dónde ubicar a Muleiro? —pregunté.

—No estoy segura. Para uno de los cumpleaños de Paulina le envié una tarjeta. Si me espera un minuto la iré a buscar a la pieza de la niña.

Mientras esperaba me acerqué al ventanal de la habitación y observé a unas niñas que trabajaban en el jardín. En un rincón, Ferrada conversaba con Paulina, y ella me hizo recordar a una amiga de la infancia que se llamaba Margarita y vivía cerca del orfanato en el que viví durante mi infancia. Jugábamos a diario, hasta que a su padre lo trasladaron en su trabajo y tuvo que viajar a otra ciudad. Lo supe la tarde en que la

fui a buscar y la encontré empacando sus cosas. Al despedimos me regaló una flor que durante mucho tiempo conservé aprisionada en mi diccionario. No lo supe de inmediato, pero esa fue la primera tristeza real que sentí. El inicio de la soledad.

Mis recuerdos se interrumpieron con el regreso de la señora Ricarda. Sin decir nada me alargó un sobre. En el interior había una postal del barrio La Boca con algunas palabras escritas en su reverso. Leí el sobre. El remitente traía escrito el nombre de Muleiro, y más abajo decía: Librería Moby Dick. La dirección no figuraba.

—Puede servir —dije.

—Es todo lo que puedo decirle de ese hombre —acotó la mujer, y por primera vez noté que durante la conversación había evitado llamar a Muleiro por su nombre.

—¿Laura nunca le contó de sus actividades?

—Nada en especial o que no se relacionara con su trabajo. Cuando venía se dedicaba a estar con Paulina. Traía juguetes, ropa, libros. Lo que fuera que pudiese alegrarla. Es posible que en su vida cometiera errores, pero era una buena madre.

—¿Y de Ferrada, qué me puede decir?

—Es un buen muchacho —respondió sorprendida—. Usted es su amigo y lo debe conocer mejor.

La mujer miró a través de la ventana, sacó un pañuelo de su delantal y se limpió los ojos enrojecidos. Era una vieja roca y aguantaría varios inviernos más.

11

Dejé a la anciana en el comedor y salí al jardín. Paulina le mostraba a Ferrada sus dibujos hechos sobre cartulinas blancas, y el poeta lo apreciaba detenidamente antes de emitir sus juicios positivos.

—Dibuja muy bien —me dijo Ferrada, percatándose de mi presencia.

—¿Le gusta? —preguntó a su vez Paulina, entregándome una de las hojas.

En el dibujo había una plaza con flores rojas y un enorme árbol de ramas doradas. Una casa con sus ventanas abiertas y una mesa en su interior. En medio de la plaza, una banca, y sentada en ella, una niña miraba el cielo azul.

—Hermoso —dije.

—¿De verdad le gusta? —insistió la niña, mirando alternativamente a Ferrada y a mí.

—Mucho —afirmé.

—¿Cómo te llamas? ¿Qué haces? ¿Eres amigo de Javier? ¿Eres amigo de mamá?
—interrogó Paulina.

—Cuántas preguntas —intervino Ferrada.

—Mientras se las respondo puedes ir a conversar con la señora Ricarda —le dije a Ferrada—. Tengo la impresión de que necesita hablar contigo.

El rostro del poeta se congeló con una sola y gran interrogante.

—Ya lo sabe —le dije en voz baja, acercándome lo más posible a su lado. Lo tomé de un brazo y lo encaminé hacia la casona.

—Sabe todo —agregué—. Creo que lo resistió bien. Debes ayudarla con los trámites del entierro de Laura.

Ferrada no contestó. Lo dejé seguir solo y regresé al lado de Paulina.

—Bueno, amiga, ¿en qué estábamos?

—Te hice unas preguntas —contestó la niña. Sus ojos grandes brillaron risueños e intensos.

—Me llamo Heredia y soy detective privado.

—¿Detective privado! ¿Como en las películas?

—Puede ser. Aunque no siempre las cosas son como las películas.

—¿Y enfrentas a muchos hombres malos?

—Más de los que quisiera.

—¿Los detienes con una pistola?

—Tengo una pistola, pero solo la ocupo para asustar a la gente y rascarme la espalda cuando tengo comezón.

La cara de Paulina se llenó fugazmente de risa, y de improviso, sus labios se unieron en un gesto de tristeza.

—Quería ver a mi mamá —dijo—. Había prometido traerme una muñeca.

Callé. No tenía palabras para responderle.

—¿Tú eres amigo de ella? Nunca me ha hablado de ti.

—Nos conocimos hace poco.

—También me había prometido llevar a unos juegos en Santiago. Los he visto en la tele. Es un parque donde hay pulpos mecánicos y un barco pirata.

—¿Qué tal si un día vamos juntos? Sería una buena oportunidad para que conocieras mi oficina y al gato gruñón que la cuida. Además, tengo una amiga a la que le gustará conocerte. Lo haremos cuando regrese de un viaje que debo hacer. Mientras vuelvo, tú le pides permiso a tu nana.

—¿Y podremos trabajar juntos en una investigación?

—Con algo de suerte puede que necesite ubicar a un enorme perro siberiano cuando me visites. O quizás a un loro fugado de su jaula.

—¿Te dedicas a eso?

—Y a perseguir niñas preguntonas.

Paulina arriscó la nariz en un gesto de enfado.

—Ya no somos más amigos —dijo, conteniendo a duras penas una sonrisa.

—¿Verdad? —pregunté aparentando preocupación—. Creí conseguir un ayudante.

—¿Te lo creíste? —preguntó mientras correteaba a mi alrededor—. Eres un detective tonto y apuesto que no me ganas una carrera hasta mi pieza.

—¿Hasta tu pieza?

—Sí. Quiero que conozcas a mis muñecas.

La dejé escapar unos metros y salí en su captura. Cuando estaba por atraparla, detuve mi carrera y dejé que ella tocara primero la puerta de la casona. La habitación que ocupaba era pequeña. Por su única ventana entraba una luz pura y suave que parecía detenerse sobre la colcha blanca de una cama. En la cabecera de ésta, había un crucifijo de madera y a uno de sus costados, un velador con la foto de Laura en su cubierta. Era un retrato tomado a bordo de un avión. Llevaba puesto su uniforme de azafata, y sonreía.

—Es bonita —dijo Paulina dándose cuenta que mi atención se había detenido en la foto de su madre.

La recordé en el momento de nuestra despedida y como tantas veces en los últimos días, me dije que su muerte no había sido justa.

—Lo es —le respondí, y abrazándola, agregué—. Tan hermosa como tú.

Ella me besó en las mejillas y luego, se apresuró en abrir un cajón de mimbre que descansaba a los pies de la cama.

—Esta es Julia —dijo, mostrándome una muñeca de pelo rojo, ojos negros y vestida de bailarina española.

—Y ésta es Pamela, y esta otra, Victoria —agregó, sacando del cajón dos muñecas más.

—¡Caramba, nunca había visto tantas muñecas juntas!

—Todas me las compró mi mamá —replicó Paulina, orgullosa de su legión de mujercitas plásticas.

—¿Tendrás una que es tu favorita?

—Esta —contestó, mostrándome una muñeca morena, de cabellera y piernas largas—. Se llama Andrea.

—¿Andrea? Que coincidencia.

—¿Por qué, Heredia?

Pensaba explicarle, pero la puerta de la pieza se abrió y entró en ella Ferrada, acompañado de la señora Ricarda.

—Seguro que has estado aburriendo al señor con las historias de tus muñecas —le dijo la mujer a Paulina con un fingido acento de reprimenda.

—Se equivoca —aclaré—. Estoy muy entretenido y con Paulina nos hemos hecho grandes amigos.

La señora Ricarda tomó a Paulina de los hombros y con suavidad la refugió en su regazo.

—Mi niñita necesita muchos amigos —dijo.

—Heredia me invitó a conocer su oficina en Santiago, y a ir al parque de juegos que aparece en la televisión —le contó Paulina, liberándose del abrazo de la nana.

—La señora Ricarda ha preparado unas ricas onces —intervino Ferrada que hasta ese instante parecía un espectador lejano.

—Está todo servido —agregó la mujer—. Es mejor darse prisa antes que se enfríe el té.

12

—La mantendré al tanto de lo que averigüe —le dije a la nana Ricarda al momento de la despedida.

Era de noche y Paulina, al igual que el resto de las niñas, se había retirado a dormir. El jardín era una gran sombra y se escuchaba el canto de un grillo.

Ferrada apuró la partida, preocupado del horario de salida del bus que nos regresaría a Santiago.

—Mañana hablaré con la niña, e iremos por la tarde a ver lo de su madre —dijo la anciana.

Media hora después estábamos con Ferrada de nuevo en un bus. El paisaje oscuro ahogaba nuestras palabras y nos limitábamos a mirar hacia el exterior sin mucho sentido. Cerré los ojos y anhelé un trago largo, fuerte, definitivo como la muerte de Laura.

TRES

1

Declinaba el sol al cruzar la cordillera y una mancha roja coloreaba los picos nevados. El avión parecía suspendido sobre las nubes, y a la distancia, las cumbres andinas eran una postal que los ojos no se cansaban de recorrer.

Mis pensamientos se adelantaban al vuelo del avión cuando la voz del capitán brotó por los parlantes, señalando la altura y velocidad de navegación. A mi lado viajaba una niña que jugaba con su muñeca Barbie, mientras su madre, una mujer gruesa y malhumorada, intentaba leer una revista de modas, sin mucho éxito, ya que a cada vaivén brusco del avión, clavaba la vista en el techo, como si de él hubiera podido descender el Arcángel Gabriel. Más allá de la señora estaba el pasillo y otra corrida de tres asientos. El primero lo ocupaba una morena que daba la impresión de haber llegado atrasada al aeropuerto, sin tiempo para peinarse ni completar su vestuario. Sus labios eran rojos, y más abajo de los labios se apreciaban unos pechos voluminosos.

Me sentía incómodo. Por la niña, por las piernas de la morena y porque bajo el costado izquierdo de mi chaqueta sentía el vacío dejado por mi pistola, la que me había visto obligado a entregar a la policía del aeropuerto. La maldita máquina detectora de metales sonó histérica a mi paso, y luego de convencer a un funcionario que mi permiso para portar armas era legítimo, tuve que soportar que la pistola fuera etiquetada y separada de mi lado.

Cerré los ojos y después de luchar con las imágenes que pasaban por mi mente, logré concentrarme en una sola inquietud: Buenos Aires y lo que haría para ubicar a Muleiro. Lo que conocía de la ciudad no pasaba más allá de tres o cuatro catálogos turísticos y una decena de tangos mal memorizados.

—¿Se sirve algo, señor? —escuché que me decían. Abrí los ojos y me encontré con la sonrisa profesional de la azafata.

Reiteró la oferta y me decidí por una taza de café.

—A Katty no le gusta el café —oí que decía mi pequeña vecina mostrando su muñeca. Tenía una voz chillona, desagradable, de niñita acostumbrada a que no le nieguen nada.

—Mamá dice que el café altera a los niños —agregó.

Me dieron ganas de pellizcarle un brazo o arrastarla por el pasillo tomada de las orejas.

—¿Le gusta Katty, señor? —insistió el angelito, mirándome a la cara.

—No hay duda que se ve bien —contesté, pensando en la muñeca que mostraba sus piernas al otro lado del pasillo.

—Deja de molestar al caballero —intervino la madre.

—Solo converso con él, mamá —respondió la inquieta Rapuncel.

La mujer me estudió unos segundos y abrazó a su hija para decirle algo al oído.

—Te he dicho que no converses con extraños —alcancé a oír.

Era un gran consejo. Redondo y estúpido como un zapallo, pero un gran consejo.

—Disculpen —dije en voz alta—. Quisiera salir si me lo permiten.

Mis vecinas recogieron sus piernas y pasé junto a ellas con alguna dificultad. Le di una mirada de reojo a la morena y me encaminé hacia el final del pasillo donde se ubicaban los baños del avión.

Estaba por entrar en uno de los compartimentos, cuando me sentí empujado suavemente hacia el interior.

—Perdón, tengo prisa y necesito una toallita —escuché que me decían. Era la morena de los pechos generosos y la sonrisa fácil. Su perfume se pagaba en dólares y su cuerpo no tenía precio. Cogió un par de toallas de papel y salió del baño tan rápido como había entrado, moviendo sin prejuicios el mejor trasero que hubiese visto en muchos meses. Quedé a solas, y por algunos minutos estuve revisando los artefactos del lavamanos sin saber a qué demonios estaba jugando.

Siempre es igual, me dije. Uno ordena sus ideas y luego aparece una mujer que coloca todo patas arriba.

2

Media hora más tarde anunciaron el descenso del avión en el aeropuerto de Ezeiza. Me ajusté el cinturón y revisé los bolsillos del asiento previendo que nada se me quedara olvidado. Mis vecinas me observaron hacer los preparativos con evidente satisfacción.

Ya en el aeropuerto, un funcionario me timbró el recibo de entrada al país y me indicó que debía pasar a una oficina especial para retirar mi arma. En ella me encontré con tres policías que, sin ánimo de gastar energías, me hicieron un par de preguntas sobre mi oficio y los motivos del viaje. Tuve que firmar otro papel y antes

de salir del cuchitril, uno de los agentes me aconsejó no usar la pistola. Le agradecí su consejo y el tipo me obsequió un cigarrillo Jockey Club para el camino.

Salí al recinto de tránsito de pasajeros. Detrás de una pasarela unas personas hacían gestos de saludo a los viajeros que llegaban. Éstos, apuraban sus pasos, estiraban el cuello y terminaban abrazados con sus amigos o parientes. Ninguno de esos saludos es para ti, Heredia, me dije buscando con prisa el camino más corto a una cafetería, donde pedí un refresco de limón.

Años atrás había conocido a un vendedor de seguros, de quien me hice amigo después de ayudarlo a resolver cierto problema de cobranzas. Posteriormente, cuando quebró la empresa en la que él trabajaba y sin posibilidad de encontrar otra ocupación, viajó a Buenos Aires en busca de mejor fortuna, y al parecer, por los saludos que enviaba de tarde en tarde, le iba bien. En esas cartas me invitaba a visitarlo, y por eso llevaba anotada su dirección en mi agenda. Su nombre era José Nieto y residía en el Hotel Continental. Terminé la bebida y pregunté al mozo acerca del modo de llegar al centro de la ciudad. Me indicó un servicio de buses y una hora más tarde me bajé en la esquina de las calles Corrientes y Maipú.

Me dejé arrastrar por las oleadas de gente que se repetían unas tras otras, procurando retener alguna imagen que me sirviera de referencia. Frente a un cine en el que se exhibía una película de Woody Allen consulté la dirección de Nieto, y enseguida detuve a un taxi que pasaba en ese momento por la calle.

Le di las señas al conductor y éste me miró a través del espejo retrovisor.

—¿Chileno, verdad? —preguntó.

—Así es, vengo llegando de Santiago.

—¿Negocios, viaje de negocios?

—Sí, puede decirse que sí.

—¿Cansado? ¿No tiene ganas de hablar?

—Muy pocas, amigo.

—¿San Lorenzo, me dijo?

—San Lorenzo 320. Hotel Continental.

—Esa calle queda en el barrio San Telmo.

—En el hotel me espera un amigo.

—Correcto.

El hombre conocía su negocio y el hotel no se encontraba lejos. En menos de quince minutos estuvo en la dirección buscada. Me bajé del auto y pagué la carrera. Presioné el timbre ubicado a un costado de la puerta del hotel y casi de inmediato sentí que se abría una ventana de segundo piso y vi asomarse a una mujer rubia.

—Busco al señor Nieto, José Nieto —dije.

Oí que tiraban de un cordel y la puerta se abrió un poco. La empujé y quedé frente a una larga escalera de baldosas amarillas. Mientras subía, escuché que la mujer llamaba a gritos a mi amigo, y al llegar al final me estaba esperando la mujer rubia. Por su aspecto daba la impresión de venir levantándose de la cama. Pensé que

con algunos arreglos podía conseguir algunos piropos en la calle, y me esforcé en una sonrisa que mostrara todos mis dientes blancos.

—¿Usted busca a Nieto? ¿Para qué lo busca? —preguntó, mientras examinaba mi aspecto con detención.

—Lo busco, eso es suficiente —contesté.

Sus ojos destellaron una luz de rabia y sus labios se replegaron en una mueca que extrañamente los hizo deseables. Creí que replicaría, pero se limitó a dar media vuelta y perderse por uno de los pasillos del hotel. Al poco rato su imagen se cambió por la de Nieto. Su cara redonda y sus ojos negros seguían siendo iguales a la última vez que lo viera. Llevaba puesto un terno gris de mala calidad y una arrugada corbata verde.

—¡Heredia! —exclamó, apenas me reconoció.

—Decidí aceptar tu invitación —le dije.

—Hiciste bien, Heredia —contestó Nieto—. ¿Qué te trae a Buenos Aires?

—Ya hablaremos de eso. Primero quiero solucionar lo de mi alojamiento. Necesito un sitio donde reposar mis huesos.

—Puede ser aquí mismo —dijo Nieto—. No es un hotel de cinco estrellas, pero está limpio y central.

—Me basta con saber que no despertaré a medianoche con una rata mordiéndome la nariz.

Nieto se encaminó por el mismo pasillo que usara la rubia minutos antes, y al cabo de un rato regresó acompañado de la mujer.

—La señora Ester. El señor Heredia —dijo Nieto, presentándonos.

—Tanto gusto, señor —casi susurró la encargada.

—Ester tiene una habitación para ti —informó Nieto.

—Macanudo.

—Me da su identificación y lo registro de inmediato —acotó la rubia.

Le entregué mi pasaporte y ella volvió a salir de la escena.

—Tiene su dosis de locura la nena —le comenté a mi amigo.

—¿Y, qué quieres? La pobre mina se zafa con tanto laburo. Es la encargada del hotel y corre de un lado a otro todo el bendito día.

—¿Y lo de señora? ¿Es por algún gorila que tiene encerrado en el ropero?

Nieto iba a responder, pero en ese mismo momento regresó la mujer trayendo mi pasaporte y un llavero.

—Le mostraré su habitación —dijo.

La seguimos hasta una pieza al final del pasillo. Al entrar en el cuarto, un tufillo de humedad se apoderó de mi nariz. La mujer encendió la bombilla que colgaba del techo y pude ver una cama de dos plazas, una mesa con su correspondiente silla y un velador metálico. Ese era todo el amoblado, además de un viejo ropero donde con holgura cabían los ternos de King Kong. Acepté la llave, convinimos el precio y cancelé tres días de alojamiento por adelantado. La mujer sonrió con cierto alivio y

nos dejó a solas. Nieto ocupó la silla y yo me recosté encima de la cama.

—¿Sigues vendiendo seguros? —pregunté a Nieto.

—Vendo seguros. Igual que en Chile, pero con mejor suerte.

—¿Y tu familia?

—Quedó en Santiago. Adriana, mi esposa, no quiso venir. La verdad es que nos llevábamos mal y ella prefirió quedarse con sus padres y nuestro hijo.

—No debe ser una situación fácil.

—Claro que no. A veces quisiera volver, pero no sé bien a qué. Aquí tengo un trabajo y puedo enviarle regularmente unos pesos al niño. En general me las arreglo bien. Y sin embargo, uno siempre es un extraño que vive con el pensamiento puesto al otro lado de la cordillera. A todos nos pasa igual. Unos quieren volver y no pueden porque son exiliados políticos. Otros, como en mi caso, conseguimos un laburo y nos quedamos. Mal que mal, aquí consigo amasar el pan.

—¿Conoces bien la ciudad?

—Más que muchos de los bonaerenses. Mi trabajo lo exige y a mí me gusta recorrer los barrios.

—Me servirás de guía.

—No me has dicho en qué andas, Heredia.

—En lo de siempre.

—Tú y tu oficina de asuntos legales. Aún no me explico cómo no te vuelan la cabeza.

—Hasta ahora he tenido suerte.

—¿Y qué buscas en Buenos Aires?

—A un hombre. Asesinaron a una amiga que trabajaba de azafata en una línea aérea, y tengo razones para creer que su marido sabe algo al respecto. Él debe estar en algún rincón de Buenos Aires.

—Buscar a alguien en Buenos Aires es tan difícil como encontrar una aguja en un pajar.

—Dicen que preguntando se llega a Roma.

—¿Puede ser? ¿Traes alguna idea acerca de cómo empezar el trabajo?

—El nombre de una librería. ¡Moby Dick!

—¡Dios Santo, Heredia! ¿Sabes cuántas librerías existen en el puro centro de Buenos Aires?

—Ni idea.

—Te aseguro que no las visitas todas en una semana.

—Debe existir un listado, catálogo o por último puedo recurrir a la guía de teléfonos.

—Estoy pensando, Heredia. Estoy...

—Una librería que cuenta con su propio papel y adhesivos para colocar en los libros no debe ser un sucucho de barrio.

—Estoy...

—¿No tienes un cliente que sea librero? Por ahí se puede averiguar alguna cosa.

—Eso es, Heredia. Hablaremos con el señor Urenda. Es un antiguo cliente al que le vendí mi primera póliza de incendios. Conoce al revés y al derecho todo lo referente a libros.

—¿Ves? Ya tenemos una pista para empezar a jugar.

—Buscaré en mi agenda los datos de Urenda. Estoy seguro que te servirá hablar con él —dijo Nieto, y luego de sacar un cigarrillo de su chaqueta, preguntó—. ¿Te quedarás mucho tiempo?

—Lo menos posible. Ya empiezo a extrañar las paredes de mi oficina y a Simenon.

—¿Simenon? ¿El escritor?

—Mi gato. Llegó una tarde a mi departamento jodido de hambre. Le di una lata de jurel, le ofrecí un sillón para que reposara sus huesos, y desde entonces no se mueve de mi lado. Una noche lo encontré durmiendo sobre un tomo de las obras selectas de Simenon que tengo en mi biblioteca. Al parecer le gustaba el libro, su grosor, olor, ¿qué sé yo?, y como no tenía nombre, lo bauticé Simenon.

—¿Quién te azotó la mollera con un fierro?

—Los gatos son maravillosos. Se parecen a las mujeres. Son bellos, cariñosos, y cuando menos lo esperas, se cambian de casa o te entierran las uñas hasta el alma.

3

El ruido taladró mis oídos y al abrir los ojos me pareció más intenso. Deduje que se trataba de una lavadora de ropa, porque cada treinta segundos se detenía, y luego de una pausa, se reanudaba monocorde y fastidioso. Durante la noche había soñado con la morena del avión. Con sus pechos atrapados en mi boca y sus piernas atenazadas a mi espalda. Pero no era más que un sueño, un sudoroso y agotador sueño.

Golpearon a la puerta e instintivamente cogí la pistola que guardara bajo la almohada. La empuñé bajo la sábana y esperé a que se repitieran los golpes.

—Soy yo, Nieto —escuché decir.

—Está abierto —contesté aflojando la presión sobre la pistola.

Nieto traía puesta una bata de cuadros amarillos y sus pies calzaban zapatillas de badana. En una de sus manos portaba una tetera y en la otra, una bolsa plástica.

—¿Te desperté? —preguntó mientras se acercaba a la mesa.

—Tenía un bello sueño, pero no era más que eso. Me despertó esa maldita máquina —contesté prestando atención al ruido que continuaba llegando desde afuera.

—Es la lavadora de Ester. Cada día inventa algo para levantarse con las gallinas y despertar a los pasajeros. Si no es la ropa, es el mercado, el encerado de los pasillos o las compras de los víveres.

—De cualquier modo tenía que dejar el nido.

—Decidí traer el desayuno a tu pieza. Así conversamos un poco antes que salga a laborar —dijo Nieto, sacando de la bolsa un par de tazas, unos panes, un trozo de queso y cuatro medialunas.

—¡Vaya, estás muy bien organizado!

—Es la costumbre de vivir solo y en hoteles sin estrellas. Se deben aprender ciertos trucos para no pasar hambre ni dejar el sueldo en los boliches.

—Algo que nunca he aprendido. Por eso mi billetera suele estar vacía.

Nieto me alcanzó una taza de café y un par de medialunas que comí de inmediato.

—Están buenas. Sabrosas y frescas —comenté sin dejar de masticar.

—Pensaba acompañarte donde Urenda, pero llamé al trabajo y tenían programada una reunión para distribuir los sectores de ventas. Si fallo me quedo con los clientes más duros. Tendrás que ir solo.

—Lástima, contaba con tu ayuda.

—Voy a llamar a Urenda antes de irme. Le hablaré de ti y de lo que deseas. Su librería queda en la Plaza Lavalle, frente al edificio de los Tribunales de Justicia. Si te animas, puedes llegar caminando.

—¿Cómo se llama la librería del señor Urenda?

—Librería Urenda.

—¿Habrá pensado el nombre una semana entera antes de mandar a pintar el letrero?

—Preocúpate de hablar fuerte. Urenda está sordo como una tapia, y a no ser que le hables de dinero, no oye mucho.

—Descuida, Pavarotti será un mudo al lado mío.

4

Me detuve junto a la vitrina de una tienda de antigüedades a encender el primer cigarrillo de la mañana. Un caballo de mármol me guiñó un ojo desde el interior. Era

alto y de músculos poderosos. Parecía real y dispuesto a saltar a través del vidrio que lo aislaba de la calle. Lo saludé discretamente y enseguida me dediqué a observar un par de vitrolas que estaban a su lado, junto a tres sillones tan viejos como la mentira. Pensé entrar a la tienda, pedir un whisky doble y sentarme en uno de los sillones a ver pasar la vida. Solo fue una ilusión. Formaba parte de la vida real y me correspondía sudar. Sin embargo no anduve mucho más. La puerta con cristales tallados de un café me atrapó la atención y me detuve frente a una placa de bronce que decía: Café Tortoni. En su interior divisé a una media docena de clientes que se dedicaban a leer el diario, y a un par de mozos que luchaban por contener sus bostezos. Deduje que se estaría bien en ese sitio, rodeado de espejos y silencio. Como en todos los buenos bares, dentro del Tortoni el tiempo parecía detenido y aguzando un poco los oídos pude escuchar los ecos de algunas épocas lejanas. Pensé en un tango del que no me acordaba su nombre y por un instante jugué con sus versos en mi memoria.

Sin embargo, el encanto fue breve. El nombre de Laura se hizo presente obligándome a seguir mi búsqueda. Salí del café y a un suplementero le pregunté por la ubicación de los tribunales. Encontré lo que buscaba luego de caminar seis cuadras. La Librería Urenda ocupaba un local estrecho y profundo. Sus paredes estaban repletas de libros y un mesón, también cubierto de volúmenes, cortaba el recinto en dos partes simétricas. Al entrar, un muchacho escudriñaba en el mesón y otro lo hacía en los estantes. Al fondo del local, casi escondido detrás de una añosa máquina registradora, divisé a un anciano de cabellos blancos, grueso de vientre y hombros, y tan alto como un luchador. Simulaba leer una revista mientras observaba los movimientos de sus clientes.

—¿El señor Urenda? ¿Conrado Urenda? —pregunté.

—¿Cómo? —preguntó a su vez el anciano.

—Busco al señor Urenda —grité.

El muchacho que revisaba los libros del mesón miró por algunos segundos hacia donde nos encontrábamos.

—¿Qué se le ofrece?

—Vengo de parte del señor Nieto.

—¿De quién?

—Nieto, el vendedor de seguros.

—Nieto, el chileno. ¿Qué pasa con los seguros del chileno?

Reuní paciencia y llené al máximo mis pulmones de aire.

—Con los seguros no ocurre nada. Tengo un encargo.

—Sí, ahora lo recuerdo —interrumpió el librero—. Temprano me llamó para decirme que un amigo suyo necesitaba un libro.

—Libro, no —dije, pensando que la llamada de Nieto había sido como un surco en la mar—. Necesito ubicar una librería.

—¿Qué libro precisa? —preguntó Urenda, inalterable.

—Demonios —murmuré.

—¿Qué título? —volvió a preguntar el anciano al percibir el movimiento de mis labios.

—Necesito la dirección de la Librería Moby Dick. ¿La conoce?

En alguna parte de su cabeza el viejo escuchó el tañido de una campana, o lo que fuera que le hizo salir de su mundo en sordina. Dejó su sitio junto a la registradora y sacó de un armario un empaste grande y ancho. Temí que tratara de venderme las obras completas de Marcel Proust, pero afortunadamente había oído con claridad.

—Si existe, aquí debe salir —dijo alcanzándome el mamotreto—. Es una guía de las librerías de la ciudad.

—¿Todas?

—Las más importantes.

Los nombres estaban ordenados alfabéticamente por lo que no me resultó difícil obtener la información. En mi libreta de apuntes anoté: Sarmiento 6565.

—¿Cuál es la calle Sarmiento? —le pregunté a Urenda, al mismo tiempo que le restituía el libraco.

—Es la que corre paralela a Corrientes.

—Gracias —dije, y me despedí haciendo una venia ridícula.

El viejo retomó a su trinchera, los muchachos siguieron revolviendo libros y yo salí del lugar con la garganta seca y lastimada.

Me dejé arrastrar por la ciudad hasta que mis pies me exigieron una pausa y mi estómago un buen plato de comida. El desgano me consumía como un fuego lento e implacable, y el sudor se pegaba a mi camisa delatando el esfuerzo que había hecho en la caminata.

Fue al entrar a un restaurante y ocupar una de sus mesas cuando reconocí a un sujeto que había visto cerca del Café Tortoni. Pasó junto a mi mesa y se sentó en la barra. Era bajo y gordo. Llevaba el cabello corto y su rostro estaba rojo, congestionado. De uno de los bolsillos de su chaqueta de cotelé verde sacó un periódico y se puso a leer mientras le servían.

Nuestras miradas se cruzaron y él desvió su rostro, apresurado. El hombre podía ser tímido, ser un empleado en la hora de colación, tener un hermano gemelo al que le gustaba pasar frente al Tortoni, o ser de verdad un malacatoso aficionado a seguir a la gente. Todas las alternativas me parecieron buenas y decidí mantenerlas vigentes hasta que realizara mis próximos movimientos.

—Asado y ensaladas —le dije al morocho que llegó a servirme.

—¿Vino? ¿Un cuarto o medio?

—Nada. Aún me falta un día.

—¿Un día para qué?

—No importa. Traiga lo que le dije y añada una botella de soda.

Almorcé sin despegar la vista del sujeto sentado a la barra. Este se entretuvo con una cerveza y en ningún momento se preocupó de mi presencia. Cuando abandoné el restaurante, el hombre seguía hechizado por el rubio color de su bebida.

Durante algunos minutos seguí los consejos de mi intuición para llegar a la calle Corrientes, pero al cabo de media hora, tuve que reconocer que me hallaba perdido. Dejé a un lado la brújula y abordé un taxi que me llevó a la calle Sarmiento. Sin embargo, no era mi día de suerte. En la puerta de la librería Moby Dick colgaba un letrero con el horario de atención, y otro más pequeño que decía: cerrado. Estudié su vitrina y justo encima de un libro de Marcos Denevi, el reflejo del vidrio mostró un taxi que se detenía a pocos metros de la librería. El vehículo no tenía nada en especial, salvo que en su interior divisé al mismo gordiflón que me llamara la atención mientras almorzaba. Entonces no tuve dudas. Solo la obligación de saber por qué, y a cuenta de quién, me seguía.

Caminé hasta la esquina más cercana, cerciorándome de que el tipo bajaba del auto, y a pocos metros del final de la cuadra, me largué a correr. Apenas doblé la esquina me detuve. Oí el jadeo del hombre acercándose, y cuando lo vi doblar, interpuse mi pierna derecha en su camino.

El gordo abrió los ojos sorprendidos, chilló como un cerdo y se fue de bruces contra el pavimento. Mientras se incorporaba lo cogí de las solapas de su chaqueta y lo atrinqué contra la pared. Se resistió cinco segundos. Los mismos que demoré en clavar una rodilla entre sus piernas.

—¡Suélteme! —gritó.

—Vienes siguiéndome y quiero saber la razón —contesté presionando mis manos sobre su cuello.

—¡Suélteme, me ahoga! —insistió.

Aflojé la presión de mis manos y fue un error.

—Me asaltan. —Chilló el gordo con toda la voz que poseía.

Le di una cachetada en sus mofletes, pero no conseguí acallararlo. Siguió gritando hasta que se acercaron a nuestro lado tres hombres que venían de paso.

—Me asaltan —repitió el regordete.

—Deje a ese hombre —exigió uno de lo curioso.

—Le está haciendo daño —agregó otro, cogiéndome de un brazo.

—Llamen a un gendarme —gritó el tercero.

Me vi obligado a soltar mi presa y el matón no perdió su tiempo. Apenas se vio libre comenzó a correr, perdiéndose entre otros transeúntes.

—Ese tipo me venía siguiendo —dije al hombre que continuaba reteniéndome el brazo.

—Pamplinas —exclamó una señora que se había acercado al grupo—. Vi cómo usted lo castigaba.

No ganaba nada con discutir. La solución era poner en movimiento mis pies antes que terminara dándole explicaciones a la policía. Aguardé a que el tipo que me sujetaba aflojara la presión, y cuando lo hizo, acaricié su barbilla con un uppercaut preciso. Sus rodillas se doblaron y sin un mísero gemido se fue al suelo. La mujer intentó un ataque con su cartera, pero fui más veloz que ella y me puse a correr por la

calle Sarmiento. Luego de dos cuadas de carrera me detuve, miré hacia atrás y me di cuenta que nadie se había tomado la molestia de perseguirme. Ordené mi traje, compré un diario de la tarde y entré a un café con el ánimo de olvidar el incidente.

Nadie me molestó. Bebí dos cortados, leí el programa de carreras en el Hipódromo de Palermo, parte del último discurso del presidente Alfonsín, y el anuncio de un paro realizado por el secretario general de la Confederación General de Trabajadores.

Ya regresará, me dije pensando en el gordiflón. No era un tipo avezado y podría manejarlo sin problemas. Solo me preocupaba que al segundo día en Buenos Aires, ya tuviese un perdiguero olfateándome los talones. De mi viaje eran pocos los que tenían noticias, y hasta donde los conocía, todos me daban confianza.

5

De regreso a la librería, solo tuve que empujar suavemente su puerta para entrar. Su interior estaba impregnado por el olor de los libros y la voz de Roberto Rufino cantando «Balada para mi muerte». No era el sitio que me imaginara al encontrar su nombre impreso en el papel que envolvía los dólares. El local era oscuro y sucio. Los libros se amontonaban en desorden encima de dos mesones. En sus paredes colgaban algunas pinturas de mal gusto, trazos torpes e ideas tan originales como la cara del sol. Salvo la música, nada en la librería irradiaba vida, y eso no era un gran comienzo.

Di unas vueltas alrededor de los mesones esperando que alguien me atendiera, hasta que pasados unos minutos se volvió a abrir la entrada e ingresó un vejete encorvado por el esfuerzo de sostener dos pesados volúmenes entre sus brazos. Dejó los empastes encima de uno de los mesones y me saludó con amabilidad.

—Nadie atiende —dije después de retribuir su saludo.

—¿Tocó la campanilla de la mesa?

Lo que el hombre llamaba mesa era un escritorio a punto de caerse por el peso de los libros acumulados en su cubierta. Levanté un par y descubrí una pequeña campana de bronce que agité provocando que su eco se expandiera por la soledad del local, y que casi de inmediato apareciera una mujer relativamente joven, de rasgos duros y cierto asomo de tristeza en la mirada. Llevaba puestos unos lentes redondos que la afeaban y una falda azul que cubría por completo sus rodillas. Tras ella, apareció un hombre alto, semicalvo y con unos bigotes tupidos que llenaban gran

parte de su rostro.

La mujer permaneció en silencio, esperando que el calvo se decidiera a decir algo.

—Busco a Gastón Muleiro —dije adelantándome a lo que hubiese podido decir el bigotudo.

—Muleiro —dijo la mujer en voz baja, como temiendo que alguno de los presentes la escuchara. En sus ojos se encendió una luz diminuta, pero en definitiva no dijo nada más.

—Ya no viene por la librería —contestó el hombre sin entrar en detalles.

—Me informaron que aquí podría saber de él.

—Podía —recalcó el hombre, al tiempo que miraba de reojo a la mujer—. Ya no trabaja con nosotros.

Intuí que mentía, pero no quise forzar la conversación. La mujer se retiró a un rincón y aunque aparentaba revisar unos libros, seguía con interés la conversación.

—¿Puede decirme dónde vive? —pregunté al librero.

—No lo sé. No lo sabemos —respondió tajante, dejando en claro que el tema no era de su agrado y que lo mismo valía para la mujer.

El tipo parecía un muro de concreto y no deseaba estrellarme en él. En cambio, la mujer guardaba su verdad y pensé que para conocerla debía liberarla de la presión que sobre ella ejercía su patrón.

—Revisaré los libros —dije, y con un gesto resignado, agregué—. Tal vez encuentre algo interesante.

El librero no dijo nada más y se acercó al anciano que esperaba expectante. Mientras hojeaba unos libros, los vi conversar en voz baja, sin conseguir escuchar lo que decían. El viejo indicaba los volúmenes que dejara en el mesón y movía su cabeza una y otra vez, negándose a aceptar lo que le proponía el bigotudo. Deduje que trataba de venderlos y no conseguía el precio anhelado.

Miré otros libros sin mayor atención. Necesitaba pensar, porque hasta ese instante lo único que tenía en las manos era el polvo de las estanterías. Luego de unos minutos se presentó mi oportunidad. El anciano y el librero llegaron a un acuerdo, y éste último desapareció por la puerta trasera de la librería, llevándose los volúmenes del viejo. Me acerqué a la mujer y ella dirigió de inmediato una rápida mirada a la puerta por la que acababa de salir su patrón.

—Usted sabe dónde encontrar a Muleiro —le dije usando un tono agresivo.

—Se equivoca —contestó temerosa.

—Miente —afirmé—. Apostaría a que miente.

—No puedo decir nada —farfulló sin atreverse a completar la idea.

—Puedo darle tiempo y esperarla en algún sitio donde no nos vea su jefe.

—Váyase. Por favor, váyase —replicó la mujer.

—No tiene nada que temer, señorita. Lo que me diga será un secreto entre los dos. Se lo prometo, puede confiar en mí.

La mujer quedó muda. Vi que el librero regresaba y para no comprometerla, me

aparté de su lado, simulando que acababa de hacerle una consulta acerca de un libro.

Decidí esperar una segunda oportunidad, pero ella nunca llegó. El hombre llamó a la mujer y le dio instrucciones de ir a buscar unos libros a la bodega del negocio. Cabizbaja la vi desaparecer por la puerta trasera y por algunos segundos sentí la navaja del desaliento rondando mi garganta. Fue algo pasajero. Fugaz como la sonrisa de un muerto. Regresé a los libros y tomé una edición popular de *El Caso Gallon* de Ross Macdonald. Lo abrí al azar y leí en una de sus páginas.

«¿Por qué un hombre como usted derrocha su vida haciendo el trabajo que hace? ¿Gana mucho dinero?» —preguntaba alguien.

«El dinero suficiente como para vivir. Pero no lo hago por dinero, sino porque quiero hacerlo» —respondía él a cada rato más escéptico detective de Ross Macdonald.

—¿Cuánto? —pregunté al librero, entusiasmado por las frases que se aproximaban a mis propios pensamientos.

—Tres australes —respondió sin molestarse por ser agradable.

Busqué dinero en los bolsillos de mi pantalón, y confundido con unos dólares hallé un billete de diez australes. El hombre me entregó el vuelto, y salí de la librería sin perder tiempo en despedidas.

6

Decidí aguardar a que la mujer saliera de su trabajo para intentar una nueva conversación. Me aposté en la esquina más próxima a la librería y al cabo de un rato, como la espera se prolongaba, comencé a caminar por la vereda de enfrente. Había algunas tiendas, un supermercado y una oficina de encomiendas aéreas. Observé las vitrinas, y en una de ellas, la descubrí. Era una muñeca de mejillas rosadas, labios rojos dibujados en forma de sonrisa, y vestida con un tul blanco. Pensé en Paulina y no dudé en entrar a la tienda, adquirir la muñeca y una tarjeta postal en la que escribí algunas palabras de tonto e inútil consuelo. Luego, salí en busca de una oficina de correos.

Vi desaparecer la encomienda por la ventanilla de atención, y crucé los dedos, deseando que llegara a destino en las veinticuatro horas que decía la empresa en su propaganda. Hasta ese momento no podía hacer más por Paulina.

—No hay caso contigo, Heredia. Nunca aprenderás a ser un tipo duro —me dije recuperando mi puesto de observación en la esquina.

—¿A qué te refieres?

—Siempre serás un sentimental.

Mandé al demonio a ese yo imaginario y encendí un cigarrillo. Comenzaba a oscurecer.

7

Mi reloj marcaba las nueve de la noche cuando vi salir a la mujer de la librería. Se había puesto un grueso chaleco gris y caminaba con la vista clavada en el suelo. Parecía tener frío, prisa o miedo. Pensé que se trataba de las tres cosas a la vez, y salí en su persecución.

Caminó cuatro cuadras y se detuvo en un paradero de buses. Seguía reconcentrada en sus ideas, y cuando un bus se detuvo, aproveché la complicidad de otros pasajeros para subir sin que ella me viera. Diez o quince minutos más tarde se puso de pie, indicó algo al conductor y cuando el bus se detuvo, descendió por la puerta delantera. La seguí a semejanza de su sombra hasta que se detuvo frente a una casa pequeña y a oscuras. Supuse que vivía sola, y al verla abrir la puerta de entrada, me acerqué a su lado y tomándola del brazo la hice avanzar con cierta rudeza. Dio un grito y me miró asustada.

—No voy a hacerle daño —le dije.

—¿Usted? ¿Cómo?

—Quiero conversar.

—Nada tengo que decir.

—Tuve otra impresión en la librería.

—¡Márchese!

—No esta vez, señorita. Vamos a sentarnos y a conversar tranquilamente.

La mujer se dejó vencer por mi decisión. Avanzó por un angosto pasillo, hizo funcionar un interruptor eléctrico, y quedamos en medio de una sala amoblada con trastos viejos y descoloridos.

—Siéntese donde guste —dijo, aún temerosa.

—Gracias, señorita...

—Mónica. Mónica Adrián es mi nombre. Creí que lo sabía.

—Seré claro y sincero, Mónica. Soy chileno y me apellido Heredia. Busco a Gastón Muleiro y por eso me asomé por la librería. No era un mal dato, pero evidentemente llegué tarde. Sin embargo, creo no equivocarme al pensar que usted

sabe dónde se encuentra.

—¿Para qué desea ubicarlo?

—¿Sabe dónde está?

Mónica hizo un gesto afirmativo y enseguida se sentó en uno de los sillones cochambrosos que llenaban la sala.

—Lo sé —contestó, luchando contra algo—. Hoy quise ir a verlo, pero no me atrevo visitar su casa. Es muy violento y sería capaz de castigarme.

La respuesta había ido más allá de lo que esperaba. La mujer deseaba desahogarse y estimé conveniente darle un poco de tiempo.

—¿Para qué quería verlo? —pregunté.

Un silencio triste se deslizó por las paredes de la habitación. Saqué el atado de cigarrillos y le ofrecí uno. Lo tomó nerviosa y se lo llevó a los labios cuando le di fuego. Tapado por sus gruesos lentes descubrí un bello par de ojos grises.

—Quería verlo —respondió finalmente—. Quería verlo una vez más.

—¿Está enamorada de él?

La pregunta enrojeció su rostro igual que un latigazo.

—Era mi amigo. Decía cosas bellas, palabras que nunca me había dicho otro hombre. Un día me besó y yo lo invité a esta casa.

—La sedujo y usted se enamoró —interrumpí.

—Su cariño parecía sincero, pero me equivoqué. Gastón contaba con una amiga que le traía desde Chile cierta mercadería. Deseaba saber quién era, le pedí explicaciones y sólo conseguí sus golpes.

—¿Mercadería? ¿Qué cosa?

—Paquetes. Nunca me enteré del contenido. Apenas lo recibía se los entregaba a Romera.

—¿Su patrón?

—Sí. Romera los guardaba en la caja fuerte de la librería. Una noche le conté a Gastón que conocía la combinación de la caja y el lugar donde se dejaba la llave. Eso lo enloqueció. Quería la información a cualquier costo. Me dijo que con ese dato haría un negocio y podríamos irnos a otra parte. Le di la clave y desde entonces no lo he vuelto a ver.

—¿Romera no lo despidió?

—Simplemente desapareció con algo que contenía la caja fuerte.

—¿Su jefe no hizo preguntas?

—Nunca estuvo al tanto de mi relación con Gastón.

—¿Por eso su miedo de esta tarde?

Sin responder, Mónica salió de la pieza y regresó al poco rato con unas tazas de café.

—¿Romera no conocía el domicilio de Muleiro? —pregunté, al tiempo que tomaba una de las tazas.

—El actual, no. Fue al que tenía Gastón cuando ingresó a trabajar en la librería.

Él se había cambiado.

—¿Cuál es su dirección?

—Gastón me hizo prometer que no se la daría a nadie.

—Protegiendo a Muleiro no conseguirá nada. No sé por qué él se acercó a usted. Tal vez deseaba divertirse, y al enterarse de la información que podía darle, su interés fue más poderoso. Hay una verdad Mónica, y es tan válida para usted, como para mí.

—No tiene derecho a decir esas cosas.

—Le contaré lo que sé y después usted decide. Soy investigador privado y ando tras del asesino de una mujer. Era mi amiga, y la esposa de Muleiro.

—¿Esposa? —preguntó Mónica, sorprendida.

—La mujer que le traía aquellos paquetes misteriosos.

—¿Era muy hermosa?

—¡Era! Usted y yo lo hemos dicho. Muleiro es el responsable de que estemos hablando en tiempo pasado.

—¿Él la mató?

—No lo sé.

—¿Qué le pasará a Gastón si lo encuentra?

—Depende de él. Yo solo busco respuestas.

—Vive en la calle Defensa. Número 1470, departamento F —dijo la mujer.

—Gracias. Le aseguro que es lo mejor que pudo hacer.

—Nunca he tenido suerte —agregó Mónica Adrián.

—El que reparte suerte por el mundo nunca ha sido muy equitativo. Es mejor hacer un esfuerzo y fabricársela.

—No entiendo.

—Pensaba en una niña que perdió a su madre porque a un infeliz se lo ocurrió adueñarse de algunos billetes.

—¿Niña? ¿Qué tiene que ver ella con Gastón?

—Espero que ya nada.

—Sigo sin entender.

—Hágame un favor y hágaselo a usted misma. Deje la librería. Deje esta casa. Olvídese de Muleiro y aprenda un par de cosas de este instante.

Mónica escondió el rostro entre sus manos. Llorar le serviría hasta que el eco de sus lágrimas la obligara a pensar.

—Me voy, Mónica —le dije—. ¿Quiere que le diga algo a Muleiro de su parte?

—Cuando usted llegó aún tenía sentido buscarlo. Ahora ya no —respondió.

Salí de la casa. Pensé que sufriría un día, dos, quizá unos meses, pero saldría adelante. Era de la escuela de los que se van quedando al margen y se conforman con lo poco que la vida les arroja. Un recuerdo, un dolor, una ilusión. Igual que las palomas que se cobijan en los tejados. Unas migas de pan y a seguir soportando el sol o la lluvia. En todas partes era igual. Cambiaban los escenarios, el acento de las voces, pero las personas seguían siendo las mismas.

8

Deseaba un trago y estar en mi oficina, rodeado de mis libros y recuerdos. Deseaba acariciar a Simenon y llamar a Andrea para sentir la ternura de su cuerpo. Necesitaba de mis viejas cosas cotidianas, del aire enrarecido de Santiago y el murmullo barroso del Río Mapocho. Necesitaba a mis amigos, e incluso a la dueña del departamento que cada fin de mes pasaba a cobrar el alquiler. No había dudas. Me estaba poniendo viejo de piernas, de ideas, y lo peor de todo, viejo de corazón.

Abordé un bus que me dejó en la calle Corrientes y anduve por ella, encandilado por las luces de las cafeterías y las ganas de buscar mi bolso y tomar el avión de regreso. Seguía en uno de esos baches en que todas las cosas me dan igual. Tanto si me arrolla un camión, como si me gana las doce carreras de una jornada hípica. Saqué de mi chaqueta una moneda y la lancé al aire. Si salía sello volvía a Santiago, y de lo contrario, continuaba en Buenos Aires. La moneda rebotó en el cemento de la vereda, hizo una cabriola adolorida y se quedó quieta, de cara a la noche.

9

El hotel se encontraba en calma, sin la bulla de la mañana ni los gritos destemplados de la rubia. A mi cuarto penetraba la luz amarilla del pasillo, filtrada por una cortina colgada en la parte superior de la puerta. Todo se hallaba en orden. Me acosté sobre la cama y cerré los ojos. El murmullo lejano de una radio se fue apagando lentamente.

Desperté con unos golpes en la puerta. Sobresaltado encendí la luz y verifiqué unos segundos la veracidad del llamado.

—Heredia... Heredia —oí, adormilado.

Abrí la puerta y reconocí a Ester, comprobando que mis apreciaciones matinales sobre su figura no habían estado erradas. Parecía vestida para una fiesta o para la guerra. Un pantalón vaquero le ceñía las caderas y una blusa celeste comprimía sus pechos redondos. Contemplé con entusiasmo cada centímetro de su cuerpo y ella se dio cuenta.

—Nieto lo llama por teléfono —dijo con voz suave.

Dejé que me mostrara el camino y fui tras ella contemplando su intencionado balancear de caderas. Llegamos a su dormitorio y me indicó una cómoda sobre la

cual descansaba el fono descolgado. Ella se quedó junto a la puerta, dejándome el mínimo espacio para pasar. Olí en el aire su deseo mezclado con un leve nerviosismo. Posé una mano en su espalda y con suavidad la obligué a cederme más espacio.

—Heredia —dije tomando el fono.

—Deseaba saber cómo te fue en la librería —oí decir a Nieto al otro extremo de la línea.

—Fue un blanco casi perfecto.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que debo intentar otros movimientos para llegar al hombre que busco.

—¿Y en qué estás ahora?

—Dormía —contesté, y al tiempo que observaba a Ester, agregué—. Solo, por desgracia.

—¿Quieres ir a un boliche de tangos? Esta mañana hice unas buenas ventas y pensé que podríamos celebrarlo.

—Me parece bien.

—Juntémonos a la medianoche en el café Opera.

—¿Dónde queda? No olvides que soy forastero.

—En la esquina donde se juntan las calles Callao y Corrientes. Toma un taxi y despreocúpate del mundo.

—¿Así de fácil?

Nieto no contestó. Nos despedimos y coloqué el fono en su lugar.

—Gracias —le dije a la rubia, mientras pasaba por su lado.

—¿Va a salir? Pensaba convidarle una taza de té. Una sale tan poco del hotel que cuando llegan pasajeros me agrada conversar con ellos, conocer cosas nuevas. ¿Me comprende?

—Volveré, no deje enfriar su agua.

10

Afortunadamente mis reflejos, aguijoneados por el aire fresco de la noche, permanecían alertas, porque al salir del hotel y cruzar la calzada, logré ver al vehículo que se lanzó rauda a la búsqueda de mi cuerpo. Era un Falcon de cuatro puertas. Verde, veloz y agresivo. Lo vi aproximarse, y forzando mi cuerpo en un brinco, conseguí esquivarlo. Alguien no me quería vivo en Buenos Aires, pensé, mientras chocaba contra un muro, sin otra consecuencia que un rasguño en el traje.

El auto se detuvo y comprendí que su conductor cometía el segundo error de la noche. Sacó la cabeza por la ventanilla, y a pesar de la oscuridad, reconocí al gordo que me siguiera anteriormente. Me incorporé y el hombre decidió huir. La idea no era mala, pero se demoró en ejecutarla. Saqué mi pistola y apunté a uno de los neumáticos traseros del coche.

El disparo, la goma reventada y el impacto del auto contra un grifo provocaron una confusión de ruidos. Corrí hacia el vehículo y me abalancé sobre el agresor antes que consiguiera escapar. Se había golpeado contra el parabrisas y no lograba unir dos líneas al mismo tiempo. Lo cogí de un brazo y lo saqué fuera del Falcon.

Algunos vecinos habían salido de sus casas, alertados por el disparo y supuse que no transcurriría mucho tiempo sin que la calle se llenara de intrusos y policías.

—¿Qué sucede contigo, seboso? —grité al hombrón.

—Fue un error, yo...

—O dices la verdad, o nada —le dije enterrando en sus costillas el caño de mi pistola—. Dime para quién trabajas, o te vuelo el poco seso que tienes.

El tipo pensó en quedarse callado. Durante dos o tres segundos lo pensó, hasta que un golpe de mi pistola en su boca le otorgó la locuacidad de un relator deportivo. No era nada. El gordo no valía nada. Era un ganapán de tercera clase, incapaz de ejercer su oficio con un poco de dignidad.

—Sosa, el abogado Sosa —dijo al fin—. Romera lo llamó. No sé nada más. Nada tengo en tu contra, pibe.

Siempre era igual. Te molían el trasero a patadas. Te hacían comer media docena de dientes. Te amargaban la vida para siempre, y no era nada personal. Solo órdenes que se cumplían.

Oí una sirena y resolví poner mis pies en movimiento. Los vecinos se aproximaban, y al igual que por la tarde, algunos de ellos tenían la intención de participar en la reyerta.

—¿Cómo te llamas? —le pregunté—. Quiero retener en la memoria tu lindo nombre.

—Uriarte —contestó el matón, sin ánimo de empeorar su situación.

—Bien, Uriarte. No sé en cuánto valoras tu pellejo. Pero, en lo que sea, cuídalo y ponlo lejos de mi alcance. Ni siquiera deseo percibir tu olor.

Dejé de hablar y lo introduje de nuevo en su auto, en el mismo instante en que un grandullón de dos metros puso sus manazas sobre mis hombros.

—¿Qué pasa con el hombre? —preguntó, deseoso de retenerme.

—Se propasó con mi hermana, eso es todo. Un asunto de familia —contesté sin intenciones de meterme en otro lío.

—No me parece que sea así.

—Entonces, saca tu grasa de encima —le dije, apuntando con mi arma su buzada desmesurada—. Ya he perdido mucho tiempo esta noche.

El grandote tuvo un segundo de lucidez y se apartó. Corrí, y ya lejos de los

vecinos y la sirena, pensé que los hilos a mover se sumaban. Muleiro, Romera y el abogado Sosa. Tres cuerdas para un mismo trompo.

11

—¿Y no llamaste a la policía? —preguntó Nieto.

Al llegar al Opera lo había encontrado junto a su tercer café. A medida que le fui contando el encuentro con Uriarte, tuve la impresión que por su boca podía pasar un camello.

—El negocio fue apretarle el cuello. Era un aficionado y la idea de matarme nunca estuvo muy clara en su cabeza.

—¿Y qué explicación le das al ataque?

—Tratan de evitar que encuentre a Muleiro. El fondo del asunto está muy borroso.

—Según entiendo, Romera quiere atrapar a Muleiro. Y si es así, ¿para qué te iban a matar, si puedes llevarlo hasta él?

—Fue iniciativa del gordo. Se asustó al verse descubierto y pensó en cubrir su pellejo.

—No me convence del todo.

—Ni a mí. Además, me preocupa que alguien desde Santiago avisara de mi viaje. Seguro que ya en el aeropuerto de Ezeiza tuve a Uriarte de estampilla.

—¿No te da miedo seguir con la investigación?

—¿A qué crees que vine a Buenos Aires?

—Es peligroso.

—Estoy acostumbrado a que los perros intenten morderme los talones. Simplemente trato de correr más rápido que ellos o los pateo en el hocico. A veces lo consigo, otras no. En esas últimas oportunidades procuro quedar lo más entero posible.

—¿Por qué lo haces? Desde que te conozco vives en líos.

—Tengo quinientas respuestas para dar, y ninguna me satisface. Es mi negocio, y cuando al despertar encuentro mi pistola bajo la almohada, le pregunto a ella qué otra cosa puedo hacer. No responde, y entonces me ducho, me afeito y espero a que asome un cliente.

—No sé si tomarte en serio, o no.

—Que eso no te mortifique. La noche es corta y si aún no lo olvidas, tenemos una

invitación pendiente.

—¡Creí que ya no tendrías ganas!

—¡Más te vale poner en movimiento tu trasero! Una noche de tangos no me la pierdo por nada en el mundo.

12

Fue en la tanguería cuando comprendí el error. Un solista en el escenario cantaba unos versos de Cátulo Castillo. «Ya sé no me digas, tenés razón, la vida es una herida absurda», decía, y los espectadores empujaban sus copas, confiados en que solo se trataba de un tango. El error había estado en pensar que a nadie más se le ocurriría seguir a Mónica Adrián, o que Uriarte no hubiese podido seguirme cuando la entrevisté en su casa. El error también estaba en creer que el intento de atropello no era más que la torpeza de un tipo con pocas luces en la cabeza.

Apagué el cigarrillo que fumaba y me puse de pie.

—Después me cuentas el final —le dije a Nieto.

Mi amigo quedó acompañado de sus preguntas, y salí del salón con la idea de encontrar un taxi que me permitiera llegar lo antes posible a la casa de Muleiro.

El 1470 de la calle Defensa estaba pintado con grandes números en un cartel colocado en la parte superior de un muro de ladrillos. Descendí del auto y caminé en dirección a un conjunto de casas que se extendían a lo largo de un sendero rodeado de ligustrinos y faroles encendidos. Recordé la letra de la casa de Muleiro y al llegar a la F, me di cuenta de inmediato que algo andaba mal. Junto a la puerta de la vivienda había un hombre en actitud de vigilancia. Parecía contemplar la luna, pero en verdad no engañaba a nadie. Por lo menos no a mí. Su olor a policía se expandía por toda la cuadra. Al verme se olvidó de la luna y llevó la mano derecha al interior de su chaqueta.

—¿Qué buscás? —preguntó con prepotencia.

Tenía el estilo de los policías que aprenden su oficio mirando las seriales de televisión. Tal vez se creía Starky o el teniente Kojac, y no pasaba más allá de ser un payaso disfrazado de hombre grande.

—Busco al dueño del departamento F.

—¿Para qué? ¿Vos quién eres?

—¿Quieres jugar al yo pregunto, tú preguntas?

—No te hagas el gracioso. Tu acento suena raro. ¿No sos de la ciudad?

—Mi nombre es Heredia. Soy chileno y trabajo como investigador.

El policía escuchó mis palabras y dudó entre creerme o sacar su pistola para colocarme una ración adecuada de plomo en la frente.

—¡Comisario Morón! ¡Comisario! —gritó hacia el interior de la casa.

Pasaron dos minutos y luego apareció un hombre bajo, menudo y de cara roja, como la de un bebedor habitual de cerveza. Vestía un traje azul un tanto arrugado y de su cuello colgaba una corbata que en época remota había sido nueva. Un cigarrillo sin encender entre sus labios completaba su imagen. Su voz sonó ronca y fastidiada.

—¿Qué sucede, Cañete? ¿No es suficiente con que tengamos que estar de pie a estas horas? ¿Es necesario que vocifere como rockero?

—Este coso, señor —dijo Cañete, indicándome—. Dice ser chileno y andar buscando al dueño de esta casa.

El comisario me observó y dio un par de pasos hasta encararme.

—¿Tantas cosas? —preguntó.

El asunto comenzaba a fastidiarme, pero estaba comprometido en el entuerto, y no tenía otra alternativa que ser rápido, directo y sincero.

—Ya se lo dije a su muchacho. Me llamo Heredia, y busco a Muleiro por encargo de un cliente.

—¿Tiene algo con qué afirmar su cuento?

Saqué mi portadocumentos y le extendí la licencia para portar armas. En ella constaba mi nombre y oficio.

—La foto no te favorece, chileno. ¿Te la tomaron en la cárcel?

—Es que no le pagué al fotógrafo todo lo que él quería.

—Gracioso. ¿Siempre trabajas de noche?

—A veces, cuando tengo la esperanza de tropezar con gente simpática.

—Mirá, chileno. Guardá los chistes para otro quilombo.

—Calma, comisario. No tengo intención de provocar incidentes fronterizos.

—¿No andarás buscando algo olvidado, o comprobando si el trabajo lo hicieron bien?

—¿A qué se refiere?

—Me simpatizas, pibe —dijo Morón, suavizando el tono de su voz—. Pasa al cotorro y verás que una buena vista ahorra mil palabras.

El living de la casa estaba iluminado y sus paredes se veían limpias, sin adornos ni nada que colgara de ellas. En medio de la habitación había una mesa y sobre ésta, un plato con restos de un pollo asado. En un sofá con sus cojines en desorden contemplé a un cadáver. El trabajo había sido pulcro. Sin ruido, sin gritos, sin nada que hubiese podido alertar a los vecinos. El cuchillo estaba clavado en el sitio exacto del corazón, y la camisa verde del muerto mostraba una amplia mancha de sangre.

—¿Quién es? —pregunté, intuyendo la respuesta que me daría el comisario.

—La persona que usted busca —contestó Morón.

—¡Muleiro!

—¿Acaso no lo conocía?

—Nunca lo había visto.

—Lo faenaron hace poco rato. Una vecina que venía llegando a su casa vio la puerta abierta, y cuando descubrió la escenita, nos llamó.

—¿Qué se sabe? ¿De quién se sospecha?

—Por ahora de usted, chileno —contestó el policía sonriendo.

CUATRO

1

Mis huesos acabaron sentados en la oficina de Morón, un cuartucho hediondo a tabaco y café que solo se diferenciaba de otras unidades policiales que conocía, por el escudo argentino y una foto del presidente Alfonsín que colgaban en una de sus paredes. Lo demás era lo de costumbre. Un escritorio atestado de papeles, sillas metálicas y un mueble de madera sobre el cual hervía una cafetera eléctrica.

—Repíte tu historia una vez más, chileno —dijo Morón alcanzándome una taza de café recalentado.

Hasta ese instante me había tratado bien, y para no caer en contradicciones, procuré ser fiel en mi cuarta versión de los hechos.

—En Santiago falleció la esposa de Muleiro. Ellos estaban separados, pero como la mujer trabajaba de aeromoza de vez en cuando se veían en Buenos Aires. Tenían una hija en común y mi trabajo consistía en ubicarlo, informarle la muerte de su mujer y conocer su decisión respecto al destino de la hija. Traía la dirección de su casa y pensaba verlo cuando tropecé con su agente.

—Todo eso me huele a una verdad a medias.

—Créame, comisario. Así usted y yo nos vamos a descansar.

—No tanta prisa. Aún me inquieta tu horario de trabajo.

El policía deseaba sacarme de quicio y lo estaba logrando.

—¡Diablos, comisario! ¡Ya se lo expliqué! Se lo puedo jurar por Gardel, Maradona o cualquiera de sus ídolos.

—Inténtalo una vez más. Soy un poco lento para entender algunas cosas.

—Fui a buscarlo en la tarde y no lo hallé —mentí—. Luego, salí a comer con un amigo, y en medio de un tango se me ocurrió visitarlo de noche.

—¿Cómo se llama ese amigo?

—José Nieto. Puede ubicarlo en el Hotel Continental. ¿Algo más?

—Tranquilo, chileno. Yo hago las preguntas.

Asentí con la cabeza y sonreí. No me quedaba otra. El mango de la sartén estaba aún lejos de mi alcance.

—¿Cómo se llama el boliche al que fuiste con tu amigo?

—Lo ignoro. Nieto debe saberlo.

—Tengo ganas de creer tu cuento, chileno.

—¿Y qué le detiene?

—¡Detalles! Por ejemplo, tus referencias. La credencial que me mostraste no termina de convencerme.

—Llame a la policía en Santiago —respondí acordándome de Dagoberto—. Al comisario Dagoberto Solís, de la Policía de Investigaciones.

Pedí a Morón un lápiz y anoté el teléfono de Solís en una hoja de papel que encontré sobre el escritorio. El policía lo leyó y le ordenó a un subalterno que estableciera la comunicación. Al rato el hombre le hizo una seña a Morón, y éste fue a concretar la llamada en otra oficina.

—Dice que te sacuda las costillas, pero que te crea —dijo Morón al regresar quince minutos más tarde—. También dice que investigas un caso de asesinato y que Muleiro estaba aparentemente involucrado en un caso de contrabando. ¿Tenés algo que decir de eso?

—¡Algunas cosas! —exclamé, resignado.

—El café de la oficina me tiene hartado —dijo Morón—. Te invito al bar de la esquina. Ahí me contás la firme, Heredia.

Salimos y en el trayecto al bar le conté la verdad.

—Ese Muleiro no era ningún trigo limpio.

—Presionó a su esposa para obtener su ayuda en el contrabando, y la involucró hasta convertirla en su víctima, o la de sus compinches.

—Aquí le tenemos ficha de traficante de cocaína. Años atrás lo atrapamos en un negocio de reventa de papalillos. Lo mandamos a la gayola por un rato, y cuando salió libre le seguimos la pista durante un tiempo. Nunca conseguimos pillarlo en nuevas faltas.

—¿Romera? ¿Le dice algo ese nombre, comisario?

—No. ¿Qué ocultás?

Le expliqué lo averiguado en la librería y le hice un breve recuento de mis encontrones con Uriarte. Morón encendió un cigarrillo, pidió un segundo café y me escuchó hasta convencerse que mi historia era tan real como la cerveza que bebían en una mesa contigua.

—Muleiro utilizó a su esposa para realizar el trabajo. Quiso avivarse y desapareció con un buen turro de billetes. Mónica Adrián, la dependiente del negocio de libros, me informó que Romera estaba implicado en el juego. Es el jefe, o uno de los jefes.

—¿Qué pitos toca esa mujer?

—Se lo dije. Trabaja con Romera y se involucró sentimentalmente con Muleiro. Aparte de eso tiene las manos limpias y si trata con ella, le aconsejo discreción. No me gustaría verla con un hoyo en la frente.

—¡Investigaremos al tal Romera!

—¿Me informará de lo que averigüe?

—En lo que a mí respecta, estás fuera del asunto, chileno.

—Solo por curiosidad.

—Veré, Heredia. De lo que sí estoy seguro es que tendré mis ojos puestos en tus movimientos. No quiero más mentiras.

—Muerto Muleiro no me queda mucho que hacer. Recorreré vitrinas y tomaré el avión del regreso.

—Quiero tenerte cerca mientras dure el caso.

—¿Con qué fin?

—Por molestar, chileno.

2

Amanecía en Buenos Aires cuando dejé a Morón a la entrada de su oficina. Los objetos a mi alrededor empezaban a recuperar sus colores naturales y se agitaban las calles con el paso de los primeros empleados en dirección a sus oficinas. Compré un ejemplar del diario *Clarín* y entré a un boliche, a beber una taza de café acompañada de tres medialunas. Me sentía molesto. Muleiro con un cuchillo atravesado no era la respuesta que buscaba. Solo podía pensar en el abogado Sosa, y con su nombre en mente, decidí jugar mi última carta.

A un mozo le pedí la guía telefónica y descubrí que existían trescientos quince tipos de apellido Sosa en Buenos Aires. Encontrar al indicado era como descubrir la pólvora de nuevo y enseguida vendérsela a los chinos. La esperanza se escapó de mis manos y dio algunos tumbos por el suelo. Entonces, cuando ya salía del café, recordé a Mónica Adrián y sin dudarle, me hice llevar por un taxi hasta su casa.

La encontré durmiendo y solo después de golpear un buen rato a su puerta, conseguí que se levantara a recibirme.

—Perdone que venga a esta hora —le dije—. Han sucedido cosas nuevas durante la noche y necesito su ayuda.

—¿Encontró a Gastón? —preguntó sin atender por completo a mis palabras.

—Ya hablaremos de eso.

—Pero...

—¿Ha oído hablar en la librería de un tal Sosa?

—Romera tiene un cliente con ese apellido. Nunca lo he visto, pero lo llama con frecuencia.

—¿Sabe su teléfono o su dirección?

—Está en la agenda que Romera tiene en la librería. Puedo averiguarla en el transcurso de la mañana.

—Prefiero que no se asome por su trabajo.

—¿Por qué? ¿Qué pasó?

—Ya le explicaré. ¿Recuerda el nombre completo del abogado?

—Eusebio Martín Sosa. Tiene su oficina en la calle Suipacha. Es todo lo que recuerdo.

—Gracias. Con esos datos la guía de teléfonos tendrá un sentido.

—Aún no responde mi consulta sobre Gastón —dijo la mujer con voz temblorosa—. ¿Lo encontró?

—Sí, pero un poco tarde.

—¿Qué quiere decir?

—Su amigo está muerto. Alguien lo sacó de circulación durante la noche.

Mónica Adrián reprimió un sollozo y buscó refugio en una silla.

—¿Se sabe quién lo hizo?

—La policía se encargará de averiguarlo. Cuando llegué a su casa había detectives por todos lados. Tuve que hablar de usted, así que procure hacer coincidir la historia que me contó con las respuestas que le dé a la policía. Si dice la verdad saldrá pronto del enredo.

—¿Usted cree?

3

La pregunta de Mónica Adrián quedó en el aire. La dejé con su soledad y volví al café de la calle Corrientes en que había estado a primera hora. Ayudado por un capuchino examiné los apellidos de la guía telefónica, y descubrí el domicilio y el teléfono de Eusebio Martín Sosa.

A las nueve en punto de la mañana llamé a su oficina y una somnolienta voz de mujer me informó que el abogado no se encontraba en su despacho.

—Necesito los servicios de un abogado y me recomendaron al señor Sosa —dije para ganar la confianza de la secretaria.

—Viene a las cuatro de la tarde —respondió ella.

—¿Me da la dirección exacta de la oficina?

—Suipacha 3654, señor. Piso 7, oficina 780 —dijo la mujer.

Le agradecí la información y ella pidió mi nombre para registrarme en la lista de

citas del día.

—No es necesario —dije—. Estoy seguro que me abrirá las puertas.

—¡Señor, el doctor Sosa exige...!

Colgué. Me importaban un comino las exigencias del abogado.

4

Aquellas eran horas de guerra, y yo un cansado guerrero sin tiempo para brindar por antiguas victorias. De la calle pasé al baño del hotel, donde dejé que el agua corriera por mi cuerpo y el jabón hiciera su ciencia reparadora. Luego me sequé, reconociendo cada parte de mi agotada caparazón y me sentí tocado por la varita del optimismo. Al salir de la ducha me encontré con Ester. Conservaba el encanto de la mañana, pero su entusiasmo parecía haber ido en aumento.

No hubo discursos ni brindis. Ni siquiera un saludo.

Se entregó en un abrazo y la dejé hacer sus fantasías hasta que mi sangre comenzó a circular con animación. Lo demás fue una lucha. Dulce y dura como el silencio.

—Me gustaste desde el primer momento —dijo ella, jugueteando en mi pecho con sus dedos.

Acaricié su cabellera quemada por la tintura rubia y con el índice recorrí su espalda. Vibró como una cuerda y su respiración volvió a ser agitada.

—Tranquila —le dije—. Tenemos tiempo, mucho tiempo.

—Estoy loca, loquísima.

—Lo sé, y me gusta.

Uní sus labios a los míos y todo el juego comenzó de nuevo.

Más tarde, cuando el reloj se acercaba peligrosamente a las cuatro, recordé al abogado Sosa, y sin darle oportunidad de retenerme, me vestí.

—¿Qué hacés?

—Me esperan —contesté—. Algunos negocios no pueden esperar.

—¿No podés dejarlo para mañana? —preguntó haciendo un mohín.

Me puse la chaqueta y me acerqué a la puerta.

—Aún me debes una taza de té —le dije, agregando una sonrisa a mis palabras.

Después salí de la habitación y la dejé disfrutando la tibieza de las sábanas. En la calle añoré por unos instantes a mi viejo Lada, y anduve un par de cuadras antes de conseguir un taxi.

La oficina de Sosa quedaba en un antiguo edificio comercial. Para llegar a los ascensores se debía atravesar un amplio hall recubierto de mármol y mientras aguardaba a que uno de ellos se detuviera en el primer piso, observé a mi alrededor, sin descubrir a nadie que me hiciera pensar en algún tipo de actividad dentro del edificio. Cuando las puertas del ascensor se abrieron, salió de él una niña arrastrando una correa que terminaba en un perro negro y lanudo.

El hombre más aburrido del mundo manejaba el ascensor, y no tuve que recurrir a mucha imaginación para entender de dónde provenía su aburrimiento. El elevador era una caja roja, hermética, y salvo los rayados obscenos de sus paredes, no había nada con qué entretenerse.

Me preguntó el piso al que iba, y por unos segundos pensé que el quiltro de la niña aún no se alejaba.

—¿Piso? —volvió a preguntar el ascensorista.

—Siete, siempre y cuando no se desintegre con la altura.

Cuatrocientos chirridos más tarde abandoné el sarcófago con un suspiro de alivio y avancé por el pasillo de distribución hasta encontrar la oficina de Sosa. Empujé su puerta de entrada, y entonces la vi. Se parecía a la estampa dibujada en la caja del té de la abuelita, pero era real. La anciana dejó a un lado el tejido que ocupaba sus emociones, se ajustó las gafas y se dio un minuto exacto para convencerse de que no era Cary Grant el que había entrado.

—¿Señor? —preguntó cuando ya empezaba a dudar si era de carne y hueso, o sólo una estatua de palo.

—Deseo hablar con el abogado.

—¿Con don Eusebio Martín? ¿Concertó su cita?

—Llamé toda la tarde, pero el fono marcaba ocupado. Luego le recé a San Eugenio para que este boliche no estuviese atestado de clientes, y parece que el santo escuchó mis plegarias.

—Me desagradan sus modales, señor.

—No son buenos. Me crié en un reformatorio por culpa de una viejecita que tenía el cuello blando.

La mujer me escuchó pacientemente y siguió con su libreto.

—Sin cita previa es imposible que el doctor Sosa lo reciba.

—Dígale que vengo recomendado por Romera —insistí.

La secretaria estudió el brillo de mis ojos, mis puños apretados e hizo funcionar un intercomunicador.

—Lo buscan, don Eusebio. De parte del señor Romera —dijo.

—El señor Sosa lo recibirá —me dijo la señora, luego de escuchar la respuesta del amo.

—¿Ve que era fácil, abuelita? —repliqué, y sin quedarme a observar la cara que ponía la mujer, caminé hacia el estudio de Sosa.

El despacho era amplio, pulcro y con un ventanal que permitía ver algunos edificios vecinos, y el letrero publicitario de una aerolínea con la frase: «Tan fácil como recorrer el mundo». Las alfombras eran gruesas y los muebles finos. Se podía sobrevivir en un sitio así, con un trago en las manos, un par de lindas secretarias y un cajón lleno de oro. El único problema era Sosa.

—¿Qué sucede con Romera? —preguntó obviando el saludo. Su voz sonaba amable, pero algo en su mirada hacía pensar que el abogado era de los que no demoraban mucho en pasar de la calma a la ira más profunda.

Sostuve su mirada un instante. Era de mediana estatura, delgado, y estaría próximo a los sesenta años. Sus manos evidenciaban cierto temblor que disimulaba manteniéndolas cruzadas sobre el escritorio. Su rostro, salvo sus ojos oscuros y pequeños, no contenía vida. Las arrugas eran muchas y sus dientes amarillos.

Vestía un traje sencillo, algo gastado, y entre sus labios sostenía una boquilla blanca con un cigarrillo a medio consumir.

—Nombró a Romera, señor... —dijo, impaciente.

—Heredia.

La mención de mi nombre provocó una mueca de disgusto en el abogado. Sin que me lo ofreciera, tomé asiento en una silla frente a su escritorio. No le agradó, pero no dijo nada. Jugábamos al ajedrez y ninguno de los dos pensaba ceder posiciones.

Sosa decidió mover un peón inofensivo. De su chaqueta hizo aparecer una pitillera y abriéndola me ofreció un cigarrillo. Era un Marlboro y jugué con él entre mis dedos hasta que me dio fuego. Arrojé una bocanada de humo insolente, y Sosa optó por sacar un caballo al frente de sus líneas.

—No estaba en mis planes conocerlo —dijo.

—Ni en los míos, pero un pajarito me informó que usted había ordenado que me sacudieran el lomo. No es que lo tome a mal, pero creí oportuno pedir una explicación.

—¿Siempre es tan sutil, señor Heredia?

—Sobre todo cuando fumo cigarrillos caros y me siento en una silla que no podría comprar con mis ganancias de un mes. También cuando necesito contar hasta cien para dominarme y no romperle la cara a un tipo que por un par de chauchas quiere disponer de mi pellejo.

—Cuido mi negocio.

—¿Cuánto le pagó a Uriarte?

—Más de lo que merecía —dijo Sosa con displicencia, al tiempo que colocaba un nuevo cigarrillo en su boquilla.

—No siempre se gana. Hábleme de las razones.

—Mis negocios no los discuto con extraños.

—Sus cochinos negocios me tienen sin cuidado. Pero ellos se cruzaron en la vida

de una amiga. Alguien la asesinó, y pienso que usted sabe el nombre del responsable.

—Le aseguro que lo ignoro.

Sosa dejó a un lado su cigarrillo y sonrió.

—¿Sí? Me dirá lo que deseo saber —dije, mientras me ponía de pie con la intención de atenazar su garganta—. Usted no es más que un roñoso traficante al que los gusanos le estarán comiendo el hígado a la brevedad.

No llegué muy lejos, porque casi al instante la puerta del despacho se abrió, y entraron dos hombres disfrazados de gorilas, o viceversa. Ambos medían más de un metro ochenta y en sus manos sostenían juguetes peligrosos. Sosa me había dado un jaque peligroso.

—En mi escritorio tengo un timbre y me basta presionarlo para poner en acción a mis hombres —explicó el abogado.

—Su habilidad me conmueve —contesté.

—Nos demoramos en llegar porque estábamos atendiendo a Romera, jefe —dijo uno de los hombres. Hablaba con dificultad, como si masticara una bola de puré.

—La policía allanó su librería —explicó el otro matón—. Hubo líos, tiros, pero consiguió escapar.

—Procuremos que no lo pillen —dijo Sosa sin perder la calma, y como si se tratara de organizar una fiesta de cumpleaños, agregó—. Te encargarás de eso, Vicente.

El gorila gangoso hizo un gesto de asentimiento.

—Pero antes se ocuparan de nuestro amigo aquí presente —ordenó Sosa—. Merece conocer el Río de la Plata con detenimiento.

Uno de los matones se acercó y enterrándome su pistola en la espalda me hizo avanzar hacia la salida.

—Solo por curiosidad —dije dirigiéndome al abogado—. ¿Por qué envió a Uñarte?

—La curiosidad mata, señor Heredia.

—Los fierros de sus amigos, también. No veo el riesgo.

—Fue idea de Romera. Pensó que usted venía a buscar algo que nos robó Muleiro. Lo seguimos para conocer sus movimientos, y entremedio, dimos con Gastón. Nos contó muchas historias y desgraciadamente ninguna de ellas era muy convincente. Usted seguía husmeando y el resto lo podrá entender.

—¿Y quién mató a Laura Suárez?

—Ya le dije que lo ignoro, Heredia.

—¿Quién es su contacto en Santiago?

—¿Para qué quiere saber tantas cosas? Los muertos no tienen memoria —dijo Sosa, cargando sus palabras de ironía.

6

Al dejar el despacho, la anciana secretaria seguía tejiendo como si a su alrededor no hubiese volado una mosca. Los matones disimularon sus armas bajo las chaquetas y pasaron frente a la mujer con una amistosa sonrisa en los labios. Bajamos por la escalera de servicio, y ya en la calle, abordamos un destartado Opel del año setenta. El gangoso se puso al volante, y el otro se sentó a mi lado en la parte trasera del auto.

Como viaje de turismo no era caro, pero sí un poco incómodo. Mis captores no se habían molestado en revisarme y bajo la chaqueta la pistola acicateaba mis pensamientos. Repasé las posibilidades de sacarla con éxito, y concluí que no tenía ninguna. Al menor movimiento mi vigilante me llenaría de plomo caliente.

—¿Puedo fumar? —pregunté.

—¡Cuidado con las tretas! —advirtió mi acompañante.

—A nadie se le puede negar un último deseo —agregó el gangoso.

El cigarrillo duró lo mismo que el viaje, y al descender del auto reconocí uno de esos puentes metálicos que se abren en dos para permitir el paso de grandes embarcaciones. Se hallaba unido y al ser cruzado por algún vehículo se remecía con estruendo. Caminamos un par de cuadras hasta llegar a un embarcadero donde había un bote custodiado por un hombre de aspecto pobre y enfermizo.

—¡Llévanos a la otra orilla! —le ordenó uno de los matones.

El botero se puso a trabajar y al poco rato nos encontrábamos navegando sobre unas aguas recargadas de petróleo e inmundicias.

—¿Adónde me llevan? —pregunté.

—A la Isla Maciel —contestó el gangoso—. Es nuestro territorio y nadie sale de él sin que lo sepamos.

—Un lugar tranquilo para los retiros espirituales —dijo el botero, socarrón.

—¿Qué quiere decir? —interrogué, y ninguno de mis acompañantes se molestó en responder.

Llegamos a la orilla opuesta y me hicieron bajar. Estábamos lejos del edén. Lo que vi fueron algunas casas viejas, calles empolvadas, un boliche de menestras y un salón de billares empobrecido y sin clientes. Avanzamos por una calle de aspecto triste, y de inmediato le encontré sentido a la pregunta del botero. A lo largo de dos cuadras unas mujeres a medio vestir invitaban sin mucha ternura a sus posibles clientes.

—¡Pibes, aquí, vengan! —exclamó una de ellas—. Les chupo un huevo, o lo que quieran.

—¡Una chica amistosa! —comenté.

—Despachamos al bofe éste, y charlamos con las nenas —dijo el gangoso a su compinche, al tiempo que con sus manos le hacía un gesto obsceno a una de las mujeres.

—¡Acá, nenes! —oí gritar a otra de las prostitutas. Llevaba puesta una bata

entreabierta que dejaba ver su piel desnuda. Sus manos se deslizaron por su cuerpo en una atrevida invitación que concluyó con una suave caricia a los vellos que cubrían su sexo. Los matones quedaron boquiabiertos y comprendí que había llegado mi oportunidad de actuar.

Di un paso en dirección al gangoso y lo golpeé duro algunos centímetros más abajo de la panza. Gimió como gato escaldado y cuando apoyó una rodilla en tierra, uno de mis zapatos impactó en su mentón. Se fue de espalda y ya no se quejó. El otro hombre trató de reaccionar, pero tenía pegada en la retina el cuerpo desnudo de la mujer. Mi pistola dio en su sien izquierda, tambaleó y se fue contra una pared, aturdido.

Corrí algunos metros y me di vuelta a mirar. El gangoso seguía en el suelo y una de las prostitutas lo auxiliaba. Su compañero, repuesto, se lanzaba en mi persecución. Volví a correr por pasajes que tenían en común la miseria de sus casas y la presencia de mujeres amables. Al doblar en una esquina oí un estampido. Miré atrás, y vi al matón que me apuntaba con un arma en las manos.

Avancé hasta el embarcadero y reconocí al bote en mitad de su travesía de regreso a la orilla opuesta. A la distancia divisé el puente metálico y continué mi fuga en su dirección. Escuché un estampido más, y los sumé. Iban tres.

La carrera y el ascenso al puente me agotaron. Me costaba respirar y el pecho me dolía endemoniadamente. Los kilos de mí buzarda me pesaban igual que ladrillos, y al cabo de unos minutos el matón que me perseguía consiguió posar una de sus garras sobre uno de mis hombros. Intentó golpearme con su pistola, y lo esquivé, reclinando mi cuerpo hacia un costado. Reuní aire, y calcé un golpe en su barbilla de bisonte. Su pistola rodó por el suelo y aproveché la ventaja obtenida para seguir escalando los peldaños que conducían a la plataforma del puente. Era similar a subir un cerro cargando bolsas de concreto. La escalera se componía de varios niveles, y al arribar al tercero, me dejé caer sobre los escalones, extenuado. Una mujer que venía bajando pasó a mi lado sin decir nada, y el sonido de sus botines se confundió con los de mi perseguidor. Me reincorporé a duras penas, y volví a correr.

Al llegar a la plataforma disminuí la carrera y de inmediato sentí un golpe fuerte en la espalda. Giré, lo suficiente como para presentar un ángulo ideal al puño del matón, y mi nariz fue a dar contra una de las vigas aceradas del puente. Por algunos segundos contemplé la antesala del infierno. Un zapato se estrelló en mis costillas y un par de garras se aferraron a mi cuello obligándome a ponerme de pie. Abrí los ojos. La cara congestionada del matón era más fea que pegarle a una madre. Junté saliva y lo escupí a los ojos. No fue una jugada honorable, pero me permitió ganar segundos y pasar a la ofensiva. Recordé a Carlitos Monzón, y castigué con furia sus orejas. El hombre retrocedió unos pasos. Intentó defenderse, pero la persecución también había afectado sus reflejos. Apunté a su boca y lancé un golpe. Un colmillo desgarrado quedó colgando de los labios de mi rival, y éste retrocedió hasta apoyarse en la baranda del puente. Lanzó un puñetazo débil, y repetí mi castigo hasta que lo vi

perder el equilibrio y caer en las aguas turbias del río. Contemplé sus esfuerzos por mantenerse a flote, y enseguida busqué la salida del puente.

7

Las sombras hacían de las suyas cuando dejé atrás la Isla Maciel. Abordé el primer bus que pasó por mi lado y como en otras oportunidades, descendí en la calle Corrientes. Mi aspecto no llamó la atención de nadie. Frente a un bar me limpié la sangre que me escurría por la nariz y, luego de pensarlo tres veces, entré al boliche para poner fin a mis tontas promesas.

—Regresan los buenos tiempos —dije.

Pedí una ginebra y la bebí de un solo trago.

—Necesitaba una copa —pensé.

—¿Qué tal otra? —me pregunté un rato más tarde.

—Y otra y otra y otra.

Estaba cansado y mi ángel de la guarda se encontraba de vacaciones. Una situación ideal para permitirme algunas licencias.

8

Un trago anima, dos son un tónico y tres, la felicidad. Me di cuatro, y llamé por teléfono al comisario Morón para contarle lo sucedido en el puente y lo averiguado con relación al abogado Eusebio Sosa.

—Vos y yo debemos hablar —dijo cuando acabé con el relato.

—Primero atrape a Sosa, y luego me ubica en el hotel. Estaré empacando para regresar a Santiago.

—Calma, Heredia. Vos y yo tenemos que hablar —insistió.

—Ha sido un viaje inútil. Muleiro está muerto y los demás personajes no

interesan en mi comedia.

—Tengo algo bueno para vos.

—¿Qué más puedo hacer? —me pregunté sin oír a Morón—. Mi traje da asco y mi cara mejor ni mencionarla.

9

Deseaba estar solo, desconectarme como una máquina y quedar olvidado en un desván. Mi viaje a Buenos Aires era un fracaso. Los responsables de la muerte de Laura Suárez no eran una tropa de aficionados, y yo, torpemente, había salido a sus calles con la misma lógica que acostumbraba a usar con los maridos que castigaban más de la cuenta a sus mujeres, o al buscavidas atrasado en el pago de una deuda.

Mi rostro ardía por el efecto de los golpes. Recordé que en mi chaqueta estaba la botella de ginebra que comprara antes de entrar al hotel, y me entretuve con ella viendo la luz que se filtraba en su interior. Luego me di un trago largo y aguardé a que el licor hiciera su trabajo.

Desperté a la mañana siguiente con la sensación de haber sido arrollado por una aplanadora. Quise detectar el punto en que el dolor era más intenso, pero no hubo vencedor en esa contienda. Enseguida golpearon a la puerta y vi entrar a Ester. Venía furiosa porque no había pasado la noche en su pieza, pero al descubrir mi rostro magullado, a duras penas consiguió reprimir un grito.

—¿Dios mío? ¿Qué te ocurrió, querido? —preguntó.

—Nada que no cure el tiempo.

—No te movás. Traeré algo para sanarte.

—¡Deja! No es necesario.

—¡Señor, qué genio! ¡Solo quería ayudar!

—Disculpa. Mis ideas aún no brillan con luces propias.

Ester me dejó otra vez solo. Hice un esfuerzo y conseguí incorporarme. De la mesa tomé un espejo y me observé en él. Arriba de la ceja izquierda tenía un moretón y en el párpado un corte. El pómulos derecho estaba hinchado y una herida aún sin cicatrizar dividía mi labio inferior. Volví a la cama antes que regresara Ester con el desayuno. Tras ella venía Nieto sin asimilar aún la historia de horror que con seguridad le había contado la rubia.

—¡Carajo! —exclamó—. ¿Te arrolló un camión?

—¡Casi!

—Sírvete —dijo Ester, mostrando la bandeja del desayuno.

—¿Ves, Nieto? A nadie le falta Dios —comenté.

—Veo, pero aún no cuentas lo que te pasó —dijo Nieto.

—Me metí en una ratonera, y cuando me di cuenta, un par de matones me llevaban a pasear. No tuve otra alternativa que jugar a las trompadas.

—¿Por qué? —preguntó Ester.

—Explicártelo sería largo y ya no tiene sentido.

Ester miró a Nieto y se encogió de hombros. El vendedor de seguros se sentó en la cama y alzó sus brazos en un gesto de no entender nada.

—¿Puedo ayudar en algo? —volvió a preguntar Ester.

—En mi bolsón tengo un pantalón y una camisa limpia. Si me lo pasas intentaré recomponer mi aspecto.

Ella hizo lo que le pedí y luego, afirmándome en uno de sus brazos me encaminé al baño. Junto a la entrada me detuve, la abracé y puse un beso en sus labios.

—Gracias —le dije.

10

De regreso del baño encontré a Morón en mi pieza. Lo acompañaban dos de sus hombres y su semblante mostraba un indesmentible aire de felicidad.

—¡Vaya, chileno! ¡Parece que te cascaron fuerte! —dijo examinando mi cara.

—No es la primera vez que recibo golpes.

—Mejor, porque necesito tu declaración. Con tus datos conseguimos atrapar a Sosa. Pensaba huir al Brasil cargando un bulto de pasta. Lo hicimos hablar y ahora estamos en condiciones de romper una importante red de narcotráfico.

—Me alegro que su negocio prospere, comisario —le dije sin mayor entusiasmo, y me dispuse a seguirlo hasta su despacho.

La ceremonia en la unidad policial fue breve y sencilla. Repetí mi historia a una taquígrafa, y al rato después me pasaron una copia mecanografiada que firmé sin preocuparme de sus faltas ortográficas.

—¿Ahora puedo irme? —pregunté a Morón—. Ya me cansé de dar palos de ciego.

—Te tengo una sorpresa —dijo el comisario, al tiempo que me pasaba un papel con algo escrito en él.

—¿De qué se trata?

—Son los contactos de Sosa en Santiago. Uno de ellos debe ser el asesino de tu amiga.

Atilio Cañadas, Federico Arraño y Andrés Garcimuñoz eran los nombres. Doblé el papel y lo guardé en uno de los bolsillos de mis pantalones.

—Gracias —dije—. Al menos no regresaré con las manos vacías.

—Una mano lava a la otra —filosofó el policía.

—Eso dicen. Ahora es tiempo que me despida. Me voy mañana y quisiera ver algunas cosas sobre las cuales mis amigos me harán preguntas. Turismo, comisario.

—¡No se diga más! Tenés un vehículo de la unidad a tu disposición —dijo Morón, y luego de llamar a un subalterno de apellido Ascali, agregó—: Lleve a nuestro amigo a los lugares que él indique.

11

Ascali tenía una lengua inquieta y le bastó saber que me interesaba recorrer algunos lugares de la ciudad para posesionarse de su papel de guía.

—¿Hasta cuándo te quedás? —preguntó.

—Me voy mañana en la noche.

—Correcto. ¿Qué te parece empezar por La Boca?

—Primero desearía comprar una chaqueta. La que traía se hizo pedazos en la refriega de la Isla Maciel.

—El comisario me contó los detalles. Buena polenta te gastás para haber trompeado a esos tipos. Cuando detuvimos a Sosa, tuvimos que dar batalla.

—Aún no sé quién salió más estropeado.

Ascali condujo el auto por algunas calles comerciales y luego de doblar en una esquina, se detuvo frente a una tienda.

—Estamos en el Barrio del Once —dijo invitándome a bajar del auto—. Si no encontrás algo de tu agrado, quiere decir que no existe.

Una hora más tarde regresé al auto con una chaqueta de cuero y algunos regalos para Andrea; y por la noche, cuando Ascali me dejó frente al hotel, había visto tantas cosas de la ciudad que me costaba retener las imágenes. El dolor se alejaba lentamente de mi cuerpo, y del encontrón con los matones, solo me quedaban moretones en el rostro y un parche blanco sobre la ceja herida.

—Te paso a buscar a media mañana —dijo Ascali al despedirse.

Apenas entré al hotel salió a recibirme Ester. Llevaba un vestido de jersey que se

adhería sugerente a su cuerpo, y el deseo le brotaba por todos los poros.

—¿Dónde andabas? —preguntó, elevando la voz más allá de lo soportable.

—Me dediqué al turismo.

—¡Turismo! Y el pobre Nieto agarrándose la cabeza toda la tarde, pensando que de nuevo andabas en líos. Ve a mi cuarto y lo saludás.

La obedecí como el niño que no se ha tomado la sopa y pretende que su madre le pase dinero para la matinée.

—¿Dónde te metiste? —preguntó Nieto al verme entrar.

—¡Paseaba! —intervino Ester—. ¡El señor paseaba!

—¿Y por qué no avisaste? —insistió Nieto, algo molesto.

—Morón me ofreció un vehículo y antes de pensarlo dos veces me encontré recorriendo la ciudad.

—¡Mañana saldremos a recorrer juntos! —exclamó Nieto, conformándose con mi explicación.

—Lo siento, ya no hay tiempo. Mañana me marcho.

—¿Qué? —preguntó mi amigo, sorprendido.

—¿Así, llegas y te vas? —preguntó a su vez Ester, tomándose de uno de mis brazos.

—Se acabó el trabajo en Buenos Aires.

—Podés quedarte unos días más —agregó Ester—. Por el pago del hotel no te preocupes.

—Lo siento, tengo algunos asuntos pendientes en Santiago.

Nieto y Ester se miraron sin insistir.

12

El cielo estaba cubierto de nubes cuando pasamos frente a la Casa Rosada en dirección al aeropuerto. Ascali conducía en silencio, y en el asiento trasero del auto, Nieto fumaba un cigarrillo que acababa de encender.

—Escribe —había dicho Ester al despedimos en el hotel. Eso y nada más.

Demoramos cerca de una hora en llegar a Ezeiza, y en el trayecto la lluvia comenzó a caer con furia. Arreglé mi boleto de viaje en el mesón de la línea aérea y con las últimas monedas que me quedaban en los bolsillos invité a tomar café a mis acompañantes.

Ascali se lo bebió rápido y enseguida se despidió.

—El comisario me encargó agradecerle su ayuda —dijo—. Quiere que le comunique las novedades del caso que investiga. Bastará con una llamada telefónica o una carta.

Estreché su mano y lo vi perderse entre la gente que transitaba por el salón del aeropuerto.

—Buen tipo —le comenté a Nieto—. Lástima que sea policía.

—¿Y a propósito de policía? ¿En qué va tu asunto? —preguntó mi amigo.

—Tan turbio como cuando llegué a Buenos Aires. Pero, así son las cosas y no se gana mucho con quejarse.

—La que se va a quejar es la rubia Ester. Te tenía el molde listo en su cama.

—Se le pasará. Es una mujer inteligente y sabe muy bien que una golondrina no hace verano.

El llamado a embarcar al avión cortó nuestro diálogo. Nos despedimos con un abrazo y me encaminé a las dependencias de la policía internacional.

Más tarde el avión se deslizó lentamente por la loza del aeropuerto. La lluvia rebotaba en sus alerones y los pasajeros se miraban unos a otros con cierto temor. Finalmente, el avión elevó su nariz entumecida, chirriaron sus ruedas y remontó el aire con aquella magia que nunca terminaré de explicarme.

—¿Llueve igual en Santiago? —me preguntó un gringo que me había tocado de acompañante.

—Solo en Navidad —le contesté, al mismo tiempo que presionaba el timbre para llamar a la azafata y pedirle un whisky doble con hielo.

—¿Doble con hielo? —preguntó, dudosa.

—Y rápido, por favor. El viaje es corto.

CINCO

1

Desde lejos me despertó el sonido de un timbre. Un ruido endemoniado que se abrió paso a través de mis oídos hasta llegar a mi conciencia adormecida. Había dormido catorce o quince horas y aún no tenía una idea precisa del regreso. El timbre insistió. Venía del teléfono, y a regañadientes me levanté a contestar el llamado.

—¿Quién? —pregunté malhumorado.

—Tu dulce ángel de la guarda —escuché decir a Dagoberto Solís.

—¿No tienes nada mejor que hacer?

—Llevo probando varios días con el teléfono.

—¿Sí? ¿Desde cuándo tanto amor?

—Desde que me llamó el policía argentino. ¿Morón?

—Morón. Un buen tipo. Al principio deseaba colgarme de los pulgares, pero después nos hicimos amigos. Hasta dispuso un auto para llevarme al aeropuerto.

—¡Fanfarrón!

—Allá tú si me crees o no. Tengo varias cosas que contarte.

—¿Cuándo?

—Mañana al mediodía. Paso a buscarte a tu oficina.

Solís murmuró algo más y luego nos despedimos. Apenas colgué el fono, éste volvió a sonar, y desde el otro lado de la línea llegó la voz suave de una niña.

—¿Es usted señor Heredia? —preguntó.

—El mismo. ¿Con quién hablo?

—Soy Paulina. ¿No se acuerda de mí?

—¡Por cierto que sí! Ocurre que soy un poco duro de orejas y por teléfono todas las voces me parecen iguales.

Oí la risa de Paulina. Breve, pero real.

—¿Cómo estás? —le pregunté.

—Triste —dijo casi susurrando, y luego, alzando la voz agregó—. Recibí su muñeca y por eso lo llamo. Es muy linda y le puse Laura, como...

—Como tu madre —interrumpí—. Me parece muy bien.

—¿Vendrá a visitarme? Estoy de vacaciones y me aburro. Además no tengo ganas de jugar con mis amigos. Ellos me molestan. Me hacen preguntas sobre mi madre y

eso me da mucha pena.

Su pregunta sonó como un ruego imposible de soslayar.

—Haremos algo mejor. Si tu nana lo autoriza te vendrás el viernes para mi casa. Pasaremos el fin de semana juntos. Visitaremos el parque de juegos, comeremos algodón dulce y te presentaré a una amiga.

—¿De verdad? ¿Todo eso?

—¡Y más si tenemos tiempo!

—¿Esa amiga, es su novia?

—Bueno, podemos llamarla así.

—¿Bonita?

—Mucho.

—¡Qué bueno! Voy a ir el viernes, se lo aseguro. Y ahora voy a dejar de hablar, porque si me pilla alguna de las hermanas me va a retar.

—Trata de no estar triste. Ahora yo soy tu amigo.

—¿Y me dejará ayudarlo en algún caso?

—¡Veremos!

Terminamos la conversación y antes que pusiera el fono en su sitio, oí otro timbre. Esta vez era el de la puerta. Me apresuré en abrir y al hacerlo me encontré con Andrea. Tierna y risueña se arrojó en mis brazos, y la contuve con un beso largo, eterno como los días de mi ausencia. Alimentamos el deseo de otros besos, y cuando se convirtieron en una hoguera, hicimos el amor, alegres, desesperados, como si el fin del mundo hubiese sido cosa de segundos.

—¿Me extrañaste? —preguntó más tarde.

—Mucho. Cada hora, cada día.

Era una horrible mentira, pero a ella le agradó.

—¿No me engañaste con nadie?

—¡Jamás!

Mentir era lo más apropiado. Con una pregunta como esa la verdad no servía de gran cosa. Y ella deseaba esa mentira, porque a una mujer es más fácil mentirle una vez que darle explicaciones toda la vida.

Andrea se acurrucó en mis brazos y me besó.

—Anteayer me llevé a Simenon —dijo.

—¡Diantres! ¡Me había olvidado de él!

—Se le cerró la ventana de la cocina y no podía salir a sus correrías. El pobrecito estaba como loco.

—No me lo perdonará jamás. Tendré que comprarle una docena de latas de ese alimento para gatos inteligentes que tanto le gusta.

—A veces pienso que ese gato va a terminar por comerte el poco seso que te queda —dijo Andrea.

—¿Celos? —pregunté atrayéndola más a mi lado.

2

—Tendré visita el fin de semana —dije mientras Andrea preparaba café en la cocina.

—¿Sí? ¿Quién?

—Paulina, la hija de Laura Suárez. Creo que te hablé de ella. Hoy me llamó por teléfono y se me ocurrió invitarla. Cambiar de aire le hará bien.

—¿Qué harás con ella? No te veo jugando con muñecas.

—¡Cuento con tu ayuda!

—¿En qué has pensado?

—Llevarla al boxeo, a la hípica y a mi bar favorito.

—¡Qué loco estás, Heredia!

Reímos e hicimos planes para la niña. Era una noche feliz.

—¿Cómo va lo de su madre? —preguntó Andrea.

Estábamos sentados en el living y escuchábamos una cinta de Lester Young que se confundía a ratos con el murmullo soterrano de la noche.

—De Buenos Aires traje tres nombres y un saco grande de dudas.

—¿Nombres?

—Uno es el tal Cañadas. Los otros, son unos sujetos llamados Arraño y Garcimuñoz.

—¿Arraño? No es un apellido común.

—No lo es, pero existe.

—¿Recuerdas a mi amiga Rosita?

—¿La del cabaré «Medianoche»?

—Ella. Una noche llegó a mi departamento. Venía mal, porque había tenido problemas con el dueño del negocio en que trabajaba en ese tiempo. Un cliente ebrio la había golpeado y el jefe, en vez de protegerla, la retó. El tipo era un detective o algo parecido, y se llamaba Arraño. Según Rosita era un cliente habitual.

—Es una buena historia. ¿Cuál era ese cabaré?

—«Capricho». Queda en Diez de Julio.

—Presiento que puede ser algo bueno. Tú no lo entiendes, pero yo soy jugador. Es algo que irradia, que te hace palpar antes de conocer la carta que te han dado.

—Es solo un nombre coincidente.

—No importa, es igual que en la hípica. Estudias y reestudias el programa y cuando llegas a la pista ves de pronto un número, un color, un nombre, y todo lo anterior se te borra de la mente. Juegas y es el gran golpe. Mañana le daré un vistazo a ese lugar.

—Y yo traeré a Simenon de vuelta.

3

Simenon no se interesó por mis problemas. Como buen gato gordo y maniático, concentró su atención en la caja de sardinas que abrí para celebrar su regreso. Comió con apetito, lavó sus bigotes y se durmió sin decir nada, dispuesto a soñar con ratas escabechadas o la suave cola de la gatita Carlota. Después de traer a Simenon, Andrea había vuelto a salir en plan de compras, por lo cual el tiempo que disponía hasta el almuerzo con Solís era largo, y lo aproveché en revisar las cosas de la oficina. Mis libros con recortes amarillos plenos de recuerdos, fotos de otras épocas mejores, y una botella de brandy escondida tras las obras completas de Charles Dickens. Era una buena mañana para reír frente al espejo, cantar un tango a media voz, y creer en que el cartero podía llegar con noticias amables e inesperadas.

Hice un poco de todo aquello hasta que el reloj me hizo saber que era tiempo de tomar mi chaqueta nueva y salir en busca de Dagoberto Solís, a quien encontré en su oficina, revisando las páginas amarillas de la guía telefónica y con una inconfundible mueca de hastío en su rostro. Apenas lo saludé me di cuenta de la elegancia de su vestuario. Elegancia de policía que compra su ropa a crédito sin importarle la calidad de la tela ni la caída exacta de los hombros o las mangas. Vestía como para asistir a un bautizo, un casamiento o el funeral de su abuela. Daba lo mismo, con seguridad usaría el mismo terno en cualesquiera de esas ocasiones. El traje era de color marengo con vetas de un color más pálido, y del bolsillo superior de la chaqueta salía un pañuelo de seda marrón del mismo tono de la corbata.

—¡Qué bonito! —dije admirando su atuendo—. ¿Iremos a un restaurante de cinco tenedores?

—¡No te burles! Bien sabes que las pilchas no me trastornan.

—¿Te subieron el sueldo?

—Debo dar una charla en un liceo para explicar las características y algunas experiencias de nuestro trabajo.

—Dirás lo buenos chicos que son. De cómo besan a sus madres cada mañana y salen a la calle llenos de vitalidad para hacer cumplir la ley.

—¡Deja de festinar y pongámonos en camino! —dijo Solís y nos dirigimos a un restaurante próximo a su lugar de trabajo, donde apenas nos sentamos, inició su interrogatorio acerca de mi viaje a Buenos Aires.

—El tiempo se fue volando y no conocí nada de la ciudad —le dije, evadiendo el tema de fondo.

—¡A quién le interesa tu turismo! —exclamó—. ¡Vamos al hueso! ¿Cómo te fue con Muleiro?

—Está muerto.

—¿Tú lo mataste?

—Cuando lo hallé ya estaba frío y verduoso.

—¿Y después?

—Nada.

Solís hizo un movimiento brusco con una de sus manos y ensució con una gota de caldo su chaqueta. Lo vi revolverse en la silla y entendí que debía contarle la historia completa. El caso de Laura lo atoraba igual que una desmedida mascada de pavo.

—Seguí las huellas de Muleiro —agregué—. Y cuando estaba por atraparlo, alguien se me adelantó. En su casa encontré a los policías encabezados por Morón, el comisario argentino que te llamó.

—Aún no dices nada que yo no sepa.

—La historia se aclaró en parte. Muleiro utilizó a su mujer para contrabandear cocaína desde Buenos Aires y dólares de vuelta. Quiso quedarse con una parte del botín. Lo concreto es que la policía desbarató una red de traficantes conectados con el cartel de Medellín. Atraparon a un tal Romera y al financista del grupo, un abogado de apellido Sosa.

—¿Y quién mató a Muleiro?

—Se supone que Romera.

—¿Y a la azafata, por qué la asesinaron?

—Creyeron que tenía guardado el robo de su marido. No sé quién ni cómo, pero unieron hilos hasta llegar a ella.

—¿No fue Muleiro?

—Claro que no, él estaba en Buenos Aires.

—¿Entonces?

—Es el turno de las novedades —dije haciendo una pausa para encender un cigarrillo—. La red de contrabando tiene su contraparte en Santiago. Morón hizo cantar a Sosa y consiguió algunos nombres. Uno de ellos debe ser el asesino de Laura.

—¿Qué nombres?

—Cañadas, nuestro conocido. El otro es Federico Arraño —dije, obviando el nombre de Garcimuñoz.

—¿Quién es ese?

—Lo ignoro.

—¿Seguro? ¿No te guardas algo para salir a corretear por tu cuenta?

—Es la verdad.

Dagoberto tomó un fósforo y se rascó una muela con fuerza.

—Confirmaré tus datos con Buenos Aires y enseguida pondré cadenas a ese Cañadas —dijo Solís.

—Quisiera participar. Él puede ser el asesino que busco.

—¡Olvídalo! Lo que haya que descubrir es asunto mío.

Fui a visitar a Javier Ferrada y lo encontré en su cuchitril, rodeado de humo de cigarrillos y libros en desorden. Tuve la impresión que se sorprendía al verme, pero no le hice ningún comentario. Me senté junto a su mesa de trabajo y mis ojos se clavaron en una botella de whisky.

—Para ser un poeta pobre, bebes buenos tragos —le dije apuntando la botella.

—Es un regalo. Si quieres sírvete una copa. Para mí aún es muy temprano.

La idea no era mala. El whisky tampoco.

—No hay hora especial para un buen whisky —comenté—. Todas sirven por igual.

—Lo tendré en cuenta —dijo Ferrada con menosprecio.

—Vine a contarte el fin de Muleiro —dije de pronto.

—¿El fin? —preguntó sin mayor sorpresa—. ¿Quieres decir que ésta muerto?

—¡Qué rápido eres para entender!

El rostro de Ferrada era de yeso. Podía haber odiado mucho a Muleiro, o tal vez ya estaba al tanto de su muerte. Las dos posibilidades eran buenas, aunque preferí pensar en la primera. Le pregunté si deseaba conocer los detalles, y no me respondió. Dio unos pasos por la pieza, se rascó la cabeza y terminó por sentarse encima de la cama.

—¿Y Laura? —preguntó luego de un rato.

—Cañadas tiene la respuesta.

—Eso lo sabíamos antes de tu viaje —dijo, y se incorporó de la cama para apoderarse de la botella con cierta ansiedad.

—¡Aprendes rápido!

Bebió un trago y mantuvo los ojos cerrados durante un momento. El alcohol le dolía en lo más profundo, y mientras él se recuperaba, repetí mi dosis inicial.

—¿Se acabó todo? —preguntó.

—Si arrestan a Cañadas es posible que se aclaren los hechos —dije y me encaminé hacia la puerta con la intención de retirarme.

—¡Salgo contigo! —se apresuró en decir el poeta.

Mientras bajábamos hacia la calle le pregunté si había visitado a Paulina en mi ausencia.

—La llamé ayer por teléfono. Está más tranquila y con sus ideas fijadas en la Navidad.

—¿Navidad?

—¿No ves nunca el calendario? Faltan tres días.

—Entonces eran reales las campanadas que oía en mi cabeza. Pensé que eran ilusiones. Debe ser que estoy viejo para creer en Santa Claus, y tampoco tengo a quién engañar con él.

—¡A Paulina!

—¿Paulina?

—Me contó que la habías invitado a tu casa, y tiene planes de pasar la Nochebuena contigo. No podrás defraudarla.

—No, pero...

—La Nana Ricarda piensa que es bueno que salga del internado, y además me dice que Paulina no hace otra cosa que hablar de tu invitación y de la muñeca que le regalaste.

—¡En qué líos me meto! Yo...

—Espera llegar a tu casa para contarte sus planes.

—Compraré el mejor pan de pascua, el chocolate más dulce y el pino más grande que nunca nadie haya visto.

Ferrada guardó silencio hasta que llegamos a una cabina de teléfono. Nos despedimos, regresé a la oficina y ya en ella, no pude pensar en otra cosa que no fuera la Navidad. Por la noche apareció Andrea en plan de preparar una buena cena. La observé trabajar en la cocina y cuando estuvimos frente a frente, solo separados por dos gruesos filetes y una botella de vino, le conté las ideas de Paulina y las mías.

La carne estaba tierna y jugosa. Los cuchillos hicieron un trabajo rápido, y luego me senté en mi sillón favorito a beber café. Andrea se sentó a mi lado y le dejé que jugueteara con mis orejas un momento.

—¿Por qué quieres estar con esa niña? —preguntó.

—Simplemente quiero hacerlo, eso es todo. Quizá me sienta solo, o piense en esas navidades que me faltaron cuando niño. ¿No lo sé? Me pongo viejo, y las cosas a mi alrededor siguen sin gustarme.

—¿Y también está lo de su madre?

—¡Seguro!

—¿Te acordaste de mi amiga Rosita?

5

A Rosita no la olvidé. Pero, sí la promesa que hiciera a Dagoberto Solís de apartarme de Cañadas y su red de narcotraficantes. Al despertar por la mañana sentí la angustia de perder mi tiempo, mientras en algún punto de la ciudad Cañadas tenía las respuestas que andaba buscando. Dejé a Andrea en la cama y salí a la calle. La ciudad se encontraba en esa hora en que aparentemente no sucede nada y las calles empiezan a ser invadidas por la gente que concurre a sus labores. En el aire se

adivinaba la llegada del verano y era difícil vencer la tentación de quedarse en un boliche, acompañado de una cerveza helada y con un largo tiempo ocioso para observar la vida sin ánimo de intervenir en ella.

Sin embargo, la tentación no pudo conmigo esa mañana. Por Solís estaba enterado que la policía contaba con una oficina de personal que, entre otras cosas, se encargaba de llevar un registro de los funcionarios. El mismo Solís había dicho que Cañadas formaba parte de su servicio, aunque destinado transitoriamente a un organismo de seguridad, y supuse que con una buena historia conseguiría información acerca de su domicilio. Con esa idea en mente me dirigí a la oficina de personal, y lo primero que vi al llegar fue a un hombre que custodiaba la entrada del edificio con una metralleta colgada de uno de sus hombros. Le expliqué a dónde iba y después de exigirme la identificación me permitió seguir el camino. Ya en la oficina, me acerqué al mesón que limitaba el acceso del público y aguardé hasta que un funcionario con ganas de hacer bien su trabajo se acercó a atenderme.

—Necesito la dirección de un funcionario —le dije—. Vengo del sur y alguna vez él me dijo que podría averiguar su domicilio en esta oficina.

El funcionario policial evaluó mi cuento unos segundos.

—Es mi primo —precisé.

—¿No sabe la dirección de su pariente?

—La tenía, pero se cambió de casa.

—¿Cómo se llama su primo?

—Cañadas. Atilio Cañadas.

Media hora más tarde estaba frente a la casa de Cañadas, con un ojo puesto en su puerta y otro en el programa hípico del diario que comprara al salir de la oficina policial. Para asegurarme que a Cañadas lo iba a encontrar había llamado por teléfono, y cuando la mujer que me atendiera dijo que esperara porque lo iba a buscar, colgué el fono sin importarme los pajaritos que pudiesen pitear en la cabeza del polizone.

Espiar no es un trabajo que me trastorne de alegría. Menos, seguir a alguien que tiene un itinerario caprichoso e interminable. Llevaba estudiadas cinco carreras cuando vi salir a Cañadas de su casa. Vestía deportivamente, con pantalones de lino blanco invierno, una polera verde y mocasines de idéntico color. En una de sus manos portaba una campera de cuero, y en la otra, una cartera para documentos. Pasó cerca de mi auto sin molestarse en mirar hacia su interior, y yo detuve mi atención en el lunar carnoso que afeaba su cara.

Mi trabajo duró poco. Cañadas puso en movimiento su vehículo, y luego de unos minutos se detuvo en una bencinera. Enseguida enfiló hacia el centro de la ciudad, utilizando las avenidas Providencia y Cardenal Caro. Aparcó cerca de la Plaza de Armas, y a paso seguro entró al Correo Central para revisar una casilla postal sin sacar nada de su interior. Luego, caminó por el Paseo Ahumada hasta llegar al Café Haití, donde pidió un capuchino sin apartar la mirada del trasero tentador de una de

las muchachas que atendían. Al poco rato, se le acercó un hombre que le habló brevemente al oído, y lo que fuera que le dijo, tuvo en Cañadas el efecto de una aguja clavada en un ojo. Dejó a medias su café y salió nuevamente a la calle. Conseguí seguirlo hasta la esquina de las calles Huérfanos con Estado, y allí lo perdí de vista.

Asumí mi fracaso y regresé al departamento. Andrea se había ido y Simenon ronroneaba encima de un sillón. Lo tomé en mis brazos y le hice algunas caricias que correspondió pasando sus patas delanteras por mi nariz.

—¿Cómo lo haces para no aburrirte? —pregunté.

—¿Verdad que para nadie es fácil? —insistí sin obtener respuesta una vez más.

6

Descubrir a un criminal siempre requiere una dosis de suerte; y la suerte, la mayoría de las veces, tiene una conducta criminal. Uno juega el boleto premiado de la lotería, y lo pierde. Se apuesta al caballo más fijo de la tarde, y el cuadrúpedo se manca cien metros antes del ojo mágico. Sucede que uno llega a su casa, conversa con el gato, bebe unas copas, lo atrapa el sueño, y luego de unas horas te despierta un amigo para decirte que escuches las noticias de la radio, porque el mundo, tu mundo, acaba de sufrir un vuelco.

Lo anterior lo pensé después de recibir la llamada de Dagoberto Solís. Los hechos eran simples. Había ocurrido un atentado en contra de un agente del servicio de seguridad del Ejército. Una encerrona a media tarde que terminó con Cañadas ametrallado al salir de su oficina. El resto de las noticias eran supuestos y la retórica misteriosa de costumbre.

Una vez que escuché la noticia llamé a Solís con la intención de conocer su versión de lo sucedido. No sabía más de lo que escuchara en la radio y en su voz se reproducía mi propio desencanto.

—Se nos adelantaron por cuestión de horas —dijo—. Había informado a mis superiores lo del tráfico de drogas. El asunto se estudió y me habían dado orden de apresarlo. Su muerte fue como un tortazo en la nariz.

—¿Quién más sabía lo de Cañadas?

—Supongo que no mucha gente.

—¿Y qué se dice ahora?

—Hay instrucciones de tratarlo como un caso de terrorismo selectivo, de venganza política por las actividades de seguridad que realizaba Cañadas.

—¡Un héroe!

—Cañadas no era un tipo público, y por eso me cuesta tragarme el cuento. Además, justo el atentado se produce cuando se le va a detener. Si me apuras un poco diría que su muerte se relaciona con el asunto del contrabando. Algún pez gordo se sintió atacado y decidió cortar la única cabeza visible. El problema es saber quién está tras la balacera.

—Te lo podría decir, pero no probar. El trabajo sucio de Cañadas no era un misterio para nadie. Tú sabes que hay algo más.

—Es más cómodo hablar de terrorismo. Da dividendos políticos y se evita remover la mugre que hay dentro de la casa. Son los tiempos que corren y las reglas no son un invento mío.

—¡Diablos, Solís! ¡Debes ser el último policía honesto de la ciudad!

—Hay otros, Heredia.

—Una especie condenada a la extinción.

—¡Puedes ahorrarte tus comentarios!

—Debemos escarbar, Dagoberto. Siempre quedan huellas.

—No cuentes conmigo, ya no es mi caso. Se lo dieron a otra gente y sin algo concreto entre las manos, no puedo cruzarme en el camino. Conoces las reglas. Lo hemos discutido tantas veces.

—¡Demasiadas!

—¿Qué piensas hacer?

—Tal vez jubilar o beber hasta que la divina providencia me ilumine.

—Hablo en serio, Heredia.

—Siempre se encuentra alguien a quien hacerle una pregunta.

—Debes tener cuidado.

—Soy un jugador y creo en la suerte.

Era una buena frase para terminar la conversación, pero no para salir a la calle lleno de optimismo. No existe un supermercado ni botica donde vendan suerte. Eso lo sabía muy bien.

7

El «Capricho» era un alicaído sobreviviente de la bohemia santiaguina. Una ratonera pringosa, en la que no era aconsejable pedir más de tres tragos seguidos, porque se corría el riesgo de encontrarse a la salida con amigos inesperados y

deseosos de palpar el grosor de una billetera ajena. Más de una noche había llegado a sus mesas a rematar una farra sin destino, y por eso estaba en condiciones de adivinar la clase de rostros que hallaría al cruzar la puerta. Los artistas del «Capricho» venían de regreso de todos los fracasos, o eran ingenuos iniciándose en el oficio.

Entré al salón oscuro y maloliente. Presidía el recinto un escenario rodeado de banquillos, y a su costado izquierdo había unas mesas ocupadas por algunos clientes y las copetineras cariñosas de costumbre. En el lado opuesto, existía una barra donde los clientes podían beber sus tragos con el espectáculo como telón de fondo.

En el escenario una morena se movía con la gracia de un novillo. Necesitaba una dieta rigurosa y varias secciones de gimnasia aeróbica. Le dediqué dos minutos de atención y enseguida me ubiqué junto a la barra. Cuando mis ojos se acostumbraron a la oscuridad me di cuenta que éramos dos los tipos acodados en el mesón. El mozo que servía los tragos y yo.

—¿El trago de la casa o algo especial? —preguntó, desperezándose.

—¿Ya no conoces a los amigos, Cuyo? —retruqué.

El mozo acercó su cara a una cuarta de la mía y su aliento rebotó en mi nariz con el encanto de un jurel descompuesto.

—¡Heredia! —exclamó, alejando el tufo unos centímetros.

Se apellidaba Cuyo, y le decían «Dinamita» en recuerdo de un remoto y breve pasado pugilístico. Lo había visto combatir en peleas de barrio, por una garrafa de vino y un par de billetes para los bolsillos; y hasta donde recordaba, debía llevar unos cinco años sirviendo copas, sin otro progreso que su abultado vientre. En noches de malos tragos me había ganado su confianza elogiando sus escasos méritos de boxeador.

—Quiero un pisco con hielo —le dije.

Cuyo sonrió satisfecho. Le faltaban varios dientes, pero eso no lo preocupaba en lo más mínimo.

—¿En qué andas, Heredia? ¿De fiesta?

—¡Negocios!

—¿Negocios? —preguntó, y su simpatía comenzó a desvanecerse.

—Busco a un sujeto de apellido Arraño. Me soplaron que se dejaba caer por aquí, y que era amigo del dueño.

—Ya no estoy en el negocio de las respuestas. Llevo una vida tranquila y la boca cerrada.

—Intenta recordar tus viejos tiempos de boca floja —le dije colocando un billete de mil pesos sobre el mesón.

—El jefe tiene muchos amigos y uno de ellos parece llamarse como tú dices —contestó, atrapando el billete con una de sus manos regordetas.

—¿Qué más? —insistí, depositando otro billete en la barra.

—Una noche estaba en la oficina del jefe y llamó por teléfono un tipo que dijo llamarse Arraño.

—¿Eso es todo?

Cuyo hizo una pausa para atender a un nuevo cliente, y luego regresó a mi lado.

—Te aseguro que no hay nada más, Heredia.

—¿Se mueve el boliche? —le pregunté dándole tiempo para pensar.

—¡No está mal!

—¿Quién es el dueño?

—Se llama Mario Subiabre.

—¿Qué tal es?

—Paga en las fechas y eso ya es bueno.

—¿Y de Arraño no sabes nada más?

—Deja de fastidiar, Heredia —contestó, al tiempo que se alejaba con el pretexto de buscar una botella de licor.

Comprendí que de su boca no saldrían más palabras, y cuando regresó al mesón le pedí otro trago y busqué un lugar junto al escenario. Una rubia pequeña bailaba con gracia. Esperé a que finalizara su número, apuré el trago y me dispuse a salir del cabaré. Fue entonces que descubrí al «Morocho Chico».

Estaba en una de las mesas y se aferraba con desesperación a una copa vacía. Conocía al «Morocho» y también su historia. Me acerqué a su mesa y le di una palmada en la espalda. Alzó la cabeza y sus ojos vidriosos lucharon un largo instante para reconocirme.

—¿Qué hay? —preguntó sin hallar mi nombre en su mente—. Esta noche no canto ni por todo el oro del mundo.

Su voz ronca era un mal eco de su canto de antaño, y de su estampa gardeliana solo le quedaba un mechón brillante y descuidado.

—Heredia —dije—. ¿No te acuerdas?

—El metiche Heredia.

—Sin bronca, «Morocho». Quiero invitarte una copa.

—¿Una copa? —preguntó y sus ojos se iluminaron—. No me hagas caso, hoy he tenido un mal día.

8

Siendo niño, el «Morocho» había sido adoptado por Luis Vanelli, un italiano proveniente de la Argentina y dueño de una pequeña imprenta ubicada en la Avenida Matta. Hasta el día en que el niño llegó a esa imprenta, solo conocía las penurias de

un hogar pobre y su trabajo como lustrabotas a la salida de los bares del sector. Vanelli, un hombre solo y dedicado a su oficio, se encariñó con el mocoso y obtuvo que su madre le permitiera vivir con él, enseñándole durante muchos años su profesión de tipógrafo.

Más tarde se dio cuenta que el muchacho poseía una buena voz y le ayudó a encauzar sus inquietudes de cantante de tangos. «Morocho Chico» le llamaron en recuerdo de Gardel, desde el momento que ganó un concurso radial de intérpretes, y quienes lo conocían le auguraban un gran futuro. Sin embargo, su destino estaba torcido, y el ambiente de los clubes nocturnos lo convirtieron en un fantasma de lo esperado. Para la época del Golpe Militar del año 1973 bordeaba los cincuenta años, y ya varios de ellos los llevaba cantando en lugares de poca monta. En esos ambientes conoció a Saldaño, cabecilla de un grupo de agentes de seguridad encargados de perseguir a la gente de izquierda. Luis Vanelli tenía sus ideas, y por defenderlas imprimía un periódico clandestino. Una noche, el «Morocho» le contó algo de eso a Saldaño y éste le ofreció conseguirle unos buenos contratos a cambio de un dato para atrapar al italiano en medio de su trabajo. Días después de esa charla, un grupo de hombres armados asaltó la imprenta. Destrozaron las máquinas y se llevaron a su dueño. A los pocos días Vanelli fue encontrado muerto, en la calle, y de sus asesinos nunca se supo nada.

El «Morocho» jamás obtuvo los contratos ofrecidos por Saldaño. La pena, el remordimiento, o lo que fuera, le dieron el golpe de gracia. Siguió frecuentando los círculos de los agentes de seguridad, y por unas pocas chauchas se convirtió en un soplón que deambulaba por sitios como el «Capricho». Su historia me la contó una noche en que evité que unos asaltantes lo hicieran callar para siempre.

—Estoy en un trabajo —le dije tanteando el terreno.

—No me interesa tu trabajo.

—¿Tal vez me quieras ayudar?

—Trato de no meterme en líos, muchacho.

—Se dicen otras cosas de ti.

—¿Qué? ¿Quién las dice?

—Da igual —le dije, mientras lo observaba vaciar su copa.

Bebí pausadamente de la mía, haciéndole ver que disfrutaba del licor, y sus labios se movieron, paladeando un alcohol inexistente.

—Quiero otra —dijo—. ¿Qué quieres saber?

—Así está mejor —agregué, y alzando una mano llamé de nuevo al garzón.

El «Morocho» tomó la copa que le sirvieron y se la llevó a los labios. Retuve su brazo, obligándolo a lidiar para conseguir tragar algunas gotas.

—Que te dure. No hay más si no cantas bonito.

—¡Maldito entrometido! —exclamó, mientras hacía el intento de ponerse de pie. Le mostré su copa, y se contuvo.

—Días atrás mataron a una azafata en un hotel del centro. ¿Qué has oído de ese

asunto?

—Que es un lío de drogas y que la mujer se avivó con una buena cantidad de billetes. A sus cómplices eso no le gustó.

—¿Y quiénes serían sus cómplices?

El cantante observó a su alrededor, temeroso. Igual que un pez, se había tragado el anzuelo y restaba darle lienza para cansarlo.

—¡Pídeme otra copa, metiche!

Le hice caso y aguardé a que le sirvieran para insistir.

—¿Quiénes?

—Nada se dice de eso.

—Mientes. Al arroyo en que te mueves llega toda la mugre de la ciudad, y aún eres lo suficientemente listo como para guardar un poco de ella y venderla a pedacitos, por unos pesos.

—¡No puedes tratarme así! ¿Quién te crees?

—¿No? Veo en tu cara el reflejo de tu cochina historia y me da asco.

El «Morocho» bajó la mirada, vencido.

—Es gente con mucho plomo en los bolsillos —dijo.

—Deja a un lado las metáforas y habla claro.

—¿Oíste de la muerte de un tal Cañadas?

—¿Qué hay con él?

—Se dice que tenía relación con la azafata, y que con su muerte se evitaron males mayores. Era un tipo con ideas propias. Primero explotó los negocios nocturnos, y después formó un grupo para asaltar bombas bencineras y sucursales bancarias. Lo que fuera con tal de reunir una linda torta. Simulaban que los atracos los hacían grupos políticos de izquierda y se procuraban un par de diablos que confesaran la autoría de los robos. Más tarde descubrieron el negocio de las drogas.

—¿Quiénes?

—Cañadas y su grupo traficaban cocaína a diestra y siniestra. Incluso se dice que con las utilidades crearon una financiera clandestina que reunía dinero entre los militares.

—¿Y qué se comenta de su muerte?

—Estaba en el ambiente desde hace varios días. No sé la causa, pero me extraña que no tratara de huir. Él conocía las reglas. Se puede hacer cualquier cosa, menos engañar a los compinches.

—Te has ganado otra ronda —le dije. Luego, le ofrecí un cigarrillo y la llama del encendedor iluminó su rostro sudoroso.

—¿Conoces a un tal Arraño?

—Ya he hablado mucho, Heredia.

—Un poco más no te hará daño, Morocho.

—Es diferente. Cañadas está muerto. Arraño, no.

—Eso quiere decir que lo conoces.

—Es del mismo grupo —comenzó a decir, y luego, como si hubiese recuperado una idea olvidada, agregó—. Te daré un consejo en recuerdo del viejo Vanelli. No te metas con Arraño. Es un tipo que primero escupe fuego y después hace las preguntas.

—Últimamente todos dan el mismo consejo. No te metas con tal tipo, no hables de tal cosa, no vayas a tal sitio, no pienses, no respires.

—Si quieres arriesgar tu pellejo, puedes ubicarlo en éste mismo boliche. Viene dos o tres veces por semana a controlar el negocio de Subiabre.

—¿Cómo es?

—Más o menos de tu porte. Usa el cabello corto y lentes ópticos. Viste chaquetas de cotelé y es lo suficientemente refinado como para destacar en este ambiente a primera vista. Viene solo, bebe unos tragos y pasa a conversar con Subiabre.

—Gracias, «Morocho». Nos veremos cualquier día de éstos —le dije poniéndome de pie.

—A nadie le digas que hablamos —susurró.

—Descuida —le contesté al tiempo que colocaba unos billetes encima de la mesa—. Pide otra copa.

9

El teléfono sonó una docena de veces antes de escuchar la voz adormecida de Dagoberto Solís.

—¿No tienes reloj? —preguntó, luego de maldecir.

—Cierra la boca y escucha —contesté, iniciando una historia inventada sobre la marcha para justificar el que Solís aceptara detener al «Morocho» por algunas horas. Temía que el cantor hablara con Arraño, y que por un par de pesos lo pusiera en alerta.

—¿Se puede saber de qué hablas? —preguntó Solís a gritos.

—Por ahora no hay explicaciones, Bella Durmiente —respondí, cortando de inmediato la comunicación.

Estaba seguro que Dagoberto rabiaría unos minutos y que al recuperar la calma, dispondría lo necesario para sacar de circulación al fanguero.

Al llegar a mi departamento me aguardaba un telegrama de Paulina, anunciando su llegada para el día siguiente. Llamé a Andrea y acordamos reunimos una hora más tarde. Necesitaba de su ayuda para atender a la niña. Luego, me recosté en la cama con la intención de leer una novela de Juan Firula que había comprado a un amigo

librero de la Plaza Almagro. Me dormí en la página quince, y desperté un rato más tarde, al sentir los labios de Andrea en mi boca.

10

Al otro día decidí conocer el sitio donde había muerto Cañadas. Era una calle corta ubicada en un sector residencial con muchas casas de dos pisos, árboles frondosos y enredaderas que escalaban los muros a paso firme. Según Solís, el único testigo de su muerte había sido una empleada doméstica que regresaba de comprar en el mercado del barrio. Y llamarla testigo no pasaba de ser una palabra, porque al oír los primeros disparos, la mujer no había atinado a otra cosa que arrojar al suelo y buscar refugio bajo un vehículo estacionado. De su testimonio solo se sacaba en limpio que los asesinos utilizaban dos autos de color rojo.

Caminé por la calle, y a la distancia observé que la casa que sirviera de oficina a Cañadas se encontraba custodiada por dos carabineros. Lo demás era el silencio y la certeza de estar perdiendo mi tiempo. Al emprender el regreso hacia mi auto distinguí una plazoleta que dividía un costado de la calle. A primera vista pasaba inadvertida entre los árboles de las casas colindantes, pero al prestar atención, se veían dos escaños de fierro y una pequeña fuente seca y enmohecida. Debajo de uno de los escaños lo descubrí. Era un hombre tan real como el cielo que miraba desde lo alto y que al llegar a su lado me quedó viendo con la vista extraviada. Vestía un mugroso abrigo, camisa azul desteñida y pantalones de mezclilla. Insinuó una sonrisa y me fijé que llevaba los pies desnudos, cubiertos de costras adheridas a la piel.

—Una moneda, amigo —balbuceó, al tiempo que se limpiaba los labios con una de sus manos.

Me acomodé en el escaño mientras el hombre terminaba de incorporarse. Parecía sorprendido por mi conducta y con un gesto digno, se arregló el cuello de su camisa.

—Una moneda —insistió—. Una moneda para un copete.

Saqué de mi chaqueta la petaca que acostumbro a llevar para las emergencias y se la alcancé. El hombre demoró algunos segundos en reaccionar, pero cuando lo hizo, atrapó la botella con desesperación. Conté hasta seis, y el vagabundo seguía aferrado al licor.

—Calma —dije—. Dos tragos son mejores que uno.

Me devolvió la petaca con un ademán de fastidio, y el brillo extraño de sus ojos me hizo dudar de su equilibrio mental.

—Bueno, muy bueno —dijo. Su voz era firme, metálica.

—¿Cómo te llamas, amigo? —le pregunté.

—Laureano —contestó, rascándose con energía una axila.

—¿Desde cuándo estás en este sitio?

—Vivo aquí —contestó—. Cristo me encargó divulgar su mensaje. Soy el enviado, el mensajero del Señor único y verdadero que regresará al mundo para castigar a los pecadores. Yo cumplo sus designios, porque él es poderoso, y llegará a destruir a los envilecidos, a los blasfemos, a los que insultan su nombre con los pecados de la codicia y de la carne.

El discurso parecía ser el de un iluminado, pero el tipo estaba más loco que una cabra.

—Aquí está su mensaje —agregó el vago, mientras sacaba de una bolsa unas hojas amarradas con un cáñamo—. Él me dictó su palabra y yo escribí de acuerdo a su voluntad. Si alguien desea salvación debe leerla, porque es palabra de sabiduría y verdad.

—¿Quieres otro trago? —pregunté buscando una salida del diluvio verbal.

El Enviado tomó la petaca y ya no la soltó hasta que la última gota de licor hubo entrado en su vientre.

—Soy un pecador, pero él, el grandioso, me guía —dijo.

El discursillo comenzaba a hastiarme, y opté por intentar que me respondiera algunas preguntas.

—¿Estabas aquí ayer por la tarde? ¿Oíste algunos disparos?

—Cristo me envió a observar la maldad del mundo. Esos hombres eran pecadores, sus bocas irradiaban fuego. El fuego del mal. Él dice que si matas a un hombre te matas a ti mismo. Si hieres a tu hermano, te hieres a ti mismo.

—¿Viste a los hombres que dispararon?

—Cristo quiere que ningún mal escape de mi vista, porque a la hora de la justicia estaré a su lado para indicar a los pecadores. Eran cuatro hombres. Llegaron en dos vehículos rojos como los caballos del infierno. Uno se estacionó frente a la plazoleta, y el otro al final de la calle. Cuando aquel hombre, el aborrecido de Cristo, salió de la casa, los otros hombres descendieron de sus autos y caminaron a su encuentro. Eran los ángeles del juicio final. La víctima los saludó, y enseguida se escucharon los rayos del cielo, el latigazo de Satanás. Después los pecadores huyeron a ocultar sus rostros.

El vagabundo relataba los acontecimientos como si hubiese estado mirando una película. Era un loco o un gran simulador, y como fuese, su historia tenía sentido.

—¿Viste a algunos de los hombres?

—A los que estaban cerca de la plazoleta. Eran dos. Uno era bajo, delgado y rubio. De su chaqueta sacó un revólver y fue el primero en disparar. El otro era robusto y alto. Tenía el cabello corto y usaba lentes. Me dio la impresión que era el jefe. A una orden suya se inició la fuga.

El último retrato del vago coincidía con el de Arraño hecho por el fanguero. Los dos estaban perturbados, pero sus cuentos calzaban a la perfección.

—¿Estás seguro de lo que dices?

—Soy el Enviado de Cristo. Él me dio su voz y sus ojos en la tierra.

—¿Y antes a qué te dedicabas?

—Mi alma se empequeñecía en un empleo bancario. Cuando Cristo me llamó, denuncié la corrupción del Banco y me despidieron. Ellos serán los primeros en recibir el castigo. Cristo me lo ha prometido, y yo creo en su palabra. Doy fe de ella y de su fuerza.

Nadie, en ninguna parte del mundo, iba aceptar el testimonio del Enviado, a pesar de que su relato de la celada a Cañadas era tan real como su chaladura.

—Te deseo suerte en tu misión —le dije, dejando el escaño—. El mundo corrupto me espera.

El vago me miró fijo a los ojos. Había algo de extravío en su mirada. Retrocedí unos pasos mientras el Enviado avanzaba en mi dirección.

—¡Quiero otro trago! ¿Tienes otro trago? —preguntó.

—Se acabó —dije mostrando la petaca que yacía en el suelo.

—Quiero un trago —insistió, amenazante.

—Con esto te alcanza para comprar una caja de vino —le dije, al tiempo que le pasaba un billete de mil pesos.

Recibió el dinero y se sentó en el escaño. De pie, el Enviado medía a lo menos un metro noventa, y sus manos se notaban sólidas. Recordé que alguna vez había trabajado cuidando a un esquizofrénico. Un trabajo simple. Debía darle una pastilla cada dos horas y leerle cuentos de «Las Mil y Una Noches». Una tarde no quiso tomar su pastilla y la arrojó lejos cuando insistí en que la tragara. Al ir a recogerla, me dio duro en el mentón con su zapato derecho y estuve tres meses con las mandíbulas inmovilizadas y sin poder escuchar un maldito chiste por temor al dolor que sufría cada vez que soltaba una carcajada.

Me alejé de la plazoleta, y respiré aliviado cuando mi auto hubo recorrido las tres primeras cuadras.

11

Detuve el auto junto a una cabina telefónica y me bajé para llamar a Dagoberto Solís.

—¿Dónde andabas metido? —bramó Solís—. Tengo a tu hombre tras las rejas y no sé qué demonios hacer con él. Si no vienes a dar una razón convincente para retenerlo, lo suelto de inmediato.

—Reténlo por bocón.

—¿Se te peló un alambre, Heredia?

—Lo hago por su bien.

—¡Al diablo con eso! ¡Vienes o el «Morocho» sale a la calle!

—No tengo tiempo. Suéltalo si eso te hace feliz, pero dale un buen susto. Que no tenga ánimo de acercarse al «Capricho» por una larga semana.

—Te exijo que vengas a mi despacho —rugió Solís—. Necesito que me expliques varias cosas.

—¡Imposible! Debo pasar a mi departamento y después ir al terminal de buses a buscar a una niña.

—¡Te ordeno venir!

—Confía en mi palabra. ¿Alguna vez te he engañado?

Solís quiso replicar, pero el pito del teléfono vino en mi ayuda. Volví a mi auto y lo puse en rápida marcha hacia el departamento. El acuerdo con Andrea era que ella se encargaba del almuerzo, mientras yo iba a buscar a Paulina.

12

De Andrea no había ni rastros en el departamento, pero Paulina estaba sentada en el sillón junto a mi escritorio. Sonrió al verme, y se puso de pie para saludarme con un beso en la cara.

—¿Qué pasó? —pregunté, sorprendido.

—El bus se adelantó.

—¡Cómo te habrás aburrido esperando!

—¡Oh, ni un poco! —exclamó Paulina—. Te ordené el escritorio. Tenías un tremendo desorden.

—Hiciste un gran trabajo —dije examinando el mueble.

Satisfecha, Paulina volvió a tomar su lugar en el sillón.

—¿Cómo llegaste del terminal? ¿Dónde está Andrea?

—Me vine sola.

—¡Sola!

—Tomé un taxi. Al mayordomo del edificio le debes quinientos pesos, y a mí

cinco mil. Eso es todo lo que traía en mi cartera.

—¡Demonios!

—No digas palabrotas, Heredia. Si la Hermana Luisa te escuchara se enojaría contigo.

—Perdona. ¿Pero, por qué te cobraron tanto?

—Le pedí al conductor que me diera una vuelta por el centro de la ciudad. Vi cosas muy lindas.

—No lo dudo.

—¿Hice mal? ¿Estás enojado?

—De ningún modo. Ponte cómoda. Esperaremos a mi amiga que nos traerá algo de comer. Mientras tanto te puedo mostrar el departamento.

—Ya lo conozco. Es bonito, pero le falta un poco de pintura y mucha limpieza.

—¿Limpieza y pintura? ¡Diantres! ¡A mí me hace falta un trago!

—¿Vas a beber? —preguntó Paulina frunciendo el ceño.

—En realidad creo que prefiero un café.

—¿Aquí recibes a tus clientes? —preguntó Paulina, reacomodándose en su asiento.

—Cuando los tengo.

—Es blando, pero suena cuando se mueve. Eso no debe dar buena impresión a tus clientes.

—¿Tú crees? —pregunté sin poder evitar una risa.

Me senté a su lado y acaricié sus mejillas. Se parecía a su madre, y era imposible no pensar en ella al verla. Como si la niña hubiese adivinado mis pensamientos, me preguntó si en la oficina había estado su mamá.

—Estuvo en ese mismo sillón —le dije.

De sus ojos brotaron dos lágrimas gruesas. Volví a besar sus mejillas y la retuve un momento entre mis brazos.

—Sueño con ella —dijo entristecida.

—Piensa en que ella te amaba y deseaba verte siempre feliz.

—Eso mismo dice mi nana.

El diálogo se me hizo difícil. No estaba acostumbrado a consolar a nadie. La oportuna llegada de Andrea me sacó del embrollo. Me apresuré en ayudarla con los paquetes que traía, y de inmediato le presenté a Paulina.

Se sonrieron. Se besaron. Se hicieron amigas.

—¿Me ayudas en la cocina? —le dijo Andrea, al mismo tiempo que me hacía un guiño cómplice.

Paulina me miró esperando mi aprobación.

—Ve —le dije—. Tendremos tiempo para conversar.

—Se hacer muchas cosas —dijo Paulina siguiendo a Andrea en dirección a la cocina.

—¿Eres la novia de Heredia? —oí que le preguntaba al poco rato.

Simenon llegó corriendo desde el living y se paró enfrente de mí con expresión interrogante.

—Tenemos visita —le dije.

Con una de sus patas hizo un gesto de fastidio y se echó a los pies del escritorio.

—Y trata de comportarte con buenos modales —le advertí.

El tiempo que Paulina y Andrea emplearon en preparar el almuerzo lo ocupé en contestar una carta. Era de una abuelita que días atrás me había escrito pidiéndome que buscara a su nieta fugada de la casa. Pedía que le reintegrara el cheque enviado en la primera carta, por cuanto la nieta estaba de regreso en el hogar, y consideraba que mi trabajo no había sido el causante de su retorno, sino que el hambre y un proyecto de novio que no supo qué hacer con la muchacha luego de raptarla. Su razonamiento era justo. Busqué el cheque en uno de los cajones del escritorio y lo coloqué dentro de un sobre.

Terminaba de pegar las estampillas cuando oí que Andrea me llamaba a almorzar. La mesa ubicada en la cocina lucía radiante, y los platos servidos, apetitosos. Paulina parecía disfrutar cada momento y eso me alegró. Tomé mis cubiertos, pero antes de llegar a probar bocado, la voz de la niña me contuvo.

—No te has lavado las manos, Heredia —dijo—. La Hermana Luisa dice que los microbios se pegan a la piel y que para prevenir enfermedades es preciso conservar la higiene.

Andrea se rió con ganas y yo puse rumbo al baño. Cuando regresé a la mesa, se conversaba de los estudios de Paulina, y Simenon rondaba mi silla vacía a la espera de su ración.

Por la tarde salimos a pasear por el centro de Santiago. Invité a Paulina a ver una película, pero ella prefirió entrar al Museo de Historia Nacional. Cuando regresamos a la casa traía los ojos cansados de observar a tantos héroes patrios serios y envejecidos, y yo, los oídos hartos de las máximas y dichos de la Hermana Luisa, fielmente reproducidos por Paulina.

Andrea se marchó a su trabajo y a solas con mi invitada me dispuse a solucionar el problema de su cama, empleando un catre de campaña prestado por Anselmo. Después de lavarse los dientes y rezar sus oraciones, Paulina se acomodó bajo las sábanas.

—¿Cómoda? —pregunté.

—¿Me puedes leer un cuento? Mamá siempre lo hacía.

—Lo dejaremos para mañana, ahora no tengo ninguno.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—¿De qué se trata?

—¿Es cierto que mamá murió en un accidente? Un niño en la escuela me mostró un recorte de diario donde hablaban de ella.

—Si es así, ya conoces la respuesta.

—Ella no era mala, ¿verdad?

—No, no lo era. Te amaba mucho, y cada cosa que hizo fue pensando en tu bien. No lo olvides nunca.

—En la tarde te conté que sueño con ella. Cuando despierto la echo mucho de menos.

—No es fácil vivir sin las personas que uno ama, pero ya te acostumbrarás.

—¿Tú serás siempre mi amigo?

—Siempre.

—Me siento mejor.

—Me alegro. Ahora duerme, porque mañana trabajaremos duro.

Esperé a que Paulina se durmiera y después me fui a la oficina. Estaba a oscuras, pero no quise encender la luz. Los ojos de Simenon se destacaban como dos faros sobre el escritorio. Busqué una copa y puse en ella una adecuada dosis de licor. Estaba triste y necesitaba un poco de alcohol en mis venas, eso era todo.

SEIS

1

Pocas cosas incomodan más a un sujeto que despertar con el caño de una pistola a dos centímetros de la nariz. El sueño se va de golpe, y por algunos minutos se tiene la sensación de estar colgado de un alambre a mucha altura. Lo sé, porque lo he vivido. Sin embargo, Subiabre, el dueño del «Capricho», tal vez no alcanzó a sentirlo, pues apenas abrió sus ojos, puncó su garganta con la pistola, ahogando un grito que, de cualquier modo, nadie habría escuchado.

Luego que Paulina se durmiera y de beber una copa de vino había decidido visitarlo. Llamé a Andrea al cabaré y le pedí que acompañara a la niña mientras hacía mi trabajo. Llegó un poco antes de las tres, cansada y de malhumor.

—Un día de éstos no voy a volver a ese cabaré —reclamó sin mucho convencimiento.

—Un día de éstos te voy a sacar de allí —le dije buscando el contacto de sus labios rojos.

—¿Sabes a cuántas chicas le dicen lo mismo cada noche?

—Supongo que a todas.

—Y ninguna deja de aparecer al otro día. El entusiasmo de sus enamorados dura hasta que se les desvanece el efecto de las copas. Por eso, no me hagas promesas, Heredia. Me basta con saber que existes y que, a tu modo, me quieres.

Nos besamos y la dejé a solas, con su cansancio y sus iras.

Cuando llegué al «Capricho» había cinco o seis clientes apoyados en la barra, y en una de las mesas, tres copetineras somnolientas trataban de hilvanar una conversación. Mi presencia las obligó a examinarme unos segundos, pero no más que eso, porque las noté demasiado cansadas como para intentar un lance conmigo.

Cuyo se acercó a mi lado y le pedí una cerveza. Mientras la buscaba, simulé ir al baño con la intención de examinar el interior del cabaré. Los urinarios quedaban en la mitad de un pasillo, y si se pasaba de largo unos metros, se encontraba una puerta con el pretencioso rótulo de «empresario» pintado en ella.

La empujé suavemente con los dedos, permitiendo que una luz amarillenta se filtrara hacia el pasillo. Sentado a una mesa, un hombre gordo contaba billetes. Junto a él, otro más delgado y más joven, parecía estar quedándose dormido al compás de

la cuenta que llevaba en voz alta el primer hombre. Regresé a la barra dispuesto a esperar que Subiabre terminara su trabajo y decidiera irse a su casa. Pasaron dos horas, tres cervezas y una copita de pisco, antes que tuviera que moverme de mi lugar.

—Cerramos en quince minutos —me dijo Cuyo—. Puedo servirte la última copa antes de poner llaves al bar.

—No más por ahora —le contesté en el mismo instante que vi aparecer a Subiabre.

El dueño del cabaré consultó su reloj y se detuvo en una esquina de la barra. Observó a la clientela y con un gesto le ordenó a uno de los garzones que iniciara el cierre del negocio.

—Hora de irse a la cama —le dije a Cuyo.

Puse encima de la barra un par de billetes, salí de cabaré y me acerqué al Lada que había dejado frente a la entrada del local nocturno. Encendí un cigarrillo y me senté a esperar que el empresario abandonara su negocio. Transcurrió una hora, y cuando las sombras comenzaban a desaparecer y se vislumbraban las ventanas de las casas vecinas, lo vi salir y subirse a un Opala azul.

Esperé que encendiera el motor de su auto, y cuando oí el ruido de la máquina, hice andar el Lada. Comencé a seguirlo a media cuadra de distancia. Anduvo cinco minutos en línea recta por una misma calle y luego dobló a su derecha. Dos cuadras después detuvo el auto, y pasé a su lado procurando reconocer la casa a la que entraría.

Estacioné a la vuelta de la esquina, bajé del auto y alcancé a verlo abrir una gruesa verja de hierro.

Veinte minutos más tarde me introduje al departamento que habitaba Subiabre. Supuse que por su tamaño lo ocuparía solo, y para comprobarlo, revisé las diferentes piezas. El departamento tenía una sala amplia, una cocina, un baño y el dormitorio, del que llegaban los profundos ronquidos del empresario.

Abrí la puerta del dormitorio y por algunos segundos contemplé la barriga de Subiabre. Estaba acostado con la ropa puesta y en la habitación se percibía un fuerte olor a licor. Saqué mi pistola de la chaqueta y me acerqué lo suficiente como para recibir su aliento.

Presioné el arma sobre su garganta, y esperé.

Intentó un movimiento, más de sorpresa que de ataque, y lo contuve con un puñetazo en el estómago. Se retorció encima de la cama y lo seguí apuntando con la pistola.

—Si quiere dinero, en el velador tengo algunos pesos —balbuceó.

Su rostro era una gelatina sudorosa y descompuesta.

—No quiero dinero. Vengo a cumplir un encargo.

—¿Qué?

—Estás reventado, gordo. No debiste quedarte con los dólares.

La mención de los dólares fue más efectiva que el golpe que le propinara un momento antes.

—Se equivoca. Yo... Yo no fui...

—Cañadas tiene algunas dudas al respecto.

—Cañadas sabe que yo no fui. Fue Muleiro, él lo sabe. Por algo dio la alarma a Buenos Aires. Cañadas...

Subiabre no continuó hablando. Al mencionar a Cañadas se percató de mi engaño. Él sabía que estaba muerto. Demoré unos segundos en reconocer mi error. Los suficientes para que Subiabre tomara un cenicero del velador y me lo arrojara al rostro. Conseguí esquivar a medias el trozo de vidrio, pero no el golpe al mentón que me lanzó el empresario. Mis pies me jugaron una mala pasada. Tropecé con la cama y me fui de bruces. Subiabre proyectó su cuerpo sobre el mío, y sentí que un codo violento se clavaba en mis costillas. Respiré hondo, junté fuerzas y con un empujón logré arrojarlo encima de la cama. Sin embargo, Subiabre era una masa ágil. Se incorporó ganando de inmediato la puerta, y cuando salía en su persecución, me lo encontré a boca de jarro con un cuchillo en una de sus manos. La hoja afilada consiguió morder la manga izquierda de mi chaqueta. Descargué cuatro golpes de puño en su nariz, y el hombrón se fue al suelo con sus manos aferradas al rostro.

Recuperé mi arma y volví a encañonarlo.

—Nuestro tema de conversación es Cañadas —dije—. ¿Qué sabes de él?

—No lo veo hace días —contestó, confuso.

Rocé su nariz destrozada con el caño de la pistola, y lo escuché chillar. Necesitaría mucho tiempo y escayola para que recuperara su estado normal.

—Mientes —grité—. Sabes muy bien que está muerto.

—Todo el mundo lo sabe. Salió en los diarios.

—Conque eres un tipo intelectual. Lees diarios y de seguro también compras el Playboy para tus lecturas solitarias. Sé que lo mató Arraño, y para ser sincero, no me importa. Un cerdo muerto no es más que un cerdo muerto.

—Arraño convenció a sus hombres que Cañadas era un traidor, y le prepararon la emboscada. Para ellos es un asunto fácil.

—¿Ellos? ¿Quiénes son ellos?

—Ya no diré nada más.

Mi pistola impactó duro contra el rostro de Subiabre.

—Quiero oír tu voz, desgraciado —le dije mientras lo ayudaba a incorporarse—. Si callas tu faz no valdrá más que un cuarto de carne molida. ¿Quiénes son ellos?

—Cañadas, Arraño y los que trabajan en la policía política. Arraño era subordinado de Cañadas y se enteró de los negocios de su jefe. Una noche llegó al cabaré y tuve que contarle los detalles de nuestro trato. Después hablaron entre ellos, y Cañadas lo incorporó al negocio.

—¿Arraño mató a la chica del hotel?

—¿La azafata? No, ese trabajo le correspondía al editor.

—¿Editor? ¿De quién hablas?

—Del otro cabecilla del grupo. Muleiro trabajaba con él. Estaban a cargo de trasladar la mercadería, y Cañadas de distribuirla dentro del país.

—¿El editor se llama Garcimuñoz?

—No lo sé. Nunca tuvo nombre para mí. Ellos acostumbraban a llamarlo «el editor».

Subiabre sangraba profusamente y si no me daba prisa con las preguntas terminaría perdiendo el sentido. Lo remecí con un golpe en el vientre y emitió un gemido sordo, desfalleciente.

—He dicho todo lo que sé —dijo.

—Haz memoria. Si Cañadas no mató a la azafata, ¿entonces quién? La noche del crimen no habrá ido al hotel de pura casualidad.

—El editor le sopló que ella trabajaba con Muleiro, y como desconfiaba de él, quiso ser el primero en hablar con la mujer. Cuando llegó al hotel, la azafata ya estaba muerta. Volvieron a reunirse con el editor y concluyeron que Muleiro se había escapado con el dinero.

—Cada perro desconfiaba de su propia cola.

—Lo de la azafata mejor pregúnteselo al editor.

—Así lo haré apenas sepa de quién se trata.

—Él fue el primero en hablar de la mujer —dijo Subiabre recurriendo a sus últimas energías.

Era un costal vacío del que ya no sacaría nada más. Lo castigué con un golpe en el mentón, emitió algo semejante a un quejido y quedó inconsciente. Después, llamé por teléfono a Solís.

—No me dejas ni desayunar tranquilo —protestó.

—Quiero darte la oportunidad de hacer méritos en tu trabajo.

—¿A qué te refieres?

—A que te asomes por cierta parte y recojas un bulto. Se acerca Navidad y me he vuelto tan generoso como el viejo Scrooge de Dickens.

Le di la dirección de Subiabre, y luego de colgar el fono me senté a esperarlo junto al silencioso dueño de casa. Por la ventana de la sala entraba un agradable aroma a café y pan tostado que me hizo reconocer mi cansancio. Encendí mi último cigarrillo y me armé de paciencia, ya que aguardar nunca ha sido un deporte de mi devoción.

A las ocho y cinco minutos llegaron Solís y tres de sus agentes. Los detectives se llevaron a Subiabre. Solís se acomodó a mi lado y me ofreció un cigarrillo.

—¿Cómo llegaste a Subiabre? —preguntó más tarde, luego de escuchar mi historia.

—¡Olfato!

—¿También quieres ir al cuartel? Tu olfato es incapaz de diferenciar el aroma de una rosa del de una bosta.

—¿Qué harás con Arraño? —pregunté, eludiendo su interrogación.

—Con lo que dijo Subiabre hay soga para atraparlo.

—¿Seguro?

Solís movió los hombros en un gesto de duda.

—Me lo temía —comenté.

—Aún no respondes a mi pregunta, Heredia.

—Pasé la noche sin dormir. Tengo hambre y sueño. Me marcho a mi casa. Voy por tres huevos fritos bien revueltos y el mejor pan fresco del vecindario. Cuando tengas a Arraño en la cárcel, me avisas. Me agradecería llevarle la manzana envenenada de Blancanieves.

Cuando salía del departamento volví a escuchar la voz de Solís.

—¡Heredia! —gritó.

—¿Qué sucede?

—¡Gracias!

2

Mientras manejaba en dirección a mi departamento, recordé a un tal Sísifo del que hablaba mi profesor de filosofía en el liceo. El pobre tipo vivía subiendo una roca a lo más alto de un cerro, y cuando llegaba a la meta, debía dejarla caer y enseguida recomenzar su trabajo. Algo semejante me pasaba con el caso de Laura. Nunca había perseguido a tanta gente en una misma investigación, y seguía casi igual que al comienzo.

En la oficina me aguardaba un fulano con cara de ejercer el oficio más aburrido del mundo. Era un vendedor de seguros y su optimismo era tan grande que, antes que terminara de decirle que no, ya se estaba poniendo de pie. Él no quería vender ni yo deseaba comprar. Eramos la pareja perfecta de la comedia equivocada.

Cuando se marchó pasé al dormitorio. Paulina y Andrea dormían en mi cama. Las observé un momento y luego cerré la puerta de la habitación procurando no hacer ruido. Simenon vino a mi encuentro y lo tomé en los brazos.

—Vamos de compra, amigo —le dije.

Bajé al boliche de la esquina con Simenon siguiéndome los pasos. Compré huevos, pan, un cuarto de mantequilla, y el diario.

—¿Algo más? —pregunté a Simenon.

—Tienes razón, falta leche —respondí a su maullido lastimero.

Paulina fue la primera en despertar. Asomó su carita somnolienta por la puerta del dormitorio, y al verme sentado en uno de los sillones del living, corrió a saludarme con un beso.

—Me asustaste, Heredia —dijo—. Desperté durante la noche y no estabas. Andrea me explicó que habías salido. —Tenía que trabajar.

—¿De noche?

—Persigo a un vampiro.

—Los vampiros no existen, mentiroso.

—¡Conforme, tú ganas!

—Tienes cara de sueño.

—No he dormido nada en toda la noche.

—Puedes dormir hasta el mediodía.

—Tengo otros planes.

—¿Qué clase de planes?

—Aún no compro mis regalos de Navidad.

—¿Iremos de compra?

—Necesitamos un árbol, luces y muchos chiches para adornarlo.

—¿Todo eso?

—Y algunas cosas más.

3

El pulpo mecánico ascendía hasta un punto alto del cielo y los árboles del parque de entretenimiento empequeñecían, al igual que las personas que hacían fila para subirse al juego en la siguiente detención. Luego seguía el descenso brusco y la sensación de que una parte del cuerpo se había quedado enredada cerca de las nubes. Los niños gritaban, gozando cada uno de las piruetas. Iba solo en un compartimento, aferrado a la barra de seguridad; y en el habitáculo delantero, Andrea y Paulina se sostenían, abrazadas una a la otra.

Era el mismísimo infierno alado y flotante. La comida del almuerzo amenazaba con huir de mi estómago, y por vigésima vez en los últimos tres minutos, maldije al inventor del horrible aparato. Cerré los ojos y dejé que el vaivén me envolviera. Al segundo viaje en el pulpo mecánico ya tenía dominados sus movimientos y podía anticipar cada uno de los giros. Finalmente, el tentáculo que me correspondía dio un salto hacia las nubes y se deslizó hacia la plataforma metálica que sostenía al

armatoste.

Apenas nos bajamos, Paulina soltó la mano de Andrea y corrió a ponerse en la fila de la calesita. La seguí con Andrea, y al llegar, los caballos comenzaban a moverse al ritmo de una música monótona y alegre. Paulina se aferraba a las riendas de un corcel blanco y por su sonrisa supuse que no deseaba bajarse nunca más del juego.

—Una vuelta más en el pulpo y reventaba —dije a Andrea, indicando al aparato que volvía a elevarse por los aires.

Ella sonrió, y se acercó a mi lado hasta rozar mis labios con los suyos.

—Lo estás haciendo muy bien —susurró.

—¿Tú crees?

—Nunca te había visto correr, saltar y sonreír al mismo tiempo. Diría que lo disfrutas.

—Quizá sea que nunca nadie me trajo a una calesita, o porque me duele la soledad de Paulina.

—Estos días van a pasar, Heredia. Ella deberá volver a su internado. No pensarás...

—No —la interrumpí—. No va conmigo el trabajo de niñera y tengo muy claro que se trata de un paréntesis. Un guiño a la tristeza, como cuando uno observa las estrellas y piensa en cosas alegres.

—¡Ahora te has puesto triste!

—Abrázame y dame un beso.

Andrea obedeció. Después de todo se estaba bien en el parque de entreteniciones. Cosquilleaba el olor a cabritas de maíz, el aire parecía limpio, y la calesita giraba.

—¿En qué va el asunto de la mamá de Paulina? —preguntó Andrea.

—Se me escapa de las manos, pero aún queda una posibilidad de dar con el asesino.

4

El departamento estaba irreconocible. Cada objeto había encontrado un sitio preciso y daban ganas de sentarse en un sillón a contemplar el espectáculo. Andrea y Paulina habían salido a las últimas compras de la cena de Nochebuena. A solas respiré el aroma del pino que compráramos para adornar la habitación. Era como estar en medio de un bosque, y las lucecillas eléctricas brillaban intermitentes,

multiplicándose en los chiches colgados de las ramas.

El timbre del teléfono acabó con mi encanto y la voz de Solís me pareció más inoportuna que nunca.

—¿Qué hay? ¿Trabajas en Navidad? —pregunté.

—Es mi último esfuerzo del día. Deseo contarte un par de cosas.

—¿Vas a decirme que Santa Claus no existe?

—Subiabre repitió su historia con suficientes detalles como para encantar a Federico Arraño. La jefatura se comunicó con los servicios de seguridad y hay acuerdo para detenerlo.

—¿Cómo? ¿Aún no lo apañan?

—Arraño desapareció del mapa. Alguien le dio el soplo y se echó a volar. No me extrañaría que sus compañeros lo estén ayudando.

—No debería correr mucho.

—Si cuenta con ayuda podría salir del país con facilidad.

—¿Habló Subiabre de un sujeto al que llaman el editor?

—No.

—¿Qué clase de interrogatorio hicieron?

—El habitual, aunque con el asunto de reparar su cara perdimos bastante tiempo. Luego, quiso vender una historia inventada para la ocasión. Tuvimos que iluminarlo un poco.

—Te aconsejo darle una repasada.

—Por ahora me interesa atrapar a Arraño. No puedo desperdiciar la oportunidad de poner en vereda a los de seguridad.

—Tus peleas particulares no me interesan, y en cuanto a Arraño, dejó de estar en mi libreta.

—No entiendo.

—Sigue mi consejo y vuelve a conversar con Subiabre.

—Lo pensaré —dijo Solís, y luego de una pausa, agregó—. ¿Qué harás esta noche? En mi casa siempre hay un lugar para ti en la mesa.

—Gracias, pero este año tengo mi propia fiesta. Vino, pollo, luces de colores, regalos, dos mujeres para mi solo y muchas ganas de portarme bien.

5

Encendí un cigarrillo y me acodé en el marco de la ventana que daba a la calle.

Los edificios vecinos se veían iluminados y a mis oídos llegaba un murmullo de canciones y brindis. Era una noche cálida, un gran paréntesis de olvido y lindas palabras que repicarían por algunas horas. Era también una farsa, porque un poco más allá de los edificios estaban las calles de los que no tenían a nadie y aguardaban la mañana para recoger las migajas de la fiesta.

Pensé en esas calles mientras esperaba que Paulina y Andrea terminaran de lavar la loza usada en la cena. Pero no lo hice por mucho tiempo. Quería creer en la alegría de esa noche. No deseaba pensar en otras navidades transcurridas junto a una barra solitaria, o entre vagos, compartiendo a la sombra de un muro una botella de mal vino.

Los golpes en la puerta interrumpieron mis ideas y con desgano fui a abrirla.

—¡Feliz Navidad, Heredia! —gritó Ferrada oculto tras dos enormes paquetes de regalos y dos botellas de champaña que sostenía con alguna dificultad.

Tomé las botellas y las puse sobre la mesa del comedor.

—¡Regalos para Paulina! —agregó el poeta, al tiempo que mostraba sus paquetes.

—Me alegro. Durante la cena ella se acordó de ti.

—Quería llegar antes, pero tenía un compromiso con algunos amigos. De todos modos, la noche es joven y hay tiempo de sobra para una copa de champaña.

—Y para dos o tres también —recalqué.

La nariz de Paulina se asomó por la puerta de la cocina y apenas reconoció al poeta, corrió a saludarlo.

—Encontré esos paquetes para ti en mi casa —le dijo Ferrada mostrándole los regalos.

Paulina rasgó los envoltorios y encontró una gran casa de muñecas y un par de libros de cuentos. La casa tenía divisiones interiores y en cada una de ellas habían muebles en miniatura. Excitada, Paulina los fue reconociendo y cuando hubo terminado la inspección abrazó a Ferrada.

—Me gustan mucho tus regalos —le dijo.

Volvió a examinar sus presentes, y enseguida regresó a la cocina para seguir ayudando a Andrea.

—Es una gran chica —le dije a Ferrada—. Hemos estado muy contentos con ella.

—Brindemos por Paulina —respondió, tomando una de las botellas que había traído. Trabajó en ella hasta que la presión del licor hizo saltar el corcho. La espuma rebasó el envase y el champaña rubio ocupó su sitio en un par de copas.

—¡Por Paulina! —brindé.

—¡Por todos nosotros! —agregó Ferrada.

Ferrada estaba achispado y su lengua se movía con más prisa que la habitual. Su tono pedante de hablar parecía acentuado y por momentos daba la impresión de estar dictando una conferencia desde una tribuna. Me dieron ganas de acallarlo y hacerle tragar su estúpido amaneramiento. Pero, estábamos en Nochebuena y hasta mi paciencia se había reblandecido.

—Estas fiestas me ponen triste —dijo—. Me hacen pensar que uno debiera ser bueno y feliz durante todo el año.

—¿Y no lo eres?

—No todo el tiempo.

—Nadie puede serlo todo el tiempo. Uno comete equivocaciones.

—Una manera elegante de decirlo. Yo he cometido algunas equivocaciones, Heredia.

Parecía el inicio de una confesión, pero afortunadamente no fue así. Algo, en algún punto de su ebriedad le hizo pensar que hablaba de más. Guardó silencio y se ocupó de rellenar su copa.

—¿Desde cuándo escribes? —le pregunté buscando nuevos rumbos para la charla—. Hay tipos que pasan su vida intentando hacer brillar la luz que no poseen.

—Esos son los que se quedan en el camino, Heredia.

—¿Y tú? ¿Qué tan bien encaminado estás?

La pregunta lo desconcertó y su palabrería dio un tumbó en el suelo.

—Soy un creador —contestó—. No un caballo de carreras.

Era una respuesta hueca y tuve la impresión que el camino del que hablábamos estaba lejos de su horizonte.

—¿Y cómo es tu relación con los editores? —pregunté—. ¿Debes conocer a muchos?

—De todos los tipos, colores y calañas.

—¿Cómo es eso?

—Al igual que en otros negocios hay fulanos serios y otros que no lo son. Están los que respetan a los escritores y también los que no diferencian un kilo de papas de un libro de poemas. Están los que saben reconocer a un escritor y los que guardan sus originales durante años para después decir que no les interesan.

—Y deben haber algunos que utilizan su negocio editorial como fachada.

—¿Qué quieres decir? —preguntó, y tuve la impresión que se colocaba a la defensiva.

—Simple curiosidad. En cada actividad hay sujetos que traspasan los límites. Sin ir más lejos, en mi trabajo me encuentro a menudo con tipos que se aprovechan de la ingenuidad de los clientes, y entre los policías hay quienes roban a la par con los delincuentes.

—Ignoro que suceda algo semejante.

—¿Y qué clase de editores te han tocado?

—La de los que se creen gatos y piensan que los poetas son ratones. Los cogen, los zamarrean un tiempo, y cuando los tienen convenientemente aporreados, deciden si se los comen, los dejan a un lado moribundos, o los liberan.

—¿Y en qué etapa te tienen?

—En la del zamarreo.

—¿Conoces a un editor de apellido Garcimuñoz?

Ferrada abrió los ojos. El licor parecía haberle dado duro en el cerebro y luchaba por mantenerse lúcido.

—¿Lo conoces? —insistí.

—No, no conozco a nadie de ese nombre.

Dudé si me decía verdad. Decidí escarbar en su borrachera, pero la llegada de Andrea y Paulina lo impidió.

—¿Qué le pasa a Javier? —preguntó la niña, acercándose al poeta que había recostado su cabeza en el respaldo del sillón.

—La alegría nubló sus sesos —dije—. Necesita dormir.

—Pensaba servir la torta —dijo Andrea.

—Tal vez algo de torta y café lo reanimen —contesté.

Ferrada apoyó su mentón contra el pecho, resopló con fuerza y se quedó dormido.

—¿Se pondrá bien? —insistió Paulina, asustada.

—Descuida, nadie se muere en Navidad, y menos por beber unas copas de más.

Paulina me miró entristecida. Mi tacto había funcionado con la suavidad de un pisotón de elefante.

—No fue mi intención —agregué.

—Mi mamá Laura —dijo Paulina sin contener sus lágrimas.

La acogí entre mis brazos y acaricié su cabeza hasta que sentí que su llanto se calmaba.

—Lo sé. Lo sé muy bien —dije inútilmente.

—Ella me había prometido que pasaríamos juntas esta Navidad.

—Paulina, no existen palabras que expliquen ciertas cosas. Se aceptan solamente. Toda la vida estamos perdiendo lo que amamos. A ti te tocó muy pronto y eso ya no tiene remedio. Puedes llorar, y después, cuando tengas mucha pena acuérdate de tus amigos, de nosotros y de esta noche.

Mi discurso tenía tanto sentido como un cotillón en un velorio, y me encontré torpe, absurdo con Paulina en los brazos sin saber qué demonios decirle.

—¿Qué pasó? —preguntó Andrea que regresaba de la cocina con tenedores y platillos para servir la torta.

—Lo de siempre —dije—. Despertamos del sueño.

—Mi mamá —gimió Paulina.

Andrea se sentó a mi lado y tomó entre sus manos la cara de la niña.

—Ya le pasará. Está cansada —dijo Andrea, acariciando los cabellos de la niña hasta que los ojos de ésta se cerraron.

—Todos estamos cansados —contesté—. Sin embargo el circo sigue su función y nosotros nos encontramos en el medio sin mucho trapo que cortar. Tú estás cansada del cabaré. El tipo del kiosco de sus diarios, y el oficinista de sus papeles. A todos la sopa se les enfrió a deshora, y no existe ni una maldita esperanza ni una varita mágica ni ninguna máquina del tiempo que nos permita cambiar el rumbo de las cosas.

—Estás triste y borracho, Heredia —dijo Andrea, y me besó en los labios.

—Siempre estoy borracho. ¿De qué otra manera se puede vivir? ¿No es ese mi oficio? El de un borracho vendedor de ilusiones. Uno que engaña a los demás haciéndoles creer que puede ayudarlos, y que acepta una pocas monedas a cambio de nada.

—Estás triste, borracho y equivocado —insistió Andrea, repitiendo su beso.

—Dile eso a Paulina. Puede que le sirva de algo.

—Ella sabe que estás equivocado, si no, no estaría tan feliz a tu lado.

—¿Tú crees?

—Sin dudas.

—Entonces necesito otro maldito trago y escuchar esa canción de Los Beatles que habla de Eleanor Rigby, y de cómo murió sin que nadie la acompañara al cementerio.

—Estás borracho y loco —dijo ella, cargando a Paulina en sus brazos—. Voy a acostarla y verás cómo mañana amanece bien.

—Solo un poco loco —me dije a mí mismo, y con una copa en la mano me dirigí a la oficina donde Simenon estaba recostado a los pies de mi escritorio.

—¿Tú también estás triste? —pregunté—. ¿Qué? ¿También piensas que estoy ebrio? ¿No? ¿Quieres una copa? Bien, es asunto tuyo, yo nunca sé cuándo los gatos están tristes. ¿Quieres un poco de torta? ¿No? ¿Qué diablos pasa contigo? ¿Entiendes lo que ocurre? Todo andaba bien, y de pronto, pum, tac, flum, el hachazo. ¿Cómo te lo explicas? Sí, de acuerdo, esta noche el mundo está ebrio. ¿Y cuándo no? ¿No quieres conversar? ¡No! ¿A qué dedicas tu tiempo ocioso?

6

—¿Me lees un cuento? —preguntó Paulina.

Estábamos jugando en el departamento a la espera del desayuno que preparaba Andrea en la cocina. De la noche anterior no quedaban huellas. Paulina reía de nuevo, mi resaca no había pasado a mayores, y Ferrada se hallaba de regreso en su casa. Todo era normal, las vueltas de las manecillas del reloj y las miradas intrusas de las vecinas.

Tomé los libros que le regalara Ferrada. Uno era la historia de «La Cenicienta», y el otro, «El Príncipe Feliz» de Oscar Wilde. Escogí este último y se lo mostré. Ella no conocía el cuento y siguió mi lectura con interés, haciéndome repetir los párrafos que más le agradaban. Cuando terminaba de leer el cuento apareció Andrea con el desayuno. Me serví una taza de café y mientras lo endulzaba sorprendí unas miradas

cómplices entre ella y la niña.

—¿Se lo dijiste? —le preguntó Andrea.

—Aún no —contestó Paulina.

—¿Qué tienes que decirme? —pregunté.

—Quiero salir con Andrea —dijo Paulina—. Las dos solas.

—¿Existe un plan que ignoro?

—La invité a la casa de mis padres —respondió Andrea—. Quedé en visitarlos y pensé que Paulina se entendería bien con mi hermana.

—¿Puedo ir? —preguntó Paulina.

—¿Y me dejaran solo? —pregunté a la vez, aparentando una súbita congoja.

—Solo por unas horas, Heredia —dijo la niña.

—Entonces ni una palabra más. Estoy de acuerdo.

Después del desayuno, Paulina se dio un baño y se puso el vestido que le había regalado Andrea. Era de un color azul pálido con una cinta blanca en la cintura.

Se marcharon y quedé a solas buscando por los rincones del departamento algo en lo cual emplear mi tiempo. Acabé tomando los libros de Paulina, y los hojeé despreocupadamente hasta que presté atención al colofón editorial. Luego de los créditos, de los derechos legales y del año de edición, decía: Las Letras del Mundo. Andrés Garcimuñoz Editor.

Era una casualidad o el regalo atrasado de los Reyes Magos. La curiosidad mordió mi ánimo, y de no ser porque el calendario colgado en mi oficina me dijo que estábamos en un día feriado, habría partido de inmediato a la dirección registrada en el libro.

—Creo que lo tengo —me dije a mí mismo en voz alta, y luego, como para disipar mis dudas, agregué—. ¿Cuántos Garcimuñoz editores crees que existen en la ciudad?

La información del libro de cuentos calzaba a la perfección en mi rompecabezas. Morón había hablado de Garcimuñoz, y Subiabre, de un editor. Pensé en ubicar a Ferrada, pero recordé que por la noche me había contado que desconocía la existencia de un editor con tal apellido. Lo más probable era que hubiese comprado los libros en cualquier negocio, y su intervención confundiría los pasos que debía dar al día siguiente de la Navidad.

El dinero era tan evidente en las oficinas de Garcimuñoz que, si uno era un pobre diablo a mitad de una tarde cualquiera, no entraba en ellas ni perseguido por un toro furioso. Y esa parecía ser la idea. Asustar a cualquiera que no hubiese sido invitado o no viniera dispuesto a firmar un cheque tan jugoso como un bistec de setecientos cincuenta gramos. Empujé la puerta de entrada dispuesto a derrotar la prepotencia material de las oficinas, y caminé hacia el mesón de recepción sin molestarme en apagar el cigarrillo que fumaba. Sabía lo mal que olían mis cigarrillos, y con ellos deseaba despertar al par de rubias que atendían el ingreso de los clientes. Mientras llegaba a su lado noté que me examinaban con todos sus tontos prejuicios y decidían que mi presencia no merecía más de tres minutos de atención.

—¿Diga? —preguntó una de ellas, con fastidio.

—Deseo ver a Garcimuñoz —dije.

—No se encuentra. Venga otro día.

Ni siquiera pestañeó para mentir. Estaba entrenada para dar cien veces al día la misma respuesta.

—Por lo menos debería informarse de mis motivos. ¿No le enseñaron eso en su academia de secretariado?

—El señor Garcimuñoz no se encuentra —repitió, terminante.

—Le pregunté al hombre del estacionamiento si había llegado el patrón y me mostró un Toyota que vale más de lo que le paga su jefe por sus mentiras de un año.

—Tengo mis instrucciones.

—Tome el fono con sus lindas manos y dígame a su jefe que voy a entrar. Dígame que le traigo un mensaje de su amigo Arraño.

La secretaria dudó unos instantes, y finalmente me hizo caso.

—Lo va a recibir —dijo después de colgar el fono.

Cuando entré al despacho, Garcimuñoz me contempló al detalle, casi con curiosidad, y me ofreció asiento frente a su escritorio. Podríamos haber sido compañeros de colegio, pero no teníamos nada en común, salvo la edad. Él era un hombre magro, canoso y de tez colorada, quizá por efecto de una alergia o del alcohol. Debía medir un metro setenta y su vestuario poseía las terminaciones de una confección esmerada. Nada en su imagen me hizo pensar en un hombre aficionado a la violencia. Era una culebra de oficina y seguramente su fuerza estaba en los buenos modales, su facilidad de palabra y en una razonable inteligencia.

Tomó una pitillera de plata de su escritorio y me ofreció un cigarrillo largo y aromático. Dejé que me lo encendiera y lo estudié con atención unos segundos. El hombre trataba de aparentar tranquilidad, pero un leve temblor en los labios delataba su inquietud. Los nervios le hacían cosquillas en el hígado y esa era una ventaja que me dispuse aprovechar.

—¿Cuál es su asunto, señor...?

—Heredia. Soy investigador privado y trabajo en algo que le concierne.

La mención de mi nombre lo golpeó como una brisa urgente, y tuvo que recurrir a

su cigarrillo para ocultar su alarma.

—Me cuesta pensar que sea así —dijo, aparentando indiferencia.

—Mi historia es simple y pienso que usted ya la conoce. Una noche encontré a una mujer, lo suficientemente bonita como para interesarme en ella y sus problemas. Desgraciadamente nuestra amistad duró poco. La asesinaron en un hotel y...

—¿Qué tiene eso que ver conmigo? —interrumpió Garcimuñoz.

—Por lo pronto, debe reconocer que la simple mención de Arraño me permitió verlo. Ese es un punto a favor de mi historia.

—Tengo por costumbre recibir a todos quienes recurren a mis servicios.

—Déjeme seguir. Husmeando por aquí y por allá descubrí que el esposo de mi amiga, un tal Muleiro, la utilizaba en el contrabando de drogas. Usted sabe que ese es un buen negocio. Se pueden comprar lindos trajes y tener dos secretarias rubias como las suyas. Sin duda, un tema interesante para los policías de la Brigada de Narcotráfico. En concreto, pensé que Muleiro podría tener algunas respuestas con relación a la muerte de su mujer e hice un viaje a Buenos Aires que me permitió llegar a tiempo para sus funerales. Un viaje inútil, a no ser por los nombres que me proporcionó un policía argentino.

Hice una pausa para atender las cenizas de mi cigarrillo y estudiar el efecto de mi historia en el editor. Los labios le temblaban más deprisa y algo en su mirada me hizo saber que los nervios comenzaban a darle la espalda.

—¿Nombres? —preguntó torpemente.

—Nombres relacionados con una red de narcotráfico —dije demorando la información final—. Nombres entre los cuales figura el suyo, y los de sus amigos Cañadas y Arraño.

—Me parece tan vago todo lo que dice. ¿Qué desea? ¿Chantajearme con mentiras baratas?

—No trate de ganar tiempo con preguntas tontas. Hay demasiados muertos en este cuento como para inventar un final rosa. ¿Supo de la muerte de Cañadas? Seguro que sí. Ahora yo soy él de las preguntas torpes. Seré franco con usted. Los muertos no me interesan, sólo los vivos. Los vivos hablan, tienen miedo y aman sus pellejos. Es cosa de preguntárselo a Subiabre. ¿Ha oído hablar de él? Contó lo suficiente como para vincularlo a usted en el tema de las drogas.

—Ya le he escuchado bastante —dijo el editor empleando su último resto de valor.

—Si el nombre de Subiabre no le dice nada, piense en Arraño. Usted lo conoce, aunque tal vez no sepa que la policía lo anda buscando. Es posible que esté solo, aislado, y en una situación así, sería lógico que recurriera a sus socios. Usted es el único que le va quedando, y lo sabe. Por eso me recibió apenas escuchó mencionar a Arraño. ¿Me equivoco?

—Podemos ser razonables —dijo Garcimuñoz, presionando con fuerza su cigarrillo en el cenicero que tenía a su alcance—. Puedo hacer una buena oferta.

—¡Razonable! Bonita palabra, lástima que haya tantos muertos que no pueden sentarse a la mesa a negociar. ¿Quiere ser razonable? Vaya a visitar a la hija de Laura Suárez y explíqueme de qué modo razonable debe aceptar la muerte de su madre. No busco negocios. Simplemente anhele un poco de justicia y encontrar a un culpable al cual castigar.

—¡Dos millones y usted se olvida de todo!

—No hago trato con buitres. Deseo información.

—¡Cuatro millones! Dudo que en su vida le hagan una oferta mejor —agregó el editor, al tiempo que hacía un intento de abrir el cajón principal de su escritorio.

—¡Quieto! Tengo una pistola y le aseguro que suelo ser rápido cuando se trata de disparar.

—Buscaba la chequera —dijo, colocando sus manos sobre la cubierta del mueble.

—Ya es tarde para negocios particulares. La policía está al tanto de todo, y dudo que tarde mucho en venir a ensuciar sus acogedoras alfombras.

Garcimuñoz palideció. Mis últimas palabras lo habían tocado duro.

—Lo escucho —dijo fríamente—. ¿Qué desea saber?

—Todo y desde el principio.

—El negocio editorial está malo —empezó a decir—. Se vende poco y durante los tres últimos años hice algunas inversiones erróneas que generaron importantes deudas. Un día asistí a un cóctel con la intención de acercarme a un funcionario del gobierno militar con el cual podía obtener un buen contrato. No me fue bien, pero en esa misma oportunidad conocí a Cañadas. Conversamos y él se mostró interesado por mis negocios. Al mes de ese encuentro me propuso trabajar en conjunto. Se trataba de aprovechar mi aparataje de distribución para repartir cierta mercadería que Cañadas estimaba fácil de traer desde Buenos Aires. Antes de incursionar en el negocio editorial tuve algunos intereses en salas de espectáculos, y por eso mantengo contactos con el ambiente nocturno, restaurantes, cabarés, casas de masajes, y otras cosas. Cuando llegamos a un acuerdo con Cañadas utilicé esos vínculos y recurrí a los servicios de Muleiro, a quien sabía capaz de cualquier cosa con tal de ganar dinero. Todo anduvo bien hasta que a él se le ocurrió jugar por su cuenta. Entonces las cosas se complicaron. Sucedió lo de la mujer en el hotel, y ya un poco antes de eso, Arraño había desplazado a Cañadas en la dirección del negocio. Sus métodos eran más rudimentarios y sin muchos escrúpulos para enfrentar las dificultades.

—¿Y usted no sabía con cuál de los socios entenderse?

—Traté de no tener líos con ninguno. Arraño me llamó anoche y me contó su situación. Por eso, cuando usted se presentó unos minutos atrás lo hice pasar de inmediato.

Garcimuñoz se quedó en silencio. Era un hombre liquidado. Su error había sido participar en un negocio que desconocía, y con socios que lo aventajaban en rudeza. Pensé en llamar a Solís para contarle la última parte del asunto, pero enseguida me dije que tal cosa dilataría mis pesquisas. Me importaba un rábano el destino de

Arraño, o del mismo Garcimuñoz. Ratas como ellos existirían siempre. Quería conocer al asesino de Laura, y si dejaba marchar al editor rodeado de policías, en menos de una hora estaría asesorado de abogados y no lograría sacar una miserable palabra más de su boca.

—Podemos ayudarnos mutuamente —le dije, calculando las posibilidades de engañarlo.

Garcimuñoz me miró con interés. Atisbo una tabla de salvación y se tragó el anzuelo.

—¿Qué propone? —preguntó.

—Me da el nombre del asesino de Laura Suárez y lo dejo salir de esta oficina. No es mucho. Tal vez alcance a correr hasta la esquina antes que lo capture la policía, pero es una oportunidad.

—Yo no lo hice —afirmó. Los ojos le brillaron con la idea de escapar del enredo.

—De eso no tengo dudas. De lo contrario ya estaría volando por la ventana. También sé que no fueron Cañadas ni Arraño.

—¿Lo sabe? —preguntó, descartando la idea de cargar la culpa a sus dos socios muertos.

—Si quiere salir necesita una historia convincente.

—¿Ve todas esas carpetas? —preguntó mostrando una biblioteca que se hallaba a un costado de su escritorio—. Son libros inéditos. Trabajos de poetas y narradores. Son doscientos cincuenta y seis, y todos aspiran a ser publicados. En esas carpetas hay mucha mugre. Resmas de papel malgastadas, pero también una veintena de textos de gran valor.

—¿Qué tienen que ver con nuestro problema?

—Quiero que comprenda que los libros son mi mayor interés. Por eso formé una editorial, me hice un nombre...

—Y cometió algunos errores. Conozco la historia y no vine a verlo llorar por su mala suerte. Deme el nombre que necesito y guárdese sus lágrimas de cocodrilo.

Garcimuñoz sacó del estante una de las carpetas, y la depositó encima de su escritorio.

—Ahí tiene lo que busca —dijo.

La carpeta estaba en medio del mueble, pero no alcancé a tomarla. De golpe se abrió la puerta del despacho, y los gritos histéricos de las secretarias fueron ahogados por el portazo que dio un nuevo visitante. Un intruso que portaba en su mano derecha un revólver, y que buscó con especial atención el ángulo preciso para controlar los movimientos del editor y los míos. Sus pasos eran torpes y deduje que se hallaba lo bastante bebido, como para no diferenciar un perro de un equino.

—¿Quién es? —preguntó al editor, indicándome.

—Se llama Heredia —contestó Garcimuñoz, evitando mirar de frente al hombre.

—¡Heredia! —dijo Arraño—. No pensé que buscaras vagabundos para entablar amistad. Aunque eso explica ciertas cosas. Estuve esperando tu llamada, y como no

diste señales de vida, decidí visitarte, socio.

—No tuve tiempo —se excusó Garcimuñoz.

—El gran editor no tiene tiempo para ayudar a un amigo. Prefiere que lo pesquen los policías.

—Te equivocas —agregó el editor—. Estaba reuniendo el dinero que me pediste.

—¡Da igual! ¡Se nos terminó la confianza, socio!

Por un instante la mano armada de Arraño se inclinó. El sicario dio unos pasos vacilantes, pero de inmediato logró recuperar su posición. La idea de comenzar a disparar tomaba cuerpo en su mente. Me moví en el asiento buscando la mejor ubicación para intentar una jugada.

—Quieto, huele sobacos —me dijo—. No apresures las cosas.

—¡Tranquilo! —gritó Garcimuñoz—. ¡Podemos dialogar!

—Ya no creo en tus palabras, socio. Y no quiero que me pase lo de Muleiro. Era tu amigo y no vacilaste en ordenar que lo mataran.

—¡Quiso pasarse de listo!

—No más que tú —le contestó Arraño.

Entendí que el tiempo de las palabras llegaba a su fin. Me arrojé a un costado del escritorio en el mismo instante que sonaron los primeros disparos. Oí un quejido agudo y el sonido de un cuerpo al caer pesadamente sobre el suelo. Saqué mi pistola de la chaqueta y busqué a Arraño. Seguía de pie en medio de la habitación aguardando a que me asomara. Apunté a su hombro derecho, pero con pésima puntería. La bala se desvió lo justo como para terminar incrustada en su garganta. Se llevó las manos al cuello, y sin soltar su revólver fue a encontrarse cara a cara con la alfombra de la oficina. Salí de mi refugio y lo observé retorcerse. Lo más piadoso era rematarlo, pero estaba lejos de sentir piedad por él.

Me acerqué al editor. Su camisa de seda blanca tenía una gran mancha de sangre a la altura del pecho. Examiné su pulso para comprobar que nada se podía hacer por él, salvo cerrar sus ojos y llamar a la funeraria.

8

Solís revisó los cuerpos, ordenó guardar el arma de Arraño, encendió un cigarrillo y se sentó en la butaca que perteneciera a Garcimuñoz.

—¿Cuándo será el día que te canses de ocultar información? —preguntó acomodándose en el asiento—. Sabías lo de Garcimuñoz, y no quisiste decir nada

hasta que no vinieras a revolver el gallinero.

—Al fin de cuentas el resultado es el mismo. Puedes cerrar el caso y volver a tu casa.

—Primero deseo escuchar los detalles de tu conversación con Garcimuñoz.

—Empezábamos a conversar cuando apareció Arraño ofreciendo plomo a diestra y siniestra.

—No creo ni la mitad de lo que me dices.

—¡Vamos! ¡Confía en tu amigo!

Solís me miró fijo a los ojos. Le gustaba jugar al psicólogo capaz de adivinar las intenciones ocultas de las personas. A veces tenía éxito, pero nunca conmigo.

—Vendrás a la jefatura. Quiero tu declaración por escrito.

Dejé la silla en la que me encontraba sentado, y tomando la carpeta que dejara el editor sobre el escritorio, seguí los pasos de Solís.

9

Salí del cuartel policial cuando ya el sol era un vago recuerdo y en las calles el neón se desplegaba a sus anchas. Estaba cansado, con deseos de darme una ducha prolongada y beber una cerveza. La carpeta que me diera Garcimuñoz iba conmigo. En el departamento me aguardaban Andrea y Paulina. Jugaban a las Damas, y ambas se alegraron de verme llegar. Las saludé y seguí de largo hasta encontrar el baño y su promesa de agua tibia.

Después de la ducha volví a observar las alternativas del juego y bebí con ganas el café que me sirvió Andrea. Pensé en una escena familiar, pero el encanto fue breve.

—Llamó la nana Ricarda —dijo de pronto Paulina—. Quiere que regrese al internado.

—Se cumplió nuestro tiempo, amiguita —dije acariciando su cabellera—. Ya tendremos otra oportunidad de estar juntos.

—¿Me llevarás al internado?

—¡A primera hora!

—Primero debes cumplir tu promesa.

—¿Promesa?

—Me ibas a llevar a ver a mamá.

—No lo he olvidado —mentí.

—Te ves cansado —dijo Andrea, interrumpiendo mi diálogo con Paulina.

—Evitar balazos es agotador.
—¿Qué pasó?
—¡Cosas de rutina!
—Me da miedo lo que dice Heredia —dijo Paulina.
La atraje hacia mí y acaricié sus mejillas redondas.
—¿Te han dicho que eres hermosa? —le pregunté.
—Muchas veces.
—Pues, lo eres.
—Tengo mucha pena —agregó.
—Todos tenemos pena, pero hay que ser fuertes y valientes.
—¿Tú eres fuerte y valiente?
—A menudo no, pero trato de que no se note.
Sequé las lágrimas de la niña con mis dedos, y luego la abracé.
—¿Me prometes que serás valiente? —pregunté.
—Te lo prometo, Heredia.

10

Paulina depositó los claveles rojos en el nicho de su madre, se arrodilló y durante algunos minutos rezó en silencio. No era justo, pero ya no se podía evitar. A mi alrededor eran muchas las cosas injustas que me tocaban ver a diario, y a pesar de ello, no lograba acostumbrarme. Era como mirar el sol. No importa cuántas veces brille para uno, siempre será como la primera vez.

En el bus que nos llevó a San Eugenio, Paulina se mostró animada y me habló en detalle de las cosas que hacía en el internado, y de sus amigos que volvería a ver. La nana Ricarda nos esperaba con uno de los platos favoritos de Paulina, y me quedé acompañándolas. A media tarde regresé a Santiago.

Encontré a Simenon envuelto en su ocio de siempre. Me di un trago para subirme el ánimo y salí a la calle con la intención de ubicar en su casa a Javier Ferrada. Al llegar descubrí en su puerta una nota escrita por el poeta. Decía, a quien se molestara en leerla, que se hallaba en la playa. Agregaba el nombre del balneario y la dirección de la pensión donde alojaría.

Rehíce el camino hasta el departamento, y al llegar encontré a Andrea. Se había dado cuenta de mi regreso y tenía preparado un trago especial para los dos.

—Supuse que te sentirías triste y te haría falta un consuelo —dijo, al mismo

tiempo que me pasaba una copa.

—¡Qué bien me conoces!

—Ojalá eso fuera cierto, Heredia.

—¿Esta noche no trabajas?

—Deseaba estar contigo y pedí la noche libre.

La busqué con mis brazos y uní mis labios a los suyos. Tenían el gusto del licor que bebíamos, y la besé con fuerza, anunciándole el destino de esa noche.

11

El bus avanzó por la calle polvorienta y se detuvo frente a una casona con el número cincuenta pintado más arriba de la puerta. Cancelé el pasaje y descendí. Los Sauces era un caserío costeño. Sus habitantes se congregaban en tres o cuatro docenas de casas reseca por el sol y el aire marino. Sus playas estaban cubiertas de roqueríos y por eso los bañistas evitaban detenerse, a no ser que quisieran observar las olas y caminar entre las rocas, sin aspiraciones de zambullirse en el mar.

Golpeé a la puerta y casi enseguida salió de la casa una mujer. Intentó una sonrisa amable, y mientras devolvía su saludo, calculó si mi aspecto era el de un sujeto capaz de arrancarse de la pensión sin pagar.

—Busco a un amigo que se hospeda en su casa —dije a la mujer—. Se llama Javier Ferrada.

—Salió temprano a la playa. Lo vi caminar hacia el Faro Viejo —contestó la mujer, indicando una construcción que se dibujaba en el horizonte.

—Gracias por su información, señora.

—¿Piensa alojar en Los Sauces?

—Depende de mi amigo. Si me quedo, volveré a verla.

—Muy bien, aquí estamos para servirle.

Sus palabras cayeron en la nada, porque con paso rápido me alejé de la casa en dirección a la playa. Caminé un trecho por la orilla del mar y luego escalé el roquerío para obtener una mejor visión. El sol caía sobre mi espalda y la brisa marina enredaba mi cabellera. Algunos niños jugaban cerca del mar, vigilados por sus padres; y a un costado de una roca gigantesca, vi a un hombre que pintaba una tela sujeta a un atril de madera. Pasé por su lado y vi que intentaba reproducir el movimiento de las olas.

Parecía tener cierta facilidad para las figuras, pero eso no era suficiente. Su mar carecía de fuerza y los colores que empleaba estaban sacados de una mala

reproducción postal.

Cuando estaba por llegar al punto indicado por la mujer, divisé a Ferrada. Se hallaba sentado en uno de los puntos más altos del roquerío. En sus piernas apoyaba un cuaderno y su mirada se perdía en el azul del mar. Sin llamar su atención me aproximé a su lado, y pude estudiar su comportamiento antes de anunciar mi presencia.

—«He ahí el mar / De una ola a la otra hay el tiempo de la vida / De sus olas a mis ojos hay la distancia de la muerte» —dije finalmente.

Mi voz y los versos de Huidobro lo sobresaltaron. Con seguridad era la última persona a quien esperaba ver en la playa y se sorprendió de verdad.

—¿Qué te trae por aquí, Heredia? —preguntó.

—Deseaba conversar contigo.

Mis palabras sonaron tan frías y cortantes como las olas que rompían contra las rocas unos metros más abajo.

—¿Qué puede ser tan urgente?

—¿No lo imaginas?

—¡No!

—Debo confesar que me cuesta hablar del asunto. Hubiera preferido enviar a otra persona, pero quería escuchar tu versión.

—¡Vamos, Heredia! ¿A qué viene tanto misterio?

—Lo sabes bien, y por eso procura no jugar al astuto conmigo. Cuanto antes acabemos, mejor. En resumen, estuve con tu editor.

—¿Mi editor?

—Garcimuñoz. Ya no es necesario que lo desconozcas. Lleva varias horas pudriéndose en la morgue o en el cementerio.

—¿Muerto?

—Una bala se cruzó en su camino.

Ferrada no manifestó ninguna emoción. Se puso de pie y dio algunos pasos en círculo, como si no se decidiese a elegir un camino.

—Me entregó tus poemas —agregué mostrando la carpeta que traía conmigo—. Los leí con atención y no valen nada. Son chispazos que nunca darán luz. Metáforas manoseadas, torpes, malas en definitiva. Solo soy un lector aficionado, pero puedo reconocer cuando las palabras tienen vida, y las tuyas están secas. Garcimuñoz jamás los habría editado, y eso tú lo sabías.

Callé a la espera de la respuesta del poeta, y él permaneció mudo, incapaz de pensar en otra cosa que no fuese la carpeta que seguía en mi poder.

—Entre los poemas encontré un par de hojas con buena prosa —continué—. Directa, clara y muy ilustrativa.

Saqué de la carpeta las hojas mencionadas y se las alcancé a Ferrada. Las leyó un instante y me las devolvió. Luego, movió los hombros con desgano y hundió la mirada en las olas que se repetían unas tras otras, inagotables.

—¿Verdad que no hay mucho que agregar? —pregunté—. Garcimuñoz era meticuloso. Se encargó de registrar con pelos y señales cada uno de los embarques de drogas. Las fechas y los valores. Nada se le escapó, ni siquiera tus utilidades.

—Supongo que ya la policía está enterada —dijo Ferrada.

—Lo está —mentí.

—¿Y por qué no ha llegado a buscarme?

—Me adelanté algunos minutos. Quería conocer las razones que tuviste para asesinar a Laura.

—¿Garcimuñoz te lo dijo? —preguntó el poeta.

—¿Él, o cualquier otro, cuál es la diferencia?

—Ninguna —dijo Ferrada y luego de una pausa, agregó—. Necesitaba dinero y además, Garcimuñoz me prometió una edición si lo ayudaba en sus negocios. Era un asunto sencillo, pero pronto me di cuenta que no cumpliría su promesa. Entonces, me puse de acuerdo con Muleiro para apropiarnos de los envíos. Cañadas lo descubrió y antes de fugarse me dijo que Laura me daría mi parte del botín. Conversé con ella y negó la existencia de tal dinero. Creo que nunca supo el contenido de los paquetes que le entregaba Muleiro, o bien él le había dado órdenes de negarlo a cualquier precio. Esa noche, la de su muerte, fui a buscarla al hotel. Me dijeron que no estaba y dejé un recado. Al salir la vi llegar contigo y cuando ustedes se despidieron entré por la puerta del servicio, subí a su habitación y conversamos del paquete. Discutimos. Le pregunté quién eras tú, y cuando me dijo que trabajabas de investigador me desesperé. Creí ver una trampa y la golpeé. No deseaba hacerle daño, pero resbaló y su cabeza fue a dar contra el canto de un mueble. Me di cuenta que estaba muerta y decidí ocultar lo ocurrido. La desnudé y la metí en la tina del baño.

—Luego saliste del hotel —intervine—. Y media hora más tarde volviste a preguntar por ella. Nadie iba a sospechar. Te conocían como su amigo y tu nombre estaba registrado en el libro de recados. Todo muy bien, salvo que nadie se tragó el cuento de un accidente dentro de la tina.

—El regreso fue instintivo. Quería comprobar que lo ocurrido no era otra cosa que una pesadilla.

—Debo reconocer que me engañaste con la historia de tu amistad con Paulina y su madre.

—Eramos amigos, no lo dudes. En cuanto a Paulina, siento remordimientos cada vez que la veo.

—También me dejé engañar por tu ayuda y los datos que me diste acerca del internado.

—Tenía que estar cerca de ti. Saber cuánto conocías del contrabando de drogas, y si Laura te había entregado el dinero. Al desaparecer Muleiro le conté a Garcimuñoz lo que sabía de sus intenciones, y él me encargó vigilarte. Cuando murió Muleiro pensamos que hasta ahí llegaría tu trabajo y luego, todo se complicó.

—Lo demás ya lo sé. Cuando asesinaron a Cañadas comencé a sospechar. Eran

demasiadas las coincidencias. Cada vez que me enteraba de algo, sucedía una cosa que desbarataba la investigación. Por eso al llegar de Buenos Aires decidí ocultar parte de la información. No sospechaba de ti. Mis dudas iban por el lado de la policía. No era descabellado pensar que los datos que le daba a Solís se filtraran a través de sus jefes o subordinados. Finalmente, opté por callar el nombre de Garcimuñoz y la suerte se inclinó de mi lado. Después, tú completaste el rompecabezas.

—¿Cómo?

—En los libros que obsequiaste a Paulina salía el nombre de Garcimuñoz. Entonces no tuve duda. Un escritor siempre se fija en los años de edición y en los editores de los libros. Y tú dijiste no conocer a Garcimuñoz.

—No pensé en eso.

—Los criminales nunca tienen tiempo para pensar en todas las cosas, y eso los pierde la mayoría de las veces. Mi trabajo tiene que ver con la suerte y también con los olvidos. De cualquier modo, me resistí a creer la verdad hasta que leí tus poemas. Era tan grande la distancia entre tus versos y tus palabras que se me hizo fácil entender la farsa de tu vida.

—¿Quién eres tú para juzgar? —preguntó Ferrada, y enseguida, como reconociendo que la fortuna no estaba de su lado, agregó—. No era mi intención asesinarla.

—Deja las explicaciones para el tribunal. Servirán para disminuir tu condena en unos años. A mí no me interesan. Ellas no revivirán a Laura.

—¿Es el fin?

En la pregunta de Ferrada no había temor, sino una suerte de tristeza imposible de contener en ese momento.

—Es el fin —dije—. Después de todo ha sido un caso fácil. Había mucha desconfianza entre los involucrados y terminaron ahogándose en su propio fango.

—Somos amigos, aún puedes darme una mano.

—Un día pudimos ser amigos. Ahora ya no te reconozco.

Ferrada se acercó a mi lado y por un instante pensé que me atacaría. Lo esperé a pie firme, alerta, pero ambos sabíamos que era inútil. Me bastaba un pretexto leve para hundir unas onzas de plomo en su vientre.

Tal vez él leyó mis pensamientos, ¿no lo sé? Simplemente giró sobre sí mismo, y se largó a correr hacia el borde más alto del roquerío. No hice nada por detenerlo. Lo vi caer desde lo alto y estrellar su cuerpo contra las rocas. El mar lo arrastró hacia su interior y lo perdí de vista.

Volví a verlo dos días más tarde. El mar lo había devuelto a la tierra. Su rostro estaba hinchado y los peces le habían comido los ojos. Lo observé sobre la mesa del médico legalista hasta que no tuve dudas que se trataba de él, y pensé en qué lugar del mar habrían quedado perdidos sus sueños de poeta.

Solís reclamó como de costumbre por no haberle informado a tiempo del contenido de la carpeta, y lo invité a un par de cervezas para calmar su ira. Mal que

mal había solucionado el caso y sus jefes lo destinarían de nuevo al trabajo que deseaba. Al día siguiente visité el Banco de Boston y de la caja de seguridad tomé los dólares. Calculé mis honorarios y con un amigo que trabajaba en el mercado negro conseguí un cambio favorable. Con los pesos resultantes abrí una cuenta de ahorro a nombre de Paulina y se la envié al internado, acompañada con la carta que Laura le dejara en el Banco.

12

Aquella era una noche especial. Las estrellas brillaban en lo alto y los quiltros se refugiaban tras las puertas de las casas. Se acercaba la medianoche, en las calles corría un rumor agitado y las bocinas de los autos hacían su agosto en diciembre. El año nuevo asomaba su nariz por los rincones del barrio y con cierta pereza en los pies salí a recorrerlo, sin otra intención que dejar pasar las horas y escuchar el grato sonido de las botellas de champaña destapadas antes de tiempo.

Cansado de recibir codazos y empujones, entré al «Zíngaro» y sin mucho esfuerzo conseguí un lugar junto a la barra.

—¿Tu café de costumbre, Heredia? —preguntó con sorna Felipe, el obeso mozo del bar.

—Quiero mi vodka de costumbre. Doble ración, tres cubos de hielo y mucho vaso.

—¿De vuelta a las andadas?

—Desde que seduje a tu hermana, gordiflón. Necesito borrar ese mal recuerdo.

—Infeliz —balbuceó el hombrón.

—¿Cómo dijiste, sebón?

—¡Infeliz! —repitió Felipe en voz alta.

—Bien. Me gusta oír las cosas dichas con firmeza. Ahora, mueve tu barriga desmesurada, y sírveme.

Bebí mi trago sin prisa. Saboreando cada gota helada y cuando en el vaso tintineaban los cubos de hielo, solitarios y desabridos, regresé a la calle con el ánimo dispuesto a devolver los codazos.

Esa noche Andrea la pasaría con su familia, y por eso en mi departamento no encontré a nadie más que a Simenon. Busqué en la alacena la lata de comida para «gatos inteligentes» que comprara el día anterior, y con algunas dudas se la serví en un plato. Simenon la atacó a lengüetazos y luego se entretuvo en limpiar sus bigotes

hasta que el reloj marcó la medianoche.

Recorrí el departamento buscando a quien abrazar, y no había nadie. Cogí la botella de vodka que me había regalado Andrea para la Navidad, y llené mi copa y el platillo de Simenon.

—Emborrachémonos, gato —le dije—. La soledad no es un buen negocio.



RAMÓN DÍAZ ETEROVIC, (Punta Arenas, Magallanes, Chile, 1956). Ha publicado los libros de poemas *El poeta derribado* y *Pasajero de la ausencia*; los libros de cuentos *Cualquier día*, *Obsesión de Año Nuevo*, *Atrás sin golpe* y *Ese viejo cuento de amar*; y las novelas *La ciudad está triste*, *Nadie sabe más que los muertos*, *Ángeles y solitarios*, *Correr tras el viento*, *Nunca enamores a un forastero*, *Los siete hijos de Simenon*, *El ojo del alma* y *El hombre que pregunta*. Es autor de la novela infantil *R y M investigadores* y de la antología *Crímenes Criollos. Cuentos policiales chilenos*. También es coautor de las antologías *Contando el cuento*; *Andar con cuentos, joven narrativa chilena*; y *Cuentos en dictadura*.

Desde 1982 y hasta 1995 editó la revista literaria *La Gota Pura*. En la actualidad es colaborador habitual de las revistas *La Calabaza del Diablo*, *Punto Final* y *Libros & Lectores*.

Su obra ha sido reconocida en numerosos premios literarios, tales como el Premio del Consejo Nacional de Fomento del Libro y la Lectura a la mejor novela del año 1995 y el Premio Municipal de Santiago, en los años 1982, 1994, 1996 y 2002. Fue finalista del Premio Casa de las Américas, Premio Dashiell Hammett, de la Asociación Internacional de Escritores Policiacos, y del Premio Planeta Argentina de Novela. El año 2000 obtuvo el Premio Las Dos Orillas, del Salón del Libro Iberoamericano de Gijón.

Algunas de sus novelas y relatos han sido traducidos al croata, portugués, francés, griego, holandés, alemán e italiano; y sus cuentos están incluidos en más de treinta

antologías publicadas en Chile, España, México. Bulgaria. Colombia, Puerto Rico, Italia. Croacia, Portugal, Alemania, Argentina. Ecuador y Estados Unidos.